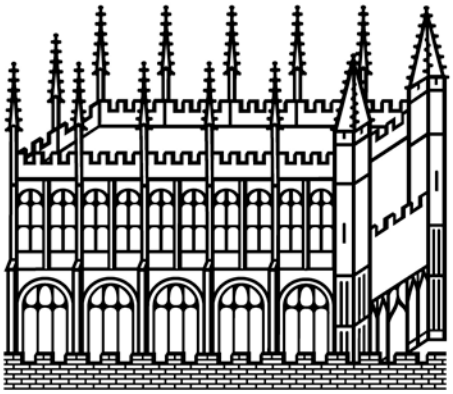


Bodleian Libraries

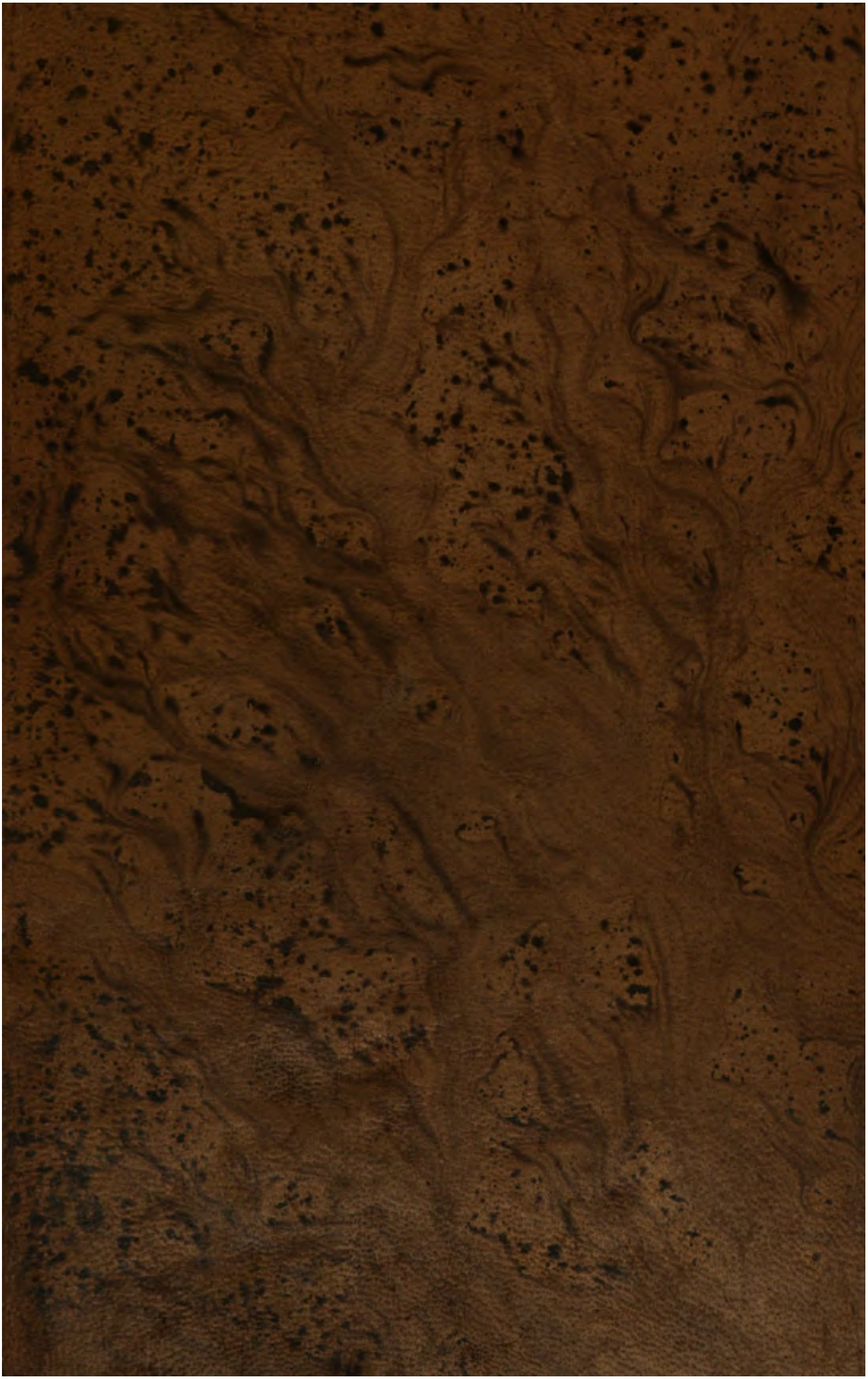
UNIVERSITY OF OXFORD

This book is part of the collection held by the Bodleian Libraries and scanned by Google, Inc. for the Google Books Library Project.

For more information see:

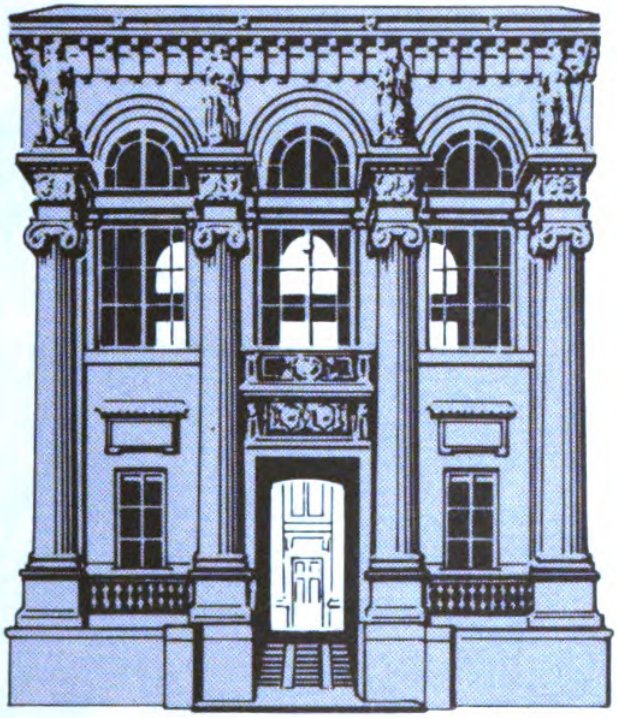
http://www.bodleian.ox.ac.uk/dbooks

This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 2.0 UK: England & Wales (CC BY-NC-SA 2.0) licence.



LIBRERIA
DE SEVERIANO MORALEDA,
denominada de
HORTAL Y COMPAÑIA,
plazuela de S. Agustin, núm. 201.
CADIZ.

TAYLOR
INSTITUTION
LIBRARY



ST. GILES · OXFORD
Vet. Span III A. 182

FÍGARO.

COLECCION DE ARTÍCULOS DRAMÁTICOS, LITERARIOS, POLÍTICOS Y DE COSTUMBRES,

publicados

en los años 1832, 1833 y 1834

en el Pobrecito Hablador, la Revista Española y el Observador,

POR

D. Mariano José de Larra.

SEGUNDA EDICION.

TOMO PRIMERO.

MADRID, 1837.

Imprenta de los Hijos de Doña Catalina Piñuela,
calle del Amor de Dios, número 7.

. . . . . On me dit qu'il s'est établi dans Madrid un sistême de liberté, qui s'étend même à la presse ; et que pourvu que je ne parle en mes écrits, ni de l'autorité, ni du culte, ni de la politique, ni de la morale, ni des gens en place, ni des corps en crédit, ni de l'opéra, ni des autres spectacles, ni de personne qui tienne à quelque chose ; je puis tout imprimer librement, sous l'inspection de deux où trois Censeurs. Pour profiter de cette douce liberté, j'annonce un ecrit. . . . .

BEAUMARCHAIS, *Le Mariage de Figaro.* 1784.

LX 83809

Ignoro qué especie de interes puede tener para el público la coleccion que le ofrezco. Sea el que fuere, mis lectores conocerán facilmente que si esa consideracion hubiese de entrar en la publicacion de los libros, apenas se imprimiria. Personas, harto indulgentes acaso con mi corto talento, ó demasiado amigas mias para conocer los defectos de mis escritos, me han asegurado que esta idea no carecia de oportunidad. No se mire, pues, bajo el punto de vista de su mérito ó su demérito: no se le dé otra importancia que la que debe tener para el observador una serie de artículos que, habiéndose publicado durante épocas tan fecundas en variaciones políticas, puede servir de medida para compararlas. Con la publicacion del *Pobrecito Hablador* empecé á cultivar este género arriesgado bajo el ministerio Calomarde; la *Re-*

vista Española me abrió sus columnas en tiempo de Cea, y he escrito en el *Observador* durante Martinez de la Rosa. Esta colección será, pues, cuando menos un documento histórico, una elocuente crónica de nuestra llamada libertad de imprenta.

Hé aqui la razon por qué no he seguido en ella otro orden que el de las fechas. Esto presenta ademas cierta variedad al lector que quisiera leerla de seguido, pues encontrará un artículo grave de literatura entre otro de costumbres, y otro de política.

La precipitacion con que se escribe en un periódico, y la influencia que ejercen las circunstancias en los redactores y en los lectores, son causa de que no pocas veces adquieran cierta efímera aceptacion, en el momento de ver la luz, algunos artículos, que, examinados detenidamente á sangre fria algun tiempo despues, mal pudieran resistir la crítica mas indulgente. Por eso he desechado sin piedad varios de aquellos mismos que habian parecido agradar, y que en el dia ni aun á mí mismo me agradan ya.

He escogido los que presentan un interes general, los que aluden á circunstancias muy notables, los que pueden, en una palabra, dar una idea del estado de nuestras costumbres, de nuestra literatura, de nuestros teatros, y por fin de nuestras vicisitudes y parcialidades políticas durante los años 32, 33 y 34.

Los demas, al escribirse con destino á un periódico, obra que nace y muere en el mismo dia, llevaban ya en su mismo objeto el castigo de su poca importancia.

Al formar esta serie he tratado de acrecentar su interes, añadiéndole algunos artículos nuevos, é ineditos, que someto como los demas al juicio de mis lectores, y que se hallarán en el segundo tomo.

Por último, he pensado que si existen efectivamente personas que dispensen alguna predileccion á mis escritos, siempre les ofrece esta coleccion suficiente interes, en el hecho de tener en ella reunidos los artículos de Fígaro, que han visto la luz, diseminados en tres obras periódicas distintas, y cu-

yas colecciones es dificil que posea todas é íntegras una persona misma.

Nada me queda que añadir. Si no he acabado de escribir, si nuevos artículos de esta misma especie salen de mi pluma en lo succesivo, y si el público, con la acogida que dé á esta coleccion, me prueba que no me he equivocado en creerlo siempre indulgente para mí, acaso se añada con el tiempo algun otro tomo á los que en el dia con la mayor desconfianza le presento.

ÍNDICE

DE LO CONTENIDO EN ESTE TOMO PRIMERO.

Mi nombre y mis propósitos. . . . . . Pág. 1
Empeños y desempeños. 7
El casarse pronto y mal. 18
El castellano viejo. 28
Vuelva usted mañana. 42
Representacion de los Zelos infundados. . 55
Quiero ser cómico. 60
Ya soy redactor. 69
D. Cándido Buenafé. 75
En este pais. 84
Representacion de Contigo pan y cebolla. 93
D. Timoteo, ó el literato. 101
La Polémica literaria. 112
La Fonda nueva.. 120
Poesías de don F. Martinez de la Rosa. . . 127
Las casas nuevas 132
La Fonda, ó la prision de Rochester. . . . 141
Varios caractéres. 146
Nadie pase sin hablar al portero. 152
La Planta nueva, ó el faccioso. 161
La Junta de Castel-o-Branco. 167
Las circunstancias. 179
Representacion de Un tercero en discordia. 185

R. E. Núm.° 21. — 15 *Enero* 1833.

MI NOMBRE Y MIS PROPÓSITOS.

Fig... Ennuyé de moi, degouté des autres... superieur aux événemeuts; loué par ceux-ci, blamé par ceux-lá; aidant au bon temps, supportant le mauvais; me moquant des sots, bravant les méchants... vous me voyez enfin...

Le Comte. ¿Qui t'a donné une philosophie aussi gaie?

Fig. L'habitude du malheur. Je me presse de rire de tout, de peur d'etre obligé d'en pleurer.

Beaumarchais. Le Barbier de Seville. Act. premier

Mucho tiempo hace que tenia yo vehementísimos deseos de escribir acerca de nuestro teatro; no precisamente porque mas que otros le entienda, sino porque mas que otros quisiera que llegasen todos á entenderle. Helo dejado siempre, porque dudaba las unas veces de que tuviesemos teatro, y las otras de que tuviese yo habilidad: cosas ambas á dos que creía necesarias para hablar de la una con la otra.

Otras dudillas tenia ademas: la primera, si me querrian oir: la segunda, si me querrian entender: la tercera, si habria quien me agradeciese mi cristiana intencion, y el evidente riesgo en que claramente me pusiera de no gustar bastan-

te á los unos y disgustar á los otros mas de lo preciso.

En esta no interrumpida lucha de afectos y de ideas me ballaba, cuando uno de mis amigos (que algun nombre le he de dar) me quiso convencer no solo de que tenemos teatro, sino tambien de que tengo habilidad; mas facilmente hubiera creido lo primero que lo segundo, pero él me concluyó diciendo: que en lo de si tenemos teatro, yo era quien habia de decírselo al público; y en lo de si tengo habilidad para ello, que el público era quien me lo habia de decir á mí. Acerca del miedo de que no me quieran oir, aseguróme muy seriamente que no sería yo el primero que hablase sin ser oido, y que como en esto mas se trataba de hablar que de escuchar, mas preciso era yo que mi auditorio. Ridículo es hablar, me añadió, no habiendo quien oiga: pero todavía sería peor oir sin haber quien hable. Acerca de si me querrian entender, me tranquilizó afirmándome: que en los mas no estaría el daño en que no quisiesen, sino en que no pudiesen. Y en lo del riesgo de gustar poco á unos y disgustar mucho á otros, "¡pardiez! me dijo, que os embarazais en cosas de poca monta. Si hubieren cuantos escriben de pararse en esas vicocas, no veriamos tantos autores que viven de fastidiar á sus lectores: á mas de quedaros siempre el simple recurso de disgustar á los unos y á los otros, dejándolos á todos iguales; y si os motejan de torpe, no os han de motejar de injusto."

Desvanecidas de esta manera mis dudas, quedábame aun que elegir un nombre muy descono-

cido que no fuese el mio, por el cual supiese todo el mundo que era yo el que estos artículos escribia; porque esto de decir: *yo soy fulano*, tiene el inconveniente de ser claro, entenderlo todo el mundo y tener visos de pedante; y aunque uno lo sea, bueno es y muy bueno no parecerlo. Díjome el amigo que debia de llamarme Fígaro, nombre á la par sonoro y significativo de mis hazañas; porque aunque ni soy barbero, ni de Sevilla, soy, como si lo fuera, charlatan, enredador y curioso ademas, si los hay. Me llamo, pues, Fígaro; suelo hallarme en todas partes, tirando siempre de la manta y sacando á la luz del dia defectillos leves de ignorantes y maliciosos; y por haber dado en la gracia de ser ingenuo y decir á todo trance mi sentir, me llaman por todas partes mordaz y satírico; todo porque no quiero imitar al vulgo de las gentes, que ó no dicen lo que piensan, ó piensan demasiado lo que dicen.

Paréceme que por hoy habré hecho lo bastante si me doy á conocer al público yo y mis intenciones. El teatro será uno de mis objetos principales, sin que por eso reconozca límites ni mojones determinados mi inocente malicia, y para que se vea que no soy tan satírico como dan en suponerlo, mil pequeneces habrá que deje á un lado continuamente, y que muy de tarde en tarde haré entrar en la jurisdiccion de mi crítica.

Con respecto por ejemplo á los actores, y sobre todo á los nuevos que nos van dando continuamente, y los cuales todos daria el público de buena gana por uno solo mediano, ya me

guardaria yo muy bien de fundar sobre ellos una sola crítica contra nuestro ilustrado Ayuntamiento. Acaso rija en los teatros la idea de aquel famoso general, de cuyo nombre no me acuerdo, si bien he de contar el lance que los actores muchos pero malos me recuerdan.

Hallábase con su gente este general en su posicion, y recibió aviso de que se acercaba á mas andar el enemigo. — Mi general, le dijo su edecan, ¡el enemigo! — ¿El enemigo, eh? preguntó el general. Déjele usted que se acerque. — ¡Señor, que ya se le ve! dijo de alli á un rato el edecan. — Cierto ¡ya se le ve! — ¿Y qué hacemos, mi general? añadió el edecan. — Mire usted, contestó el general cómo hombre resuelto, mande usted que le tiren un cañonazo; veremos cómo lo toma.—¿Un cañonazo, mi general? dijo el edecan. Estan muy lejos aun. — No importa, un cañonazo he dicho, repuso el general. — Pero señor, contestó el edecan despechado, un cañonazo no alcanza. — ¿No alcanza? interrumpió furioso el general con tono de hombre que desata la dificultad, ¿no alcanza un cañonazo? — No señor, no alcanza, dijo con firmeza el edecan. — Pues bien, concluyó S. E., que tiren dos.

Eso decimos por acá. Darle un actor malo al público á ver cómo lo toma: ¿no alcanza, no gusta? darle dos.

Menos diré por consiente que tanto los nuevos como los viejos creen que su oficio es oficio de memoria, y que puede asegurarse sin escrúpulo de conciencia que los mas dicen sus papeles, pero no los hacen, porque acaso nuestros actores se lleven la idea de un loco que vivia en Madrid no

hace mucho, solo en su cuarto y sin consentir comunicacion con su familia. Movido de los ruegos de ésta, fuele á visitar un amigo, y en el desorden de su cuarto notó entre otras cosas que no debia de hacer nunca su cama; tal estaba ella de mal parada. ¿Pero es posible, señor don Braulio, le dijo el amigo al loco, es posible que ni ha de consentir usted que hagan su cama, ni la ha de hacer usted, ni.... — No, amigo, no; es mi sistema. — Pero, ¿qué sistema? — Tengo razones. — ¿Razones? — No amigo, respondió el loco; no haré mi cama, no la haré; y acercándosele al oido, añadióle con aire misterioso: "no la hagas y no la temas:" A este refran se atienen sin duda nuestros cómicos cuando no hacen una comedia. No hacemos la comedia, dicen como el loco, porque: *no la hagas y no la temas.*

Pues tan comedido como con los teatros, he de ser poco mas ó menos con todas las demas cosas. Ni pudiera ser de otra suerte: en política sobre todo, y en puntos que atañen al gobierno ¿qué pudiera hacer un periodista sino alabar? Como suelen decir, esto se hace sin gana, y si ya desde hoy no nos soltamos á encomiarlo todo de una vez, es porque somos como cierto sugeto de Ubeda, cuyo caso no he de callar por vida mia, mas que en cuentos y relatos me llame el lector pesado. = Habia llamado el tal á un pintor, y mandádole hacer un cuadro de las once mil vírgines, y el contrato habia sido darle un ducado por vírgen, que por cierto no fue caro. Llevó el pintor el cuadro al cabo de cierto tiempo, pero era claro que ni cupieran once mil cuerpos en un lienzo, ni habia para que ponér-

las todas: habia, pues, imaginado el pintor de Ubeda figurar un templo de donde iban saliendo, y asi solo podrian contarse alguna docena en primer término, dos ó tres docenas en segundo, é infinidad de cabezas que de las puertas salian; contó callandito el aficionado á vírgenes las que alcanzaba á ver, y preguntóle en seguida al artista cuánto valia el cuadro conforme al contrato. — Respondióle aquel, que claro estaba, que once mil ducados. — ¿Cómo puede ser eso? le repuso el que habia de pagar, si aqui no cuento yo arriba de cien cabezas. — No ve vuestra merced, contestó el pintor, que las demas estan en el templo y por eso no se ven? Pero... — ¡Ah! pues entonces, concluyó el aficionado, tome vuestra merced por hoy esos cien ducados que corresponden á las que han salido, y con respecto á las demas, yo se las iré pagando á vuestra merced conforme vayan saliendo.

Vaya, pues, haciendo nuestro ilustrado gobierno de las suyas, que conforme ellas vayan saliendo, nosotros se las iremos alabando.

Asi que, me iré muy á la mano en estas y en todas las materias, y antes de pronunciar que hay una sola cosa reprensible, veré cómo y cuándo, y á quién lo digo, asegurando desde ahora que no se qué angel malo me inspira esta maldita tentacion de reformar, y que entro en esta obligacion con la misma disposicion de ánimo que tiene el soldado que va á tomar una batería.

EMPEÑOS Y DESEMPEÑOS.

Pierde, pordiosea
el noble, empeña, malbarata,
quiebra y perece, y el logrero goza
los pingües patrimonios.

Jovellanos.

En prensa tenia yo mi imaginacion no ha muchas mañanas (1) buscando un tema nuevo sobre que dejar correr libremente mi atrevida sin hueso que ya me pedia conversacion, y acaso nunca lo hubiera encontrado á no ser por la casualidad que contaré; y digo que no la hubiera encontrado, porque entre tantas apuntaciones y notas como en mi pupitre tengo hacinadas, acaso dos solas no contendrán cosas que se puedan decir, ó que no deban por ahora dejarse de decir.

Tengo un sobrino, y vamos adelante, que esto nada tiene de particular. Este tal sobrino es un mancebo que ha recibido una educacion de las mas escogidas que en este nuestro siglo se suelen dar: es decir esto, que sabe leer, aunque no en todos los libros, y escribir, si bien no cosas dignas de ser leidas; contar, no es cosa mayor, porque descuida el cuento de sus cuentas en sus acreedores, que mejor que él se las saben llevar; baila como discípulo de Veluci; canta lo que basta para hacerse de rogar y no estar nunca en voz; monta á caballo como un centauro, y da gozo ver con qué soltura y desembarazo a-

(1) Carnaval del año 1832.

tropella por esas calles de Madrid á sus amigos y conocidos; de ciencias y artes ignora lo suficiente para poder hablar de todo con maestría. En materia de bella literatura y de teatro no se hable, porque está abonado, y si no entiende la comedia para eso la paga, y aun la suele silbar; de este modo da á entender que ha visto cosas mejores en otros paises, porque ha viajado por el estrangero á fuer de bien criado. Habla un poco de francés y de italiano siempre que habia de hablar español, y español no lo habla, sino lo maltrata: á eso dice que la lengua española es la suya, y que puede hacer con ella lo que mas le viniere en voluntad. Por supuesto que no cree en Dios, porque quiere pasar por hombre de luces; pero en cambio cree en chalanes y en mozas, en amigos y en rufianes. Se me olvidaba. No hablemos de su pundonor, porque este es tal que por la menor bagatela, sobre si lo miraron, sobre si no lo miraron, pone una estocada en el corazon de su mejor amigo con la mas singular gracia y desenvoltura que en esgrimador alguno se ha conocido.

Con esta esquisita crianza, pues, y vestirse de vez en cuando de majo, trage que lleva consigo el *¿qué se me da á mí?* y el *¡aquí estoy yo!* ya se deja conocer que es uno de los gerifaltes que mas lugar ocupan en la corte, y que constituye uno de los adornos de la sociedad de buen tono de esta capital, de qué sé yo cuantos mundos.

Este es mi pariente, y bien sé yo que si su padre le viera habia de estar tan embobado con su hijo como lo estoy yo con mi sobrino, por tanta buena cualidad como en él se ha llegado á

reunir. Conoce mi Joaquin esta mi fragilidad, y aun suele prevalerse de ella.

Las ocho serían y vestíame yo, cuando entra mi criado y me anuncia á mi sobrino. — ¿Mi sobrino? pues debe de ser la una. — No señor, son las ocho no mas. — Abro los ojos asombrado y me encuentro á mi elegante de pie, vestido, y en mi casa á las ocho de la mañana. — Joaquin, ¿tú á estas horas? — ¡Querido tio, buenos dias! — ¿Vas de viaje? — No señor. — Qué madrugon es este? — Yo madrugar, tio? todavía no me he acostado. — ¡Ah! ¡ya decia yo! — Vengo de casa de la marquesita del Peñol: hasta ahora ha durado el baile. Francisco se ha ido á casa con los seis dominós que he llevado esta noche para mudarme... — ¿Seis no mas? — No mas. — No se me hacen muchos. — Tenia que engañar á seis personas. — ¿Engañar? Mal hecho. — Querido tio, usted es muy antiguo. — Gracias, sobrino, adelante. — Tio mio, tengo que pedirle á usted un gran favor. — ¿Seré yo la séptima persona? — ¡Querido tio! ya me he quitado la máscara. — Dí el favor; y eché mano de la llave de mi gaveta. — En el dia no hay rentas que basten para nada; tanto baile, tanto... en una palabra, tengo un compromiso. ¿Se acuerda usted de la repeticion de Breguet que me vió usted dias pasados? — Sí; que te habia costado cinco mil reales. — No era mia. — ¡Ah! — El marqués de *** acababa de llegar de París, queria mandarla limpiar, y no conociendo á ningun relojero en Madrid, le prometí enviársela al mio. — Sigue. — Pero mi suerte lo dispuso de otra manera; tenia yo aquel dia un compromiso de honor; la baro-

nesita y yo habiamos quedado en ir juntos á Chamartin á pasar un dia; era imposible ir en su coche; es demasiado conocido... — Adelante.— Era indispensable tomar yo un coche, disponer una casa y una comida de campo... á la sazon me hallaba sin un cuarto... mi honor era lo primero, ademas que andan las ocasiones por las nubes... — Sigue. — Empeñé la repeticion de mi amigo. — ¡Por tu honor! — Cierto. — ¡Bien entendido! ¿y ahora? — Hoy cómo con el marqués, le he dicho que la tengo en casa compuesta y... — Ya entiendo.—Ya ve usted, tio... esto pudiera producir un lance muy desagradable.—¿Cuánto es?— Cien duros. — ¿Nada mas? no se me hace mucho.

Era claro que la vida de mi sobrino y su honor se hallaban en inminente riesgo. ¿Qué podia hacer un tio tan cariñoso, tan amante de su sobrino, tan rico y sin hijos? Conté, pues, sus cien duros, es decir, los mios. — Sobrino, vamos á la casa donde está empeñada la repeticion. — *Quand il vous plaira*, querido tio.

Llegamos al café, una de las lonjas de empeño, digámoslo asi, y comencé á sospechar desde luego que esta aventura habia de producirme un artículo de costumbres. — Tio, aqui será preciso esperar. — ¿A quién? — Al hombre que sabe la casa. — ¿No la sabes tú? — No señor; estos hombres no quieren nunca que se vaya con ellos. — ¿Y se les confian repeticiones de cinco mil reales? — Es un honrado corredor que vive de este tráfico. Aqui está.—¿Este es el honrado corredor? y entró un hombre como de unos cuarenta años, si es que se podia seguir la huella del tiempo en una cara como la debe de te-

ner precisamente el judío errante, si vive todavía desde el tiempo de Jesucristo. Rostro acuchillado con varios chirlos y jirones tan bien avenidos y colocados de trecho en trecho, que mas parecian nacidos en aquella cara, que efectos de encuentros desgraciados; mirar bizco, como de quien mira y no mira, barbas independientes, crecidas, y que daban claros indicios de no tener con las navajas todo aquel trato y familiaridad que exige el aseo; ruin sombrero con oficios de quitaguas; capa de estas que no tapan lo que llevan debajo, con muchas cenefas de barro de Madrid; botas ó zapatos, que esto no se conocia, con mas lodo que cordoban; uñas de escribano, y una pierna, de dos que tenia, que, por ser coja, en vez de sustentar la carga del cuerpo, le servia á éste de carga, y era de él sustentada, por donde del tal corredor se podia decir exactamente aquello de que: *Tripas llevan pies*; metal de voz ademas que á todos los ruidos desapacibles se asemejaba, y aire, en fin, misterioso y escudriñador. — ¿Está eso, señorito? — Está; tio, déselo usted. — Es inútil, yo no entrego mi dinero de esta suerte. — Caballero, no hay cuidado.—No lo habrá ciertamente, porque no lo daré. Aqui empezó una de votos y juramentos del honrado corredor, de quien tan injustamente se desconfiaba, y de lamentaciones deprecatorias de mi sobrino, que veía escapársele de las manos su repeticion por una etiqueta de esta especie; pero yo me mantuve firme, y le fue preciso ceder al hebreo mediante una honesta gratificacion que con sus votos canjeamos.

En el camino nuestro *cicerone*, mas aplacado,

sacó de la faltriquera un paquetillo, y mostrándomelo secretamente:—Caballero, me dijo al oido, cigarros habanos, cajetillas, cédulas de... y otras frioleras por si usted gusta. — Gracias, honrado corredor. Llegamos por fin, á fuerza de apisonar con los pies calles y encrucijadas, á una casa, y á un cuarto cuarto, que alguno hubiera llamado guardilla á haber vivido en él un poeta.

No podré esplicar cuán mal se avenian á estar juntas unas con otras, y en aquel tan incongruente desvan, las diversas prendas que de tan varias partes allí se habian venido á reunir. ¡Oh, si hablaran todos aquellos cautivos! El deslumbrante vestido de la belleza, ¿qué de cosas diria dentro de sus límites ocurridas? ¿qué el collar muchas veces importuno, con prisa desatado y arrojado con despecho? ¿qué seria escuchar aquella sortija de diamantes, inseparable compañera de los hermosos dedos de marfil de su hermoso dueño? ¿qué diálogo pudiera travar aquella rica capa de chinchilla con aquel chal de cachemira? Desvié mi pensamiento de estas locuras, y parecióme bien que no hablasen. Admiréme sobremanera al reconocer en los dos prestamistas que dirigian toda aquella máquina á dos personas que mucho de las sociedades conocia, y de quien nunca hubiera presumido que pelecharan con aquel comercio: avergonzáronse ellos algun tanto de hallarse sorprendidos en tal ocupacion, y fulminaron una mirada, de estas que llevan en sí una larga reconvencion, sobre el israelita que de aquella manera habia comprometido su buen nombre, introduciendo profanos, no iniciados, en el santuario de sus misterios.

Hubo de entrar mi sobrino á la pieza inmediata, donde se debia buscar la repeticion y contar el dinero; yo imaginé que aquel debia de ser lugar mas á propósito todavía para aventuras que el mismo puerto Lapice; calé el sombrero hasta las cejas, levanté el embozo hasta los ojos, púseme á lo oscuro, donde podia escuchar sin ser notado, y dí á mi observacion libre rienda que caminase por do mas le pluguiese. Poco tiempo habria pasado en aquel recogimiento, cuando se abre la puerta y un jóven vestido modestamente pregunta por el corredor.

"Pepe, te he esperado inútilmente; te he visto pasar y he seguido tus huellas. Ya estoy aqui y sin un cuarto; no tengo recurso. — Ya le he dicho á usted que por ropas es imposible. — ¡Un frac nuevo! ¡una levita poco usada! ¿No ha de valer esto mas de diez y seis duros que necesito? — Mire usted, aquellos cofres, aquellos armarios estan llenos de ropas de otros como usted; nadie parece á sacarlas, y nadie da por ellas el valor que se prestó. — Mi ropa vale mas de cincuenta duros: te juro que antes de ocho dias vuelvo por ella. — Eso mismo decia el dueño de aquel surtú, que ha pasado en aquella percha dos inviernos; y la que trajo aquel chal, que lleva aqui dos carnavales; y la... — Pepe, te daré lo que quieras, mira; estoy comprometido; ¡no me queda mas recurso que tirarme un tiro!" Al llegar aqui el diálogo, eché mano de mi bolsillo, diciendo para mí: no se tirará un tiro por diez y seis duros un jóven de tan buen aspecto. ¿Quién sabe sino habrá comido hoy su familia; si alguna desgracia... iba á llamarle, pero me previno

Pepe diciendo: ¡Mal hecho! Tengo que ir esta noche sin falta á casa de la señora de W.** y estoy sin trage: he dado palabra de no faltar á una persona respetable. Tengo que buscar ademas un dominó para una prima mia, á quien he prometido acompañar... Al oir esto solté insensiblemente mi bolsa en mi faltriquera, menos poseido ya de mi ardiente caridad. — ¡Es posible! traiga usted una alhaja. — Ni una me queda, tú lo sabes; tienes mi reloj, mis botones, mi cadena... — ¡Diez y seis duros! — Mira, con ocho me contento. — Yo no puedo hacer nada en eso; es mucho. — Con cinco me contento, y firmaré los diez y seis, y te daré ahora mismo uno de gratificacion... — Ya sabe usted que yo deseo servirle, pero como no soy el dueño... ¿A ver el frac? Respiró el jóven, sonrióse el corredor; tomó el atribulado cinco duros, dió de ellos uno, y firmó diez y seis, contento con el buen negocio que habia hecho. — Dentro de tres dias vuelvo por ello. A Dios. Hasta pasado mañana. — Hasta el año que viene. — Y fuese cantando el especulador.

Retumbaban todavía en mis oidos las pisadas y *le frioriture* del atolondrado, cuando se abre violentamente la puerta, y la señora de H.** Y. en persona, con los ojos encendidos y toda fuera de sí, se precipita en la habitacion. — ¡Don Fernando! — A su voz salió uno de los prestamistas, caballero de no mala figura y de muy galantes modales. — ¡Señora! — ¿Me ha enviado usted esta esquela? — Estoy sin un maravedí; mi amigo no la conoce á usted... es un hombre ordinario... y como hemos dado ya mas

de lo que valen los adornos que tiene usted ahí...— ¿Pero no sabe usted que tengo repartidos los billetes para el baile de esta noche? Es preciso darle, ó me muero del sofoco... — Yo, señora...— Necesito indispensablemente mil reales, y retirar, siquiera hasta mañana, mi diadema de perlas y mis braceletes para esta noche: en cambio vendrá una vajilla de plata y cuanto tengo en casa. Debo á los músicos tres noches de funcion; esta mañana me han dicho decididamente que no tocarán si no los pago. El catalan me ha enviado la cuenta de las velas, y que no enviará mas mientras no le satisfaga. — Si yo fuera solo... — ¿Reñiremos? ¿No sabe usted que esta noche el juego solo puede producir?... ¡Nos fue tan mal la otra noche! ¿Quiere usted mas billetes? no me han dejado mas que seis. Envie usted á casa por los efectos que he dicho. —Yo conozco... por mí... pero aqui pueden oirnos; entre usted en ese gabinete. Entráronse y se cerró la puerta tras ellos.

Siguióse á esta escena la de un jugador perdidoso que habia perdido el último maravedí y necesitaba armarse para volver á jugar; dejó un reloj, tomó diez, firmó quince, y se despidió diciendo: tengo corazonada; voy á sacar veinte onzas en media hora, y vuelvo por mi reloj: otro jugador ganancioso vino á sacar unas sortijas del tiempo de su prosperidad: algun empleado vino á tomar su mesada adelantada sobre su sueldo, pero descabalada de los crecidos intereses: algun necesitado verdadero se remedió, si es remedio comprar un duro con dos; y solo mentaré en particular al criado de un personage que vino por fin á rescatar ciertas alhajas que habia mas

de tres años que cautivas en aquel Argel estaban. Habíanse vendido las alhajas, desconfiados ya los prestamistas de que nunca las pagaran, y porque los intereses estaban á punto de traspasar su valor. No quiero pintar la grita y la zalagarda que en aquella bendita casa se armó. Despues de dos años de reclamaciones inútiles, hoy venian por las alhajas; ayer se habian vendido. Juró y blasfemó el criado y fuese, prometiendo poner el remedio de aquel atrevimiento en manos de quien mas conviniese.

¿Es posible que se viva de esta manera? ¿Pero qué mucho, si el artesano ha de parecer artista, el artista empleado, el empleado título, el título grande, y el grande príncipe? ¿Cómo se puede vivir haciendo menos papel que el vecino? ¡Bien haya el lujo! ¡bien haya la vanidad!

En esto salia ya del gabinete la bella convidadora; habíase secado el manantial de sus lágrimas.

— A Dios, y no falte usted á la noche, dijo misteriosamente una voz penetrante y agitada. — Descuide usted; dentro de media hora enviaré á Pepe, respondió una voz ronca y mal segura. — Bajó los ojos la belleza, compuso sus blondos cabellos, arregló su mantilla, y salió precipitadamente.

A poco salió mi sobrino, que despues de darme las gracias, se empeñó tercamente en hacerme admitir un billete para el baile de la señora H.** Z. Sonreíme, nada dije á mi sobrino, ya que nada habia oido, y asistí al baile. Los músicos tocaron: las luces ardieron. ¡Oh elocuencia de la belleza! ¡Oh utilidad de los usureros!

No quisiera acabar mi artículo sin advertir que reconocí en el baile al famoso prestamista, y en los hombros de su muger el chal magnífico que llevaba tres carnavales en el cautiverio; y dejó de asombrarme desde entonces el lujo que en ella tantas veces no habia comprendido.

Retiréme temprano, que no les sienta bien á mis canas ver entrar á Febo en los bailes; acompañóme mi sobrino, que iba á otra concurrencia. Bajé del coche, y nos despedimos. Parecióme no encontrar en su voz aquel mismo calor afectuoso, aquel interés con que por la mañana me dirigía la palabra. Un *á Dios* bastante indiferente me recordó que aquel dia habia hecho un favor, y que el tal favor ya habia pasado. Acaso habia sido yo tan necio como loco mi sobrino. No era mucho, decia yo, que un jóven los pidiera; ¡pero que los diera un viejo!

Para distraer estas melancólicas imaginaciones, que tan triste idea dan de la humanidad, abrí un libro de poesía, y acertó á ser en aquel punto en que dice Bartolomé de Argensola:

De estos niños Madrid vive logrado,
y de viejos tan frágiles como ellos,
porque en la misma escuela se han criado.

TAYLOR OXFORD

EL CASARSE PRONTO Y MAL.

Asi como tengo aquel sobrino de quien he hablado en mi artículo de empeños y desempeños, tenia otro no hace mucho tiempo, que en esto suele venir á parar el tener hermanos. Este era hijo de una mi hermana, la cual hábia recibido aquella educacion que se daba en España no hace ningun siglo; es decir, que en casa se rezaba diariamente el rosario, se leía la vida del santo, se oía misa todos los dias; se trabajaba los de labor, se paseaba las tardes de los de guardar, se velaba hasta las diez, se estrenaba vestido el Domingo de Ramos, y andava siempre señor padre, que entonces no se llamaba *papá*, con la mano mas besada que reliquia vieja, y registrando los rincones de la casa, temeroso de que las muchachas, ayudadas de su cuyo, hubiesen á las manos algun libro de los prohibidos, ni menos aquellas novelas que, como solia decir, á pretesto de inclinar á la virtud, enseñan desnudo el vicio. No diremos que esta educacion fuese mejor ni peor que la del dia; solo sabemos que vinieron los franceses, y como aquella buena ó mala educacion no estrivaba en mi hermana en principios ciertos, sino en la rutina y en la opresion doméstica de aquellos terribles padres del siglo pasado, no fue necesaria mucha comunicacion con algunos oficiales de la guardia imperial para echar de ver que si aquel modo de vivir era sencillo y arreglado, no era sin embargo el mas di-

vertido. ¿Qué motivo habrá efectivamente que nos persuada que debemos en esta corta vida pasarlo mal, pudiendo pasarlo mejor? Aficionóse mi hermana de las costumbres francesas, y ya no fue el pan pan, ni el vino vino: casóse, y siguiendo en la famosa jornada de Vitoria la suerte del tuerto Pepe Botellas, que tenia dos ojos muy hermosos y nunca bebia vino, emigró á Francia.

Escusado es decir que adoptó mi hermana las ideas del siglo; pero como esta segunda educacion tenia tan malos cimientos como la primera, y como quiera que esta débil humanidad nunca sepa detenerse en el justo medio, pasó del año cristiano á Pigault Lebrun, y se dejó de misas y devociones, sin saber mas ahora porque las dejaba, que antes porque las tenia. Dijo que el muchacho se habia de educar como convenia; que podria leer sin orden ni método cuanto libro le viniese á las manos, y qué sé yo que mas cosas decia de la ignorancia y del fanatismo, de las luces y de la ilustracion, añadiendo que la religion era un convenio social en que solo los tontos entraban de buena fé, y del cual el muchacho no necesitaba para mantenerse bueno; que *padre* y *maadre* eran cosa de brutos, y que á *papá* y *mamá* se les debia tratar de *tú*, porque no hay amistad que iguale á la que une á los padres con los hijos (salvo algunos secretos que guardarán siempre los segundos de los primeros, y algunos soplamocos que darán siempre los primeros á los segundos): verdades todas que respeto tanto ó mas que las del siglo pasado, porque cada siglo tiene sus verdades, como cada hombre tiene su cara.

No es necesario decir que el muchacho, que se llamaba Augusto, porque ya han caducado los nombres de nuestro calendario, salió despreocupado, puesto que la despreocupacion es la primera preocupacion de este siglo.

Leyó, hacinó, confundió; fue superficial, vano, presumido, orgulloso, terco, y no dejó de tomarse mas rienda de la que se le habia dado. Murió, no sé á qué propósito, mi cuñado, y Augusto regresó á España con mi hermana toda aturdida de ver lo brutos que estamos por acá todavía los que no hemos tenido como ella la dicha de emigrar, y trayéndonos entre otras cosas noticias ciertas de como no habia Dios, porque eso se sabe en Francia de muy buena tinta. Por supuesto que no tenia el muchacho quince años y ya galleaba en las sociedades, y citaba, y se metia en cuestiones, y era hablador, y raciocinador como todo muchacho bien educado; y fué el caso que oía hablar todos los dias de aventuras escandalosas, y de los amores de fulanito con la menganita, y le pareció en resumidas cuentas cosa precisa para hombrear enamorarse.

Por su desgracia acertó á gustar á una jóven, personita muy bien educada tambien, la cual es verdad que no sabia gobernar una casa, pero se embaulaba en el cuerpo en sus ratos perdidos, que eran para ella todos los dias, una novela sentimental con la mas desatinada aficion que en el mundo jamas se ha visto: tocaba su poco de piano y cantaba su poco de ária de vez en cuando, porque tenia una bonita voz de contralto. Hubo guiños y apretones desesperados de pies y

manos, y varias epistolas recíprocamente copiadas de la nueva Eloisa; y no hay mas que decir sino que á los cuatro dias se veían los dos inocentes por la ventanilla de la puerta, y escurrian su correspondencia por las rendijas; sobornaban con el mejor fin del mundo á los criados. y por último, un su amigo, que debia de quererle muy mal, presentó al señorito en la casa. Para colmo de desgracia él y ella, que habian dado principio á sus amores porque no se dijese que vivian sin su trapillo, se llegaron á imaginar primero, y á creer despues á pies juntillas, como se suele muy mal decir, que estaban verdadera y terriblemente enamorados. ¡Fatal credulidad! Los parientes, que previeron en qué podria venir á parar aquella inocente aficion ya conocida, pusieron de su parte todos los esfuerzos para cortar el mal, pero ya era tarde. Mi hermana, en medio de su despreocupacion y de sus luces, nunca habia podido desprenderse del todo de cierta aficion á sus ejecutorias y blasones, porque hay que advertir dos cosas: 1.ª que hay despreocupados por este estilo; y 2.ª que somos nobles; lo que equivale á decir, que desde la mas remota antigüedad nuestros abuelos no han trabajado para comer. Conservaba mi hermana este apego á la nobleza, aunque no conservaba bienes; y esta es una de las razones por qué estaba mi sobrinito destinado á morirse de hambre sino se le hacia meter la cabeza en alguna parte, porque eso de que hubiera aprendido un oficio, ¡oh! ¿qué hubieran dicho los parientes y la nacion entera? Averiguóse, pues, que no tenia la niña un orígen tan preclaro, ni mas dote que su instruccion nove-

lesca y sus *duettos*, fincas que no bastan para sostener el boato de unas personas de su clase. Averiguó tambien la parte contraria que el niño no tenia empleo, y dándosele un bledo de su nobleza, hubo aquello de decirle: "Caballerito, ¿con qué objeto entra usted en mi casa? — Quiero á Elenita, respondió mi sobrino. — ¿Y con qué fin, Caballerito? — Para casarme con ella. — Pero no tiene usted empleo ni carrera. — Eso es cuenta mia... — Sus padres de usted no consentirán... — Sí señor; usted no conoce á mis papás. — Perfectamente: mi hija será de usted en cuanto me traiga una prueba de que puede mantenerla, y el permiso de sus padres; pero en el interin, si usted la quiere tanto, escuse por su mismo decoro sus visitas. — Entiendo. — Me alegro, caballerito;" y quedó nuestro Orlando hecho una estátua, pero bien decidido á romper por todos los inconvenientes.

Bien quisiéramos que nuestra pluma, mejor cortada, se atreviese á trasladar al papel la escena de la niña con la mamá; pero diremos en suma que hubo prohibicion de salir y de asomarse al balcon, y de corresponder al mancebo, á todo lo cual la malva respondió con cuatro desvergüenzas acerca del libre albedrío y de la libertad de la hija para escoger marido, y no fueron bastantes á disuadirla las reflexiones acerca de la ninguna fortuna de su elegido: todo era para ella tiranía y envidia que los papás tenian de sus amores y de su felicidad; concluyendo que en los matrimonios era lo primero el amor, y que en cuanto á comer, ni eso hacia falta á los enamorados, porque en ninguna novela se dice que

coman las Amandas y los Mortimers, ni nunca les habian de faltar unas sopas de ajo.

Poco mas ó menos fue la escena de Augusto con mi hermana, porque aunque no sea legítima consecuencia, tambien concluia de que los padres no deben tiranizar á los hijos, que los hijos no deben obedecer á los padres: insistia en que era independiente: que en cuanto á haberle criado y educado nada le debia, pues lo habia hecho por una obligacion imprescindible, y á lo del ser que le habia dado, menos, pues no se lo habia dado por él, sino por las razones que dice nuestro Cadalso entre otras lindezas sutilísimas de este jaez.

Pero insistieron tambien los padres, y despues de haber intentado infructuosamente varios medios de seduccion y rapto, no dudó nuestro paladin, vista la obstinacion de las familias, en recurrir al medio en voga de sacar á la niña por el vicario: púsose el plan en ejecucion, y á los quince dias mi sobrino habia reñido ya decididamente con su madre; habia sido arrojado de su casa, privado de sus cortos alimentos, y Elena depositada en poder de una potencia neutral; pero se entiende, de esta especie de neutralidad que se usa en el dia, de suerte que nuestra Angélica y Medoro se veían mas cada dia, y se amaban mas cada noche. Por fin amaneció el dia feliz; otorgóse la demanda; un amigo prestó á mi sobrino algun dinero, uniéronse con el lazo conyugal, estableciéronse en su casa, y nunca hubo felicidad igual á la que aquellos buenos hijos disfrutaron mientras duraron los pesos duros del amigo.

Pero ¡oh dolor! pasó un mes y la niña no

sabia mas que acariciar á su Medoro, cantarle una ária, ir al teatro y bailar una mazowrka, y Medoro no sabia mas que disputar. Ello sin embargo el amor no alimenta, y era indispensable buscar recursos.

Mi sobrino salia de mañana á buscar dinero, cosa mas dificil de encontrar de lo que parece, y la vergüenza de no poder llevar á su casa con que dar de comer á su muger le detenia hasta la noche... Pasemos un velo sobre las escenas horribles de tan amarga posicion. Mientras que Augusto pasa el dia lejos de ella en sufrir humillaciones, la infeliz consorte gime luchando entre los zelos y la rabia. Todavía se quieren, pero en casa donde no hay harina todo es mohina; las mas inocentes espresiones se interpretan en la lengua del mal humor como ofensas mortales; el amor propio ofendido es el mas seguro antídoto del amor, y las injurias acaban de apagar un resto de la antigua llama que amortiguada en ambos corazones ardía; se suceden unos á otros los reproches, y el infeliz Augusto insulta á la muger que le ha sacrificado su familia y su suerte, echándole en cara aquella desobediencia á la cual no ha mucho tiempo él mismo la inducia: á los contínuos reproches se sigue en fin el odio.

¡Oh si hubiera quedado aqui el mal! Pero un resto de honor mal entendido que bulle en el pecho de mi sobrino, y que le impide prestarse para sustentar á su familia á ocupaciones groseras, no le impide precipitarse en el juego, y en todos los vicios y bajezas, en todos los peligros, que son su consecuencia. Corramos de nuevo, corramos un velo sobre el cuadro á que

dió la locura la primera pincelada, y apresurémonos á dar nosotros la última.

En este miserable estado pasan tres años, y ya tres hijos mas rollizos que sus padres alborotan la casa con sus juegos infantiles. Ya el himeneo y las privaciones han roto la venda que ofuscaba la vista de los infelices: aquella amabilidad de Elena es coquetería á los ojos de su esposo, su noble orgullo insufrible altanería, su garrulidad divertida y graciosa locualidad insolente y cáustica; sus ojos brillantes se han marchitado, sus encantos estan ajados, su talle perdió sus esbeltas formas, y ahora conoce que sus pies son grandes y sus manos feas: ninguna amabilidad, pues, para ella, ninguna consideracion. Augusto no es á los ojos de su esposa aquel hombre amable y seductor, flexible y condescendiente; es un holgazan, un hombre sin ninguna habilidad, sin talento alguno, zeloso y soberbio, déspota y no marido... en fin, ¡cuánto mas vale el amigo generoso de su esposo, que les presta dinero, y les promete aun proteccion! ¡Qué movimiento en él! ¡qué actividad! ¡qué heroismo! ¡qué amabilidad! ¡qué adivinar los pensamientos y prevenir los deseos! ¡qué no permitir que ella trabaje en labores groseras! ¡qué asiduidad, y qué delicadeza en acompañarla los dias enteros que Augusto la deja sola! ¡qué interés, en fin, el que se toma cuando le descubre por su bien que su marido se distrae con otra...

¡Oh poder de la calumnia y de la miseria! Aquella muger que si hubiera escogido un compañero que la hubiera podido sostener, hubiera

sido acaso una Lucrecia, sucumbe por fin á la seduccion y á la falaz esperanza de mejor suerte.

Una noche vuelve mi sobrino á su casa; sus hijos estan solos.— ¿Y mi muger? ¿y sus ropas?— Corre á casa de su amigo,—¿No está en Madrid? ¡Cielos! ¡Qué rayo de luz! ¿Será posible? Vuela á la policia: se informa. Una jóven de tales senas con un supuesto hermano han salido en la diligencia para Cádiz. Reune mi sobrino sus pocos muebles, los vende, toma un asiento en el primer carruage, y hétele persiguiendo á los fugitivos. Pero le llevan mucha ventaja, y no es posible alcanzarlos hasta el mismo Cádiz. Llega: son las diez de la noche, corre á la fonda que le indican, pregunta, sube precipitadamente la escalera, le senalan un cuarto cerrado por dentro; llama; la voz que le responde le es harto conocida y resuena en su corazon; redobla los golpes; una persona desnuda levanta el pestillo. Augusto ya no es un hombre, es un rayo que cae en la habitacion; un chillido agudo le convence de que le han conocido; asesta una pistola, de dos que trae, al seno de su amigo, y el seductor cae revolcándose en su sangre; persigue á su miserable esposa, pero una ventana inmediata se abre, y la adúltera, poseida del terror y de la culpa, se arroja sin reflexionar en una altura de mas de sesenta varas. El grito de la agonía le anuncia su última desgracia y la venganza mas completa: sale precipitado del teatro del crimen, y encerrándose, antes de que le sorprendan, en su habitacion, coge aceleradamente la pluma, y apenas tiene tiempo para dictar á su madre la carta siguiente:

"Madre mia, dentro de media hora no existiré: cuidad de mis hijos, y si quereis hacerlos verdaderamente despreocupados empezad por instruirlos... Que aprendan en el ejemplo de su padre á respetar lo que es peligroso despreciar sin tener antes mas sabiduría. Si no les podeis dar otra cosa mejor, no les quiteis una religion consoladora. Que aprendan á domar sus pasiones y á respetar á aquellos á quienes lo deben todo. Perdonadme mis faltas: harto castigado estoy con mi deshonra y mi crímen; harto cara pago mi falsa despreocupacion. Perdonadme las lágrimas que os hago derramar. A Dios para siempre."

Acabada esta carta se oyó otra detonacion que resonó en toda la fonda, y la catástrofe que le sucedió me privó para siempre de un sobrino, que con el mas bello corazon se ha hecho desgraciado á sí y á cuantos le rodean.

No hace dos horas que mi desgraciada hermana despues de haber leido aquella carta, y llamádome para mostrármela, postrada en su lecho, y entregada al mas funesto delirio, ha sido desahuciada por los médicos.

Hijo... despreocupacion... boda... Religion... infeliz..., son las palabras que vagan errantes sobre sus labios moribundos. Y esta funesta impresion, que domina en mis sentidos tristemente, me ha impedido dar hoy á mis lectores otros artículos mas joviales que para mejor ocasion les tengo reservados.

EL CASTELLANO VIEJO.

Ya en mi edad pocas veces gusto de alterar el orden que en mi manera de vivir tengo hace tiempo establecido, y fundo esta repugnancia en que no he abandonado mis lares ni un solo dia para quebrantar mi sistema, sin que haya sucedido el arrepentimiento mas sincero al desvanecimiento de mis engañadas esperanzas. Un resto con todo eso del antiguo ceremonial que en su trato tenian adoptado nuestros padres, me obliga á aceptar á veces ciertos convites á que pareceria el negarse grosería, ó por lo menos ridícula afectacion de delicadeza.

Andávame dias pasados por esas calles á buscar materiales para mis artículos. Embebido en mis pensamientos, me sorprendí varias veces á mí mismo riendo como un pobre hombre de mis propias ideas y moviendo maquinalmente los labios; algun tropezon me recordaba de cuando en cuando que para andar por el empedrado de Madrid no es la mejor circunstancia la de ser poeta ni filósofo; mas de una sonrisa maligna, mas de un gesto de admiracion de los que á mi lado pasaban, me hacia reflexionar que los soliloquios no se deben hacer en público; y no pocos encontrones que al volver las esquinas dí con quien tan distraida y rápidamente como yo las doblaba, me hicieron conocer que los distraidos no entran en el número de los cuerpos elásticos, y mucho menos de los seres gloriosos é impasibles. En se-

mejante situacion de mi espíritu, ¿qué sensacion no deberia producirme una horrible palmada que una gran mano, pegada (á lo que por entonces entendí) á un grandísimo brazo, vino á descargar sobre uno de mis hombros, que por desgracia no tienen punto alguno de semejanza con los de Atlante?

No queriendo dar á entender que desconocia este enérgico modo de anunciarse, ni desairar el agasajo de quien sin duda habia creido hacérmele mas que mediano, dejándome torcido para todo el dia, traté solo de volverme por conocer quién fuese tan mi amigo para tratarme tan mal; pero mi castellano viejo es hombre que cuando está de gracias no se ha de dejar ninguna en el tintero. ¿Cómo dirá el lector que siguió dándome pruebas de confianza y cariño? Echóme las manos á los ojos, y sujetándome por detras, ¿quién soy? gritaba, alborozado con el buen éxito de su delicada travesura. ¿Quién soy? — Un animal, iba á responderle; pero me acordé de repente de quién podria ser, y sustituyendo cantidades iguales, — *Braulio eres*, le dije. Al oirme, suelta sus manos, rie, se aprieta los ijares, alborota la calle, y pónenos á entrambos en escena. — ¡Bien, mi amigo! ¿Pues en qué me has conocido? — ¿Quién pudiera sino tú... — ¿Has venido ya de tu Vizcaya? — No, Braulio, no he venido. — Siempre el mismo genio. ¿Qué quieres? es la pregunta del español. ¡Cuánto me alegro de que estés aqui! ¿Sabes que mañana son mis dias? — Te los deseo muy felices. — Déjate de cumplimientos entre nosotros; ya sabes que yo soy franco y castellano viejo: el pan pan, y el vino vino; por

consiguiente exijo de tí que no vayas á dármelos; pero estás convidado. — ¿A qué? —A comer conmigo.—No es posible.—No hay remedio.—No puedo, insisto ya temblando. — ¿No puedes? — Gracias. — ¿Gracias? Vete á paseo: amigo, como no soy el duque de F., ni el conde de P... — ¿Quién se resiste á una sorpresa de esa especie? ¿quién quiere parecer vano? — No es eso, sino que... — Pues si no es eso, me interrumpe, te espero á las dos; en casa se come á la española; temprano. Tengo mucha gente: tendrémos al famoso X. que nos improvisará de lo lindo; T. nos cantará de sobremesa una rondeña con su gracia natural; y por la noche J. cantará y tocará alguna cosilla. — Esto me consoló algun tanto, y fue preciso ceder: un dia malo, dije para mí, cualquiera lo pasa; en este mundo para conservar amigos es preciso tener el valor de aguantar sus obsequios. —No faltarás, sino quieres que riñamos. — No faltaré, dije con voz exánime y ánimo decaido, como el zorro que se revuelve inútilmente dentro de la trampa donde se ha dejado coger. — Pues hasta mañana; y me dió un torniscon por despedida. Vile marchar como el labrador ve alejarse la nube de su sembrado, y quedéme discurriendo cómo podian entenderse estas amistades tan hostiles y tan funestas.

Ya habrá conocido el lector, siendo tan perspicaz como yo le imagino, que mi amigo Braulio está muy lejos de pertenecer á lo que se llama gran mundo y sociedad de buen tono, pero no es tampoco un hombre de la clase inferior, puesto que es un empleado de los de segundo orden, que reune entre su sueldo y su hacienda

cuarenta mil reales de renta; que tiene una cintita atada al ojal y una crucecita á la sombra de la solapa; que es persona, en fin, cuya clase, familia y comodidades de ninguna manera se oponen á que tuviese una educacion mas escogida y modales mas suaves é insinuantes. Mas la vanidad le ha sorprendido por donde ha sorprendido casi siempre á toda ó á la mayor parte de nuestra clase media, y á toda nuestra clase baja. Es tal su patriotismo, que dará todas las lindezas del estrangero por un dedo de su pais. Esta ceguedad le hace adoptar todas las responsabilidades de tan inconsiderado cariño; de paso que defiende que no hay vinos como los españoles, en lo cual bien puede tener razon, defiende que no hay educacion como la española, en lo cual bien pudiera no tenerla; á trueque de defender que el cielo de Madrid es purísimo, defenderá que nuestras manolas son las mas encantadoras de todas las mugeres: es un hombre, en fin, que vive de esclusivas, á quien le sucede poco mas ó menos lo que á una parienta mia, que se muere por las jorobas, solo porque tuvo un querido que llevaba una escrecencia bastante visible sobre entrambos omoplatos.

No hay que hablarle, pues, de estos usos sociales, de estos respetos mútuos, de estas reticencias urbanas, de esa delicadeza de trato, que establece entre los hombres una preciosa armonía, diciendo solo lo que debe agradar y callando siempre lo que puede ofender. Él se muere *por plantarle una fresca al lucero del alba*, como suelé decir, y cuando tiene un resentimiento se le *espeta á uno cara á cara*: como tiene troca-

dos todos los frenos, dice de los cumplimientos que ya sabe lo que quiere decir *cumplo* y *miento*; llama á la urbanidad hipocresía, y á la decencia monadas; á toda cosa buena le aplica un mal apodo; el lenguaje de la finura es para él poco mas que griego: cree que toda la crianza está reducida á decir *Dios guarde á ustedes* al entrar en una sala, y añadir *con permiso de usted* cada vez que se mueve; á preguntar á cada uno por toda su familia, y á despedirse de todo el mundo; cosas todas que asi se guardará él de olvidarlas como de tener pacto con franceses. En conclusion, hombres de estos que no saben levantarse para despedirse sino en corporacion con alguno ó algunos otros, que han de dejar humildemente debajo de una mesa su sombrero, que llaman *su cabeza*, y que cuando se hallan en sociedad por desgracia sin un socorrido baston, darian cualquier cosa por no tener manos ni brazos, porque en realidad no saben dónde ponerlos, ni qué cosa se puede hacer con los brazos en una sociedad.

Llegaron las dos, y como yo conocia ya á mi Braulio, no me pareció conveniente acicalarme demasiado para ir á comer; estoy seguro de que se hubiera picado; no quise sin embargo escusar un frac de color y un pañuelo blanco, cosa indispensable en un dia de dias en semejantes casas: vestíme sobre todo lo mas despacio que me fue posible, como se reconcilia al pie del suplicio el infeliz reo, que quisiera tener cien pecados mas cometidos que contar para ganar tiempo; era citado á las dos, y entré en la sala á las dos y media.

No quiero hablar de las infinitas visitas ceremoniosas que antes de la hora de comer entraron y salieron en aquella casa, entre las cuales no eran de despreciar todos los empleados de su oficina con sus señoras y sus niños, y sus capas, y sus paraguas, y sus chanclos, y sus perritos; déjome en blanco los necios cumplimientos que dijeron al señor de los dias; no hablo del inmenso círculo con que guarnecia la sala el concurso de tantas personas heterogéneas, que hablaron de que el tiempo iba á mudar, y de que en invierno suele hacer mas frio que en verano. Vengamos al caso: dieron las cuatro, y nos hallamos solos los convidados. Desgraciadamente para mí el señor de X., que debia divertirnos tanto, gran conocedor de esta clase de convites, habia tenido la habilidad de ponerse malo aquella mañana; el famoso T. se hallaba oportunamente comprometido para otro convite; y la señorita que tan bien habia de cantar y tocar estaba ronca en tal disposicion que se asombraba ella misma de que se la entendiese una sola palabra, y tenia un panadizo en un dedo. ¡Cuántas esperanzas desvanecidas!

— Supuesto que estamos los que hemos de comer, esclamó don Braulio, vamos á la mesa, querida mia. — Espera un momento, le contestó su esposa, casi al oido; con tanta visita yo he faltado algunos momentos de allá dentro, y... — Bien, pero mira que son las cuatro... — Al instante comerémos. — Las cinco eran cuando nos sentábamos á la mesa.

Señores, dijo el Anfitrion al vernos titubear en nuestras respectivas colocaciones, exijo la ma-

yor franqueza: en mi casa no se usan cumplimientos. ¡Ah, Fígaro, quiero que estés con toda comodidad; eres poeta; y ademas estos señores, que saben nuestras íntimas relaciones, no se ofenderán si te prefiero; quítate el frac, no sea que le manches. — ¿Qué tengo de manchar? le respondí, mordiéndome los labios. — No importa, te daré una chaqueta mia; siento que no haya para todos. — No hay necesidad. — ¡Oh! sí, sí, ¡mi chaqueta! Toma, mírala; un poco ancha te vendrá. — Pero, Braulio... —No hay remedio; no te andes con etiquetas; y en esto me quita él mismo el frac, *velis nolis*, y quedo sepultado en una cumplida chaqueta rayada, por la cual solo asomaba los pies y la cabeza, y cuyas mangas no me permitirian comer probablemente. Díle las gracias: al fin el hombre creía hacerme un obsequio!

Los dias en que mi amigo no tiene convidados se contenta con una mesa baja, poco mas que banqueta de zapatero, porque él y su muger, como dice, ¿para qué quieren mas? Desde la tal mesita, y como se sube el agua del pozo, hace subir la comida hasta la boca, adonde llega goteando despues de una larga travesia; porque pensar que estas gentes han de tener una mesa regular, y estar cómodos todos los dias del año, es pensar en lo escusado. Ya se concibe, pues, que la instalacion de una gran mesa de convite era un acontecimiento en aquella casa; asi que, se habia creido capaz de contener catorce personas que eramos una mesa donde apenas podrian comer ocho cómodamente. Hubimos de sentarnos de medio lado como quien va á arrimar el hom-

bro á la comida, y entablaron los codos de los convidados íntimas relaciones entre sí con la mas fraternal inteligencia del mundo. Colocáronme por mucha distincion entre un niño de cinco años, encaramado en unas almohadas que era preciso enderezar á cada momento porque las ladeaba la natural turbulencia de mi jóven adlátere, y entre uno de esos hombres que ocupan en el mundo el espacio y sitio de tres, cuya corpulencia por todos lados se salia de madre de la única silla en que se hallaba sentado, digámoslo asi, como en la punta de una aguja. Desdoblá-ronse silenciosamente las servilletas, nuevas á la verdad, porque tampoco eran muebles en uso para todos los dias, y fueron izadas por todos aquellos buenos señores á los ojales de sus fraques como cuerpos intermedios entre las salsas y las solapas.

—Ustedes harán penitencia, señores, esclamó el Anfitrion una vez sentado; pero hay que hacerse cargo de que no estamos en Genieys; frase que creyó preciso decir. Necia afectacion es esta, si es mentira, dije yo para mí; y si verdad, gran torpeza convidar á los amigos á hacer penitencia. Desgraciadamente no tardé mucho en conocer que habia en aquella espresion mas verdad de la que mi buen Braulio se figuraba. Interminables y de mal gusto fueron los cumplimientos con que para dar y recibir cada plato nos aburrimos unos á otros. — Sírvase usted. — Hágame usted el favor. — De ninguna manera. — No lo recibiré. — Páselo usted á la señora. — Está bien ahí. — Perdone usted. — Gracias. — Sin etiqueta, señores, esclamó Braulio, y se echó el pri-

mero con su propia cuchara. Sucedió á la sopa un cocido surtido de todas las sabrosas impertinencias de este engorrosísimo, aunque buen plato; cruza por aqui la carne; por allá la verdura; acá los garbanzos; allá el jamon; la gallina por derecha; por medio el tocino; por izquierda los embuchados de Estremadura; siguióle un plato de ternera mechada, que Dios maldiga, y á este otro y otros y otros; mitad traidos de la fonda, que esto basta para que escusemos hacer su elogio; mitad hechos en casa por la criada de todos los dias, por una vizcaina auxiliar tomada al intento para aquella festividad y por el ama de la casa, que en semejantes ocasiones debe estar en todo, y por consiguiente suele no estar en nada.

— Este plato hay que disimularle, decia esta de unos pichones; están un poco quemados. — Pero, muger... — Hombre, me aparté un momento, y ya sabes lo que son las criadas. — Qué lástima que este pavo no haya estado media hora mas al fuego! se puso algo tarde. — ¿No les parece á ustedes que está algo ahumado este estofado? — ¿Qué quieres? Una no puede estar en todo. — ¡Oh, está escelente, esclamábamos todos dejándonoslo en el plato, escelente! — Este pescado está pasado. — Pues en el despacho de la diligencia del fresco dijeron que acababa de llegar; ¡el criado es tan bruto! — ¿De dónde se ha traido este vino? — En eso no tienes razon, porque es... — Es malisimo. — Estos diálogos cortos iban exornados con una infinidad de miradas furtivas del marido para advertirle continuamente á su muger alguna negligencia, queriendo darnos á en-

tender entrambos á dos que estaban muy al corriente de todas las fórmulas que en semejantes casos se reputan finura, y que todas las torpezas eran hijas de los criados, que nunca han de aprender á servir. Pero estas negligencias se repetian tan á menudo, servian tan poco ya las miradas, que le fue preciso al marido recurrir á los pellizcos y á los pisotones; y ya la señora, que á duras penas habia podido hacerse superior hasta entonces á las persecuciones de su esposo, tenia la faz encendida y los ojos llorosos.—Señora, no se incomode usted por eso, le dijo el que á su lado tenia.—¡Ah! les aseguro á ustedes que no vuelvo á hacer estas cosas en casa; ustedes no saben lo que es esto; otra vez, Braulio, irémos á la fonda y no tendrás...—Usted, señora mia, hará lo que...—¡Braulio! ¡Braulio! Una tormenta espantosa estaba á punto de estallar; empero todos los convidados á porfia probamos á aplacar aquellas disputas, hijas del deseo de dar á entender la mayor delicadeza, para lo cual no fue poca parte la manía de Braulio y la espresion concluyente que dirigió de nuevo á la concurrencia acerca de la inutilidad de los cumplimientos, que asi llama él al estar bien servido y al saber comer. ¿Hay nada mas ridículo que estas gentes que quieren pasar por finas en medio de la mas crasa ignorancia de los usos sociales? ¿que para obsequiarle le obligan á usted á comer y beber por fuerza, y no le dejan medio de hacer su gusto? ¿por qué habrá gentes que solo quieren comer con alguna ma limpieza los dias de dias?

A todo esto, el niño que á mi izquierda te-

nia hacia saltar las aceitunas á un plato de magras con tomate, y una vino á parar á uno de mis ojos, que no volvió á ver claro en todo el dia; y el señor gordo de mi derecha habia tenido la precaucion de ir dejando en el mantel, al lado de mi pan, los huesos de las suyas, y los de las aves que habia roido; el convidado de enfrente, que se preciaba de trinchador, se habia encargado de hacer la autopsia de un capon, ó sea gallo, que esto nunca se supo; fuese por la edad avanzada de la víctima, fuese por los ningunos conocimientos anatómicos del victimario, jamas parecieron las coyunturas. — Este capon no tiene coyunturas, esclamaba el infeliz sudando y forcejeando, mas como quien cava que como quien trincha. ¡Cosa mas rara! En una de las embestidas resbaló el tenedor sobre el animal como si tuviera escama, y el capon, violentamente despedido, parecio querer tomar su vuelo como en sus tiempos mas felices, y se poso en el mantel tranquilamente como pudiera en un palo de un gallinero.

El susto fue general y la alarma llegó á su colmo cuando un surtidor de caldo, impulsado por el animal furioso, saltó á inundar mi limpísima camisa: levántase rápidamente á este punto el trinchador con ánimo de cazar el ave prófuga, y al precipitarse sobre ella, una botella que tiene á la derecha, con la que tropieza su brazo, abandonando su posicion perpendicular, derrama un abundante caño de Valdepeñas sobre el capon y el mantel; corre el vino, auméntase la algazara, llueve la sal sobre el vino para salvar el mantel; para salvar la mesa se ingiere por debajo de él una servilleta, y una eminencia se le-

vanta sobre el teatro de tantas ruinas. Una criada toda azorada retira el capon en el plato de su salsa; al pasar sobre mí hace una pequeña inclinacion, y una lluvia maléfica de grasa desciende como el rocío sobre los prados, á dejar eternas huellas en mi pantalon color de perla; la angustia y el aturdimiento de la criada no conocen término; retírase atolondrada sin acertar con las escusas; al volverse tropieza con el criado que traia una docena de platos limpios y una salvilla con las copas para los vinos generosos, y toda aquella máquina viene al suelo con el mas horroroso estruendo y confusion. ¡Por San Pedro! esclama dando una voz Braulio, difundida ya sobre sus facciones una palidez mortal, al paso que brota fuego el rostro de su esposa. — Pero sigamos, señores, no ha sido nada, añade volviendo en sí.

¡O honradas casas, donde un modesto cocido y un principio final constituyen la felicidad diaria de una familia, huid del tumulto de un convite de dias! Solo la costumbre de comer y servirse bien diariamente puede evitar semejantes destrozos.

¿Hay mas desgracias? ¡Santo cielo! ¡Sí las hay para mí, infeliz! Doña Juana, la de los dientes negros y amarillos, me alarga de su plato y con su propio tenedor una fineza, que es indispensable aceptar y tragar; el niño se divierte en despedir á los ojos de los concurrentes los huesos disparados de las cerezas; don Leandro me hace probar el manzanilla esquisito, que he rehusado, en su misma copa, que conserva las indelebles señales de sus labios grasientos; mi gor-

do fuma ya sin cesar y me hace cañon de su chimenea; por fin ¡ó última de las desgracias! crece el alboroto y la conversacion; roncas ya las voces piden versos y décimas, y no hay mas poeta que Fígaro.—Es preciso.—Tiene usted que decir algo, claman todos.—Désele pie forzado; que diga una copla á cada uno.— Yo le daré el pie: *Á don Braulio en este dia.*—Señores ¡por Dios!—No hay remedio.—En mi vida he improvisado.—No se haga usted el chiquito.—Me marcharé.—Cerrar la puerta.—No se sale de aqui sin decir algo. Y digo versos por fin, y vomito disparates, y los celebran, y crece la bulla y el humo y el infierno.

A Dios gracias logro escaparme de aquel nuevo *Pandemonio.* Por fin, ya respiro el aire fresco y desembarazado de la calle; ya no hay necios, ya no hay castellanos viejos á mi al rededor.

¡Santo Dios, yo te doy gracias, esclamo respirando, como el ciervo que acaba de escaparse de una docena de perros, y que oye ya apemas sus ladridos; para de aqui en adelante no te pido riquezas, no te pido empleos, no honores; líbrame de los convites caseros y de dias de dias; líbrame de estas casas en que es un convite un acontecimiento; en que solo se pone la mesa decente para los convidados; en que creen hacer obsequios cuando dan mortificaciones; en que se hacen finezas; en que se dicen versos; en que hay niños; en que hay gordos; en que reina en fin la brutal franqueza dc los castellanos viejos. Quiero que si caigo de nuevo en tentaciones semejantes, me falte un roastbeef, desaparezca del

mundo el beefsteck, se anonaden los timbales de macarrones, no haya pavos en Perigueux, ni pasteles en Perigord, se sequen los viñedos de Burdeos, y beban, en fin, todos menos yo la deliciosa espuma del Champagne.

Concluida mi deprecacion mental, corro á mi habitacion á despojarme de mi camisa y de mi pantalon, reflexionando en mi interior que no son unos todos los hombres, puesto que los de un mismo pais, acaso de un mismo entendimiento, no tienen las mismas costumbres, ni la misma delicadeza, cuando ven las cosas de tan distinta manera. Vístome y vuelvo á olvidar tan funesto dia entre el corto número de gentes que piensan, que viven sujetas al provechoso yugo de una buena educacion libre y desembarazada, y que fingen acaso estimarse y respetarse mutuamente para no incomodarse, al paso que las otras hacen ostentacion de incomodarse, y se ofenden y se maltratan, queriéndose y estimándose tal vez verdaderamente.

VUELVA USTED MAÑANA.

Gran persona debió de ser el primero que llamó pecado mortal á la pereza: nosotros, que ya en uno de nuestros artículos anteriores estuvimos mas sérios de lo que nunca nos habiamós propuesto, no entrarémos ahora en largas y profundas investigaciones acerca de la historia de este pecado, por mas que conozcamos que hay pecados que pican en historia, y que la historia de los pecados sería un tanto cuanto divertida. Convengamos solamente en que esta institucion ha cerrado y cerrará las puertas del cielo á mas de un cristiano.

Estas reflexiones hacia yo casualmente no hace muchos dias, cuando se presentó en mi casa un estrangero de estos que en buena ó en mala parte han de tener siempre de nuestro pais una idea exagerada é hiperbólica, de estos que ó creen que los hombres aqui son todavía los espléndidos, francos, generosos y caballerescos seres de hace dos siglos, ó que son aun las tribus nomades del otro lado del Atlante: en el primer caso vienen imaginando que nuestro carácter se conserva tan intacto como nuestra ruina; en el segundo vienen temblando por esos caminos, y preguntan si son los ladrones que los han de despojar los individuos de algun cuerpo de guardia establecido precisamente para defenderlos de los azares de un camino, comunes á todos los paises.

Verdad es que nuestro pais no es de aquellos

que se conocen á primera ni á segunda vista, y si no temiéramos que nos llamasen atrevidos, lo compararíamos de buena gana á esos juegos de manos sorprendentes é inescrutables para el que ignora su artificio, que estribando en una grandísima bagatela, suelen despues de sabidos dejar asombrado de su poca perspicacia al mismo que se devanó los sesos por buscarles causas estrañas. Muchas veces la falta de una causa determinante en las cosas nos hace creer que debe de haberlas profundas para mantenerlas al abrigo de nuestra penetracion. Tal es el orgullo del hombre, que mas quiere declarar en alta voz que las cosas son incomprensibles cuando no las comprende él, que confesar que el ignorarlas puede depender de su torpeza.

Esto no obstante, como quiera que entre nosotros mismos se hallen muchos en esta ignorancia de los verdaderos resortes que nos mueven, no tendremos derecho para estrañar que los estrangeros no los puedan tan fácilmente penetrar.

Un estrangero de estos fue el que se presentó en mi casa, provisto de competentes cartas de recomendacion para mi persona. Asuntos intrincados de familia, reclamaciones futuras, y aun proyectos vastos concebidos en París de invertir aqui sus cuantiosos caudales en tal cual especulacion industrial ó mercantil, eran los motivos que á nuestra patria le conducian.

Acostumbrado á la actividad en que viven nuestros vecinos, me aseguró formalmente que pensaba permanecer aqui muy poco tiempo, sobre todo sino encontraba pronto objeto seguro

en que invertir su capital. Parecióme el estrangero digno de alguna consideracion, trabé presto amistad con él, y lleno de lástima traté de persuadirle á que se volviese á su casa cuanto antes, siempre que seriamente trajese otro fin que no fuese el de pasearse. Admiróle la proposicion, y fue preciso esplicarme mas claro. Mirad, le dije, Mr. Sans-délai, que asi se llamaba; vos venís decidido á pasar quince dias, y á solventar en ellos vuestros asuntos.—Ciertamente, me contestó. Quince dias, y es mucho. Mañana por la mañana buscamos un genealogista para mis asuntos de familia; por la tarde revuelve sus libros, busca mis ascendientes, y por la noche ya sé quien soy. En cuanto á mis reclamaciones, pasado mañana las presento fundadas en los datos que aquel me dé, legalizadas en debida forma, y como será una cosa clara y de justicia innegable (pues solo en este caso haré valer mis derechos), al tercer dia se juzga el caso y soy dueño de lo mio. En cuanto á mis especulaciones, en que pienso invertir mis caudales, al cuarto dia ya habré presentado mis proposiciones. Serán buenas ó malas, y admitidas ó desechadas en el acto, y son cinco dias; en el sexto, séptimo y octavo, veo lo que hay que ver en Madrid; descanso el noveno; el décimo tomo mi asiento en la diligencia, sino me conviene estar mas tiempo aqui, y me vuelvo á mi casa; aun me sobran de los quince cinco dias.—Al llegar aqui Mr. Sans-délai traté de reprimir una carcajada que me andava retozando ya hacia rato en el cuerpo, y si mi educacion logré sofocar mi inoportuna jovialidad, no fue bastante á impedir que se aso-

mase á mis labios una suave sonrisa de asombro y de lástima que sus planes ejecutivos me sacaban al rostro mal mi grado. — Permitidme, Mr. Sans-délai, le dije entre socarron y formal, permitidme que os convide á comer para el dia en que lleveis quince meses de estancia en Madrid.— ¿Cómo? —Dentro de quince meses estais aqui todavía. — ¿Os burlais?— No por cierto.—¿No me podré marchar cuando quiera? ¡Cierto que la idea es graciosa! —Sabed que no estais en vuestro pais activo y trabajador.— ¡Oh! los españoles que han viajado por el estrangero han adquirido la costumbre de hablar mal de su pais por hacerse superiores á sus compatriotas.—Os aseguro que en los quince dias con que contais no habreis podido hablar siquiera á una sola de las personas cuya cooperacion necesitais. — ¡Hipérboles! Yo les comunicaré á todos mi actividad. — Todos os comunicarán su inercia.

Conocí que no estaba el señor de Sans-délai muy dispuesto á dejarse convencer sino por la esperiencia, y callé por entonces, bien seguro de que no tardarian mucho los hechos en hablar por mí.

Amaneció el dia siguiente, y salimos entrambos á buscar un genealogista, lo cual solo se pudo hacer preguntando de amigo en amigo y de conocido en conocido: encontrámosle por fin, y el buen señor, aturdido de ver nuestra precipitacion, declaró francamente que necesitaba tomarse algun tiempo; instósele, y por mucho favor nos dijo definitivamente que nos diéramos una vuelta por alli dentro de unos dias. Sonreime, y marchámonos. Pasaron tres dias; fuimos. —Vuel-

va usted mañana, nos respondió la criada, porque el señor no se ha levantado todavía. — Vuelva usted mañana, nos dijo al siguiente dia, porque el amo acaba de salir. — Vuelva usted mañana, nos respondió al otro, porque el amo está durmiendo la siesta. — Vuelva usted mañana, nos respondió el lunes siguiente, porque hoy ha ido á los toros. ¿Qué dia, á qué hora se ve á un español? Vímosle por fin, y vuelva usted mañana, nos dijo, porque se me ha olvidado. — Vuelva usted mañana, porque no está en limpio. A los quince dias ya estuvo; pero mi amigo le habia pedido una noticia del apellido Diez, y él habia entendido Diaz, y la noticia no servia. Esperando nuevas pruebas, nada dije á mi amigo, desesperado ya de dar jamas con sus abuelos.

Es claro que faltando este principio no tuvieron lugar las reclamaciones.

Para las proposiciones que acerca de varios establecimientos y empresas utilísimas pensaba hacer, habia sido preciso buscar un traductor; por los mismos pasos que el genealogista nos hizo pasar el traductor; de manana en mañana nos llevó hasta el fin del mes. Averiguamos que necesitaba dinero diariamente para comer, con la mayor urgencia; sin embargo, nunca encontraba momento oportuno para trabajar. El escribiente hizo despues otro tanto con las copias, sobre llenarlas de mentiras, porque un escribiente que sepa escribir no le hay en este pais.

No paró aqui: un sastre tardó veinte dias en hacerle un frac, que le habia mandado llevarle en veinte y cuatro horas; el zapatero le obligó con su tardanza á comprar botas hechas; la plan-

chadora necesitó quince dias para plancharle una camisola; y el sombrerero, á quien le habia enviado su sombrero á variar el ala, le tuvo dos dias con la cabeza al aire y sin salir de casa.

Sus conocidos y amigos no le asistian á una sola cita, ni avisaban cuando faltaban, ni respondian á sus esquelas. ¡Qué formalidad y qué exactitud!

¿Qué os parece de esta tierra, Mr. Sans-délai? le dije al llegar á estas pruebas. — Me parece que son hombres singulares... — Pues asi son todos. No comerán por no llevar la comida á la boca.

Presentóse con todo, yendo y viniendo dias, una proposicion de mejoras para un ramo que no citaré, quedando recomendada eficacísimamente.

A los cuatro dias volvimos á saber el éxito de nuestra pretension. — Vuelva usted mañana, nos dijo el portero. El oficial de la mesa no ha venido hoy. — Grande causa le habrá detenido, dije yo entre mí. Fuímonos á dar un paseo, y nos encontramos ¡qué casualidad! al oficial de la mesa en el Retiro, ocupadísimo en dar una vuelta con su señora al hermoso sol de los inviernos claros de Madrid.

Martes era el dia siguiente, y nos dijo el portero: vuelva usted mañana, porque el señor oficial de la mesa no da audiencia hoy. Grandes negocios habrán cargado sobre él, dije yo: como soy el diablo, y aun he sido duende, busqué ocasion de echar una ojeada por el agujero de una cerradura. Su señoría estaba echando un cigarrito al brasero, y con una charada del *Correo* entre manos que le debia costar trabajo el acer-

tar. — Es imposible verle hoy, le dije á mi compañero; su señoría está en efecto ocupadísimo.

Diónos audiencia el miércoles inmediato, y ¡qué fatalidad! el espediente habia pasado á informe, por desgracia á la única persona enemiga indispensable de Mr. y de su plan, porque era quien debia salir en él perjudicado. Vivió el espediente dos meses en informe, y vino tan informado como era de esperar. Verdad es que nosotros no habiamos podido encontrar empeño para una persona muy amiga del informante. Esta persona tenia unos ojos muy hermosos, los cuales sin duda alguna le hubieran convencido en sus ratos perdidos de la justicia de nuestra causa.

Vuelto de informe se cayó en la cuenta en la seccion de nuestra bendita oficina de que el tal espediente no correspondia á aquel ramo; era preciso rectificar este pequeño error; pasóse al ramo, establecimiento y mesa correspondientes, y hétenos caminando despues de tres meses á la cola siempre de nuestro espediente, como huron que busca el conejo, y sin poderlo sacar muerto ni vivo de la huronera. Fue el caso al llegar aqui que el espediente salió del primer establecimiento y nunca llegó al otro. De aqui se remitió con fecha de tantos, decian en uno. — Aqui no ha llegado nada, decian en otro. — ¡Voto va! dije yo á Mr. Sans-délai: ¿sabeis que nuestro espediente se ha quedado en el aire como el alma de Garibay, y que debe de estar ahora posado como una paloma sobre algun tejado de esta activa poblacion?

Hubo que hacer otro. ¡Vuelta á los empeños! vuelta á la prisa! ¡qué delirio! — Es indispensa-

ble, dijo el oficial con voz campanuda, que esas cosas vayan por sus trámites regulares. — Es decir, que el toque estaba como el toque del ejercicio militar, en llevar nuestro espediente tantos ó cuantos años de servicio.

Por último, despues de cerca de medio año de subir y bajar, y estar á la firma, ó al informe, ó á la aprobacion, ó al despacho, ó debajo de la mesa, y de volver siempre mañana, salió con una notita al márgen que decia: "A pesar de la justicia y utilidad del plan del espomente, negado." —¡Ah, ah! Mr. Sans-délai, esclamé riéndome á carcajadas: este es nuestro negocio. Pero Mr. de Sans-délai se daba á todos los oficinistas, que es como si dijéramos á todos los diablos. — ¿Para esto he echado yo mi viaje tan largo? ¿Despues de seis meses no habré conseguido sino que me digan en todas partes diariamente: *Vuelva usted mañana*, y cuando este dichoso *mañana* llega en fin nos dicen redondamente que no? ¿Y vengo á darles dinero? ¿y vengo á hacerles favor? Preciso es que la intriga mas enredada se haya fraguado para oponerse á nuestras miras.—¿Intriga, Mr. Sans-délai? No hay hombre capaz de seguir dos horas una intriga. La pereza es la verdadera intriga; os juro que no hay otra: esa es la gran causa oculta: es mas fácil negar las cosas que enterarse de ellas.

Al llegar aqui, no quiero pasar en silencio algunas razones de las que me dieron para la anterior negativa, aunque sea una pequeña digresion.

Ese hombre se va á perder, me decia un personage muy grave y muy patriótico. — Esa no e

una razon, le repuse; si él se arruina, nada se habrá perdido en concederle lo que pide: él llevará el castigo de su osadía ó de su ignorancia. — ¿Cómo ha de salir con su intencion? — Y suponga usted que quiere tirar su dinero, y perderse; ¿no puede uno aqui morirse siquiera sin tener un empeño para el oficial de la mesa? — Puede perjudicar á los que hasta ahora han hecho de otra manera eso mismo que ese señor estrangero quiere. — ¿A los que lo han hecho de otra manera, es decir, peor? — Sí, pero lo han hecho. — Sería lástima que se acabara el modo de hacer mal las cosas. ¿Con que porque siempre se han hecho las cosas del modo peor posible, será preciso tener consideraciones con los perpetuadores del mal? Antes se debiera mirar si podrian perjudicar los antiguos al moderno.—Asi está establecido; asi se ha hecho hasta aqui; asi lo seguirémos haciendo. — Por esa razon deberian darle á usted papilla todavía como cuando nació. — En fin, señor Fígaro, es un estrangero. — ¿Y por qué no lo hacen los naturales del pais? — Con esas socaliñas vienen á sacarnos la sangre. — Señor mio, esclamé, sin llevar mas adelante mi paciencia: está usted en un error harto general. Usted es como muchos que tienen la diabólica manía de empezar siempre por poner obstáculos á todo lo bueno, y el que pueda que los venza. Aqui tenemos el loco orgullo de no saber nada, de quererlo adivinar todo y no reconocer maestros. Las naciones que han tenido, ya que no el saber, deseos de él, no han encontrado otro remedio que el de recurrir á los que sabian mas que ellas.

Un estrangero, seguí, que corre á un pais que

le es desconocido, para arriesgar en él sus caudales, pone en circulacion un capital nuevo, contribuye á la sociedad, á quien hace un inmenso beneficio con su talento y su dinero; si pierde, es un héroe; si gana, es muy justo que logre el premio de su trabajo, pues nos proporciona ventajas que no podiamos acarrearnos solos. Ese estrangero que se establece en este pais no viene á sacar de él el dinero, como usted supone; necesariamente se establece y se arraiga en él, y á la vuelta de media docena de años, ni es estrangero ya, ni puede serlo; sus mas caros intereses y su familia le ligan al nuevo pais que ha adoptado; toma cariño al suelo donde ha hecho su fortuna, al pueblo donde ha escogido una compañera; sus hijos son españoles, y sus nietos lo serán: en vez de estraer el dinero, ha venido á dejar un capital suyo que traía, invirtiéndole y haciéndole producir; ha dejado otro capital de talento, que vale por lo menos tanto como el del dinero; ha dado de comer á los pocos ó muchos naturales de quien ha tenido necesariamente que valerse; ha hecho una mejora; y hasta ha contribuido al aumento de la poblacion con su nueva familia. Convencidos de estas importantes verdades, todos los gobiernos sabios y prudentes han llamado á sí á los estrangeros; á su grande hospitalidad ha debido siempre la Francia su alto grado de esplendor; á los estrangeros de todo el mundo que ha llamado la Rusia ha debido el llegar á ser una de las primeras naciones en muchísimo menos tiempo que el que han tardado otras en llegar á ser las últimas; á los estrangeros han debido los Estados-Uni-

dos... pero veo por sus gestos de usted, concluí, interrumpiéndome oportunamente á mí mismo, que es muy dificil convencer al que está persuadido de que no se debe convencer. ¡Por cierto si usted mandara podriamos fundar en usted grandes esperanzas!

Concluida esta filípica, fuíme en busca de mi Sans-délai. — Me marcho, señor Fígaro, me dijo: en este pais no hay tiempo para hacer nada; solo me limitaré á ver lo que haya en la capital de mas notable.—¡Ay! mi amigo, le dije, idos en paz, y no querais acabar con vuestra poca paciencia: mirad que la mayor parte de nuestras cosas no se ven. — ¿Es posible?—¿Nunca me habeis de creer? Acordaos de los quince dias...— Un gesto de Mr. Sans-délai me indicó que no le habia gustado el recuerdo.

Vuelva usted mañana, nos decian en todas partes, porque hoy no se ve. — Ponga usted un memorialito para que le den á usted un permiso especial. — Era cosa de ver la cara de mi amigo al oir lo del memorialito: representábasele en la imaginacion el informe, y el empeño, y los seis meses, y... Contentóse con decir: *soy estrangero.* ¡Buena recomendacion entre los amables compatriotas mios! Aturdíase mi amigo cada vez mas, y cada vez nos comprendia menos. Dias y dias tardamos en ver las pocas rarezas que tenemos guardadas. Finalmente, despues de medio año largo, si es que puede haber un medio año mas largo que otro, se restituyó mi recomendado á su patria, maldiciendo de esta tierra, dándome la razon que yo ya antes me tenia, y llevando al estrangero noticias escelentes de nuestras cos-

tumbres; diciendo sobre todo que en seis meses no habia podido hacer otra cosa sino volver siempre mañana, y que á la vuelta de tanto mañana eternamente futuro, lo mejor, ó mas bien lo único que habia podido hacer bueno habia sido marcharse.

¿Tendrá razon, perezoso lector (si es que has llegado ya á esto que estoy escribiendo), tendrá razon el buen Mr. Sans-délai en hablar mal de nosotros y de nuestra pereza? ¿Será cosa de que vuelva el dia de mañana con gusto á visitar nuestros hogares? Dejemos esta cuestion para mañana, porque ya estarás cansado de leer hoy; si mañana ú otro dia no tienes, como sueles, pereza de volver á la librería, pereza de sacar tu bolsillo, y pereza de abrir los ojos para hojear las hojas que tengo que darte todavía, te contaré como á mí mismo, que todo esto veo, y conozco y callo mucho mas, me ha sucedido muchas veces, llevado de esta influencia, hija del clima y de otras causas, perder de pereza mas de una conquista amorosa; abandonar mas de una pretension empezada, y las esperanzas de mas de un empleo, que me hubiera sido acaso, con mas actividad, poco menos que asequible; renunciar, en fin, por pereza de hacer una visita justa ó necesaria, á relaciones sociales que hubieran podido valerme de mucho en el transcurso de mi vida; te confesaré que no hay negocio que no pueda hacer hoy que no deje para mañana; te referiré que me levanto á las once, y duermo siesta; que paso haciendo el quinto pie de la mesa de un café, hablando ó roncando, como buen español, las siete y las ocho horas seguidas;

te añadiré que cuando cierran el café me arrastro lentamente á mi tertulia diaria (porque de pereza no tengo mas que una), y un cigarrito tras otro me alcanzan clavado en un sitial, y bostezando sin cesar, las doce ó la una de la madrugada; que muchas noches no ceno de pereza, y de pereza no me acuesto; en fin, lector de mi alma, te declararé que de tantas veces como estuve en esta vida desesperado, ninguna me ahorqué, y siempre fue de pereza. Y concluyo por hoy confesándote que ha mas de tres meses que tengo, como la primera entre mis apuntaciones, el título de este artículo, que llamé *vuelva usted mañana;* que todas las noches y muchas tardes he querido durante todo este tiempo escribir algo en él, y todas las noches apagaba mi luz, diciéndome á mí mismo con la mas pueril credulidad en mis propias resoluciones: *¡eh! ¡mañana le escribiré!* Da gracias á que llegó por fin este mañana, que no es del todo malo; pero ¡ay de aquel mañana que no ha de llegar jamas!

R. E.—Número 36.—1.º *de Febrero.*—1833.

REPRESENTACION

de los *Zelos infundados*, ó el *Marido en la Chimenea*, comedia en dos actos y en verso, de don Francisco Martinez de la Rosa.

La pasion de los zelos, tratada ya por otros en el teatro con mas ó menos felicidad, ha sujerido al señor Martinez de la Rosa esta produccion de que presentamos á nuestros lectores un rápido analisis.

Don Anselmo, hombre entrado ya en la edad madura, y enlazado en matrimonio con doña Francisca, jóven y hermosa, sufre el tormento de los zelos, y como dice el autor en su bella esposicion:

Marido entrado en edad
y muger de pocos años,
¿qué habia de suceder?

Don Eugenio, hermano de esta, que acaba de llegar de la Habana, acompañado de su primo Cárlos, intenta, á instancia de este jóven atolondrado, corregir á don Anselmo de su manía, que alimenta diariamente con chismes y enredos un bribon de criado de estos que

Son como perros de puerta;
á una sombra, á un espantajo
le ladran, se avanzan, muerden:
viene un ladron disfrazado,
les echa un poco de pan,
y le dejan libre el paso.

Don Anselmo no conoce á los recien llegados, y asi es muy fácil hacer pasar al primo por el hermano: pónese el plan en ejecucion, y don Anselmo cree tener en su casa, en el amigo de su cuñado, que se finge sordo para poder ejecutar su parte mas á la libertad, al seductor mas perfecto de la tierra. Inútil es advertir que un hombre, ya por sí zeloso, no puede vivir tranquilo con semejante húesped, y mas si á esto se agregan los continuos avisos del redomado sirviente. Préstase, pues, á una infinidad de ridiculeces que pone en práctica para averiguar las intenciones de su natural enemigo, y desciende hasta el estremo de esconderse en la chimenea para oir sus galanteos á su propia esposa.

Don Eugenio, como es de esperar, carga la mano en sus requiebros, y el marido sale de la chimenea cubierto de hollin, y decidido á echar de su casa al que, segun él, intenta deshonrarle, lo cual pone en práctica por medio de una esquela.

Pero el seductor fingido, fuera ya de la casa, soborna fácilmente al criado, y se hace introducir en la habitacion de doña Francisca durante la ausencia de su esposo: es de presumir que ha de dejarse sorprender para la realizacion de su plan. Vuelve don Anselmo, escóndese en una despensa á don Eugenio: de alli á poco un ruido estraordinario alarma al marido: su muger tiembla las consecuencias de su inocente intriga, y se arroja á sus pies toda turbada. Don Anselmo corre en busca del escondido, y en el momento en que una trágica aventura hubiera podido desgraciar todas las benéficas intenciones de

nuestros intrigantes, don Cárlos descubre apresuradamente el enredo: le pone ante la vista la inocencia de su esposa, la identidad de sus personas, como hermano y primo, la índole del criado en que ponia su confianza, y que tantas veces ha dado lugar con falsas sugestiones á sus infundados zelos, y lo ridículo, en fin, de la posicion de un marido que cree ver un seductor en todo hombre, y de la manía que le espuso á tener zelos de su mismo cuñado. El zeloso queda convencido, reconocidos los parientes, despedido el tunante del criado, y mas enamorado don Anselmo que nunca de su virtuosa consorte, promete no volver á importunarla con nuevas sospechas injustas.

Un lenguaje puro, y hábilmente manejado, un estilo decoroso, un diálogo bien cortado, lleno de viveza y donaire, una versificacion robusta, un conocimiento estremado de los recursos dramáticos, y de los efectos teatrales, y el hombre reducido á la conviccion por medio del ridículo nos revelan al filósofo, al autor cómico, al poeta. Nuestra posicion nos impone, sin embargo, el deber de entrar en pormenores mal nuestro grado. Primeramente, estos planes, como éste (y como el de la *Indulgencia para todos* por ejemplo), en que no nacen los incidentes y la conviccion de la naturaleza de las cosas y de los acontecimientos que ocurren diariamente al protagonista, sino en que los demas personages producen los sucesos á placer por medio de disfraces ó ficciones, no nos parecen los mas seguros, porque de su naturaleza ha de resultar necesariamente que al descubrir al sugeto á quien

se quiere corregir que todo ha sido un artificio, su conviccion se ha de debilitar y se ha de volver en contra precisamente del fin que se desea. Un zeloso, que duda de la virtud de su muger, y que escondido la oyó quedar triunfante, se tranquiliza; pero si se le descubre que el seductor era hermano de su muger, y que esta lo sabia, el hombre dará por nula esta prueba, y querrá justamente recurrir á otra: el demostrarle que su criado era capaz de soborno, no solo no puede tranquilizarle si no que debe hacer renacer en él mil dudas antiguas acaso ya desvanecidas. Este zeloso, por otra parte, á quien se le presenta una nueva seduccion de su muger para hacerle ver que sus zelos son infundados, no es ningun visionario, no tiene tales infundados zelos, supuesto que él mismo la oye requebrar. El único medio de corregir á un zeloso, si hay alguno, es demostrarle hasta la evidencia que su muger es virtuosa, y al zeloso de Martinez de la Rosa solo se le demuestra que el que galanteaba á su esposa es su hermano. Asi que, solo quedará para corregirle el cuadro fuertemente coloreado de las ridiculeces á que se entrega el que vive de esta manera dominado de una manía de semejante especie. Baron en su zeloso incurrió, si mal no nos acordamos, en el mismo defecto de hacer galantear á su esposa por un su hermano: el zeloso dirá siempre una vez descubierto el estrecho parentesco, ¿era su hermano? cierto: soñé ofensas, ¿pero y cuando no lo sea?

Nos parece algo traido por los cabellos el modo de enterarse el criado de la conversacion de los dos hermanos, y el señor Martinez de la

Rosa hubiera podido encontrar un medio mas dramático y motivado. ¿No podria haberse justificado algo mas la mudanza repentina del criado, á quien vemos en el primer acto tan adicto á su amo? No basta siempre el soborno, es preciso antes que el espectador esté convencido de que es sobornable el criado. Hemos creido notar algun trozo en que el autor ha remedado algun otro del *Viejo y la Niña*, sobre todo en el papel de Juan.

Algunas otras observaciones haríamos, si no nos detuviese una reflexion que no podemos desechar, cuando se trata de un autor como el señor Martinez de la Rosa. ¿Serán estos que nos parecen defectos realmente defectos, ó nos lo harán parecer tales nuestros cortos conocimientos? Mucha fuerza nos hace esta consideracion, y mas si recordamos las bellezas de los Zelos infundados: la esposicion, la escena cómica de la chimenea y la cinta, la sordera tan oportunamente imaginada, de que ha sacado el autor tanto partido, el empeño de don Anselmo de hacer borracho al criado, su cojera supuesta y la manera original, con que en esta escena aclara sus dudas el zeloso &c. &c., y el final, en fin, tan rápida como aguda y delicadamente concluido.

TAYLOR INST. OXFORD

R. E.—Número 34.—1.º *de Marzo.*—1833.

YO QUIERO SER COMICO.

Anchè io son pittore.

No fuera yo Fígaro, ni tuviera esa travesura y maliciosa índole que malas lenguas me atribuyen, si no sacara á luz pública cierta visita que no ha muchos dias tuve en mi propia casa.

Columpiábame en mi mullido sillon, de estos que dan vueltas sobre su eje, los cuales son especialmente de mi gusto por asemejarse en cierto modo á muchas gentes que conozco, y me hallaba en la mayor perplegidad sin saber cuál de mis numerosas apuntaciones elegiria para un artículo que me correspondia ingerir aquel dia en la Revista. Queria yo que fuese interesante sin ser mordaz, y conocia toda la dificultad de mi empeño, y sobre todo que fuese serio, porque no está siempre un hombre de buen humor, ó de buen talante para comunicar el suyo á los demas. No dejaba de atormentarme la idea de que fuese histórico, y por consiguiente verídico, porque mientras yo no haga mas que cumplir con las obligaciones de fiel coronista de los usos y costumbres de mi siglo, no se me podrá culpar de mal intencionado, ni de amigo de buscar pendencias por una sátira mas á menos.

Hallábame, como he dicho, sin saber cuál de mis notas escogeria por mas inocente, y no encontraba por cierto mucho que escoger, cuando

me deparó felizmente la casualidad materia sobrada para un artículo, al anunciarme mi criado á un jóven que me queria hablar indispensablemente.

Pasó adelante el jóven haciéndome una cortesía bastante zurda, como de hombre que necesita y estudia en la fisonomía del que le ha de favorecer sus gustos é inclinaciones, ó su humor del momento para conformarse prudentemente con él; y dando tormento á los tirantes y rudos músculos de su fisonomía para adoptar una especie de careta que desplegase á mi vista sentimientos mezclados de afecto y de deferencia, me dijo con voz forzadamente sumisa y cariñosa.

— Es usted el redactor llamado Fígaro?...

— ¿Qué tiene usted que mandarme?

— Vengo á pedirle un favor... ¡Cómo me gustan sus artículos de usted!

— Es claro... Si usted me necesita...

— Un favor de que depende mi vida acaso... ¡Soy un apasionado, un amigo de usted!

— Por supuesto... siendo el favor de tanto interes para usted...

— Yo soy un jóven...

— Lo presumo.

—Que quiero ser cómico, y dedicarme al teatro...

— ¿Al teatro?

— Sí señor... como el teatro está cerrado ahora...

— Es la mejor ocasion.

— Como estamos en Cuaresma, y es la época de ajustar para la próxima temporada cómica, desearia que usted me recomendase...

—¡Bravo empeño!—¿ A quién?

—Al ayuntamiento.

—¡Hola! ¿Ajusta el Ayuntamiento?

—Es decir, á la empresa.

—¡Ah! ¿Ajusta la empresa?

—Le diré á usted... segun algunos, esto no se sabe... pero... para cuando se sepa.

—En ese caso no tiene usted prisa, porque nadie la tiene...

—Sin embargo... como yo quiero ser cómico...

—Cierto. ¿Y qué sabe usted? ¿Qué ha estudiado usted?

—¿Cómo? ¿se necesita saber algo?

—No; para ser actor, ciertamente, no necesita usted saber cosa mayor...

—Por eso; yo no quisiera singularizarme; siempre es malo entrar con ese pie en una corporacion.

—Ya le entiendo á usted: usted quisiera ser cómico aqui, y asi será preciso examinarle por la pauta del pais. ¿Sabe usted castellano?

—Lo que usted ve... para hablar, las gentes me entienden...

—Pero la gramática y la propiedad, y...

—No Señor, no.

—Bien, ¡eso es muy bueno! Pero sabrá usted desgraciadamente el latin, y habrá estudiado humanidades, bellas letras...

—Perdone usted.

—Sabrá de memoria los poetas clásicos, y los comprenderá, y podrá verter sus ideas en las tablas.

—Perdone usted, señor. Nada, nada. ¡Tan

poco favor me hace usted! Que me caiga muerto aqui si he leido una sola línea de eso, ni he oido hablar tampoco... mire usted...

— No jure usted. ¿Sabe usted pronunciar con afectacion todas las letras de una palabra, y decir unas voces por otras, *actitud* por *aptitud*, y *aptitud* por *actitud*, *diferiencia* por *diferencia*, *háyamos* por *hayamos*, *dracmático* por *dramático*, y otras semejantes?...

— Sí señor, sí, todo eso digo yo.

— Perfectamente; me parece que sirve usted para el caso.

— ¿Aprendió usted historia?

— No señor; no sé lo que es.

—Por consiguiente, no sabrá usted lo que son trages, ni épocas, ni caractéres históricos...

— Nada, nada, no señor.

— Perfectamente.

— Le diré á usted... en cuanto á trages, ya sé que en siendo muy antiguo siempre á la romana.

— Esto es: aunque sea griego el asunto.

— Sí señor: si no es tan antiguo, á la antigua francesa ó á la antigua española; segun... ropilla, trusas, capacete, acuchillados, &c. Si es mas moderno ó del dia, levita á la Utrilla en los calaveras, y polvos, casacon y media en los padres.

— ¡Ah! ¡ah! Muy bien.

—Ademas, eso en el ensayo general se le pregunta al galan ó á la dama, segun el sexo de cada uno que lo pregunta, y conforme á lo que ellos tienen en sus arcas, asi...

— ¡Bravo!

— Porque ellos suelen saberlo.

— ¿Y cómo presentará usted un carácter histórico?

— Mire usted: el papel lo dirá, y luego como el muerto no se ha de tomar el trabajo de resucitar solo para desmentirle á uno... ademas que gran parte del público suele estar tan enterado como nosotros...

— ¡Ah! ya... usted sirve para el ejercicio. La figura es la que no...

—No es gran cosa; pero eso no es esencial.

— ¿Y de educacion, de modales y usos de sociedad? ¿á qué altura se halla usted?

— Mal; porque si va á decir verdad, yo soy pobrecillo: yo era escribiente en una mala administracion; me echaron por holgazan, y me quiero meter cómico; porque se me figura á mí que es oficio en que no hay nada que hacer...

— Y tiene usted razon.

—Todo lo hace el apunte, y... por consiguiente no conozco esos señores usos de sociedad que usted dice, ni nunca traté á ninguno de ellos.

— Ni conocerá usted el mundo, ni el corazon humano.

— Escasamente.

— ¿Y cómo representará usted tantos caracteres distintos?

—Le diré á usted: si hago de rey, de príncipe ó de magnate, ahuecaré la voz, miraré por encima del hombro á mis compañeros, y mandaré con mucho imperio...

—Sin embargo, en el mundo esos personages suelen ser muy afables y corteses, y como estan acostumbrados, desde que nacen, á ser obedeci-

dos á la menor indicacion, mandan poco y sin dar gritos...

— Sí, pero ¡ya ve usted! en el teatro es otra cosa.

—Ya me hago cargo,

—Por ejemplo; si hago un papel de juez, aunque esté delante de señoras ó en casa agena, no me quitaré el sombrero, porque en el teatro la justicia está dispensada de tener crianza; daré fuertes golpes en el tablado con mi baston de borlas, y pondré cara de caballo, como si los jueces no tuviesen entrañas...

—No se puede hacer mas.

— Si hago de delincuente, me haré el perseguido, porque en el teatro todos los reos son inocentes...

— Muy bien.

— Si hago un papel de pícaro, que ahora estan en boga, cejas arqueadas, cara pálida, voz ronca, ojos atravesados, aire misterioso, apartes melodramáticos... Si hago un calavera, muchos brincos y zapatetas, carreritas de pies y lengua, vueltas rápidas y habla ligera... Si hago un barba, andaré á compas, como un juego de escarpias, me temblarán siempre las manos como perlático ó descoyuntado; y aunque el papel no apunte mas de cincuenta años, haré del tarato y decrépito, y apoyaré mucho la voz con intencion marcada en la moraleja, como quien dice á los espectadores: "allá va esto para ustedes."

— ¿Tiene usted grandes calvas para los barbas?

—¡Oh! disformes; tengo una que me coge desde las narices hasta el colodrillo; bien que esta

la reservo para las grandes solemnidades. Pero aun para diario tengo otras, tales que no se me ve la cara con ellas.

— ¿Y los graciosos?

— Esto es lo mas fácil: estiraré mucho la pata, daré grandes voces, haré con la cara y el cuerpo todos los raros visages y estupendas contorsiones que alcance, y saldré vestido de arlequin...

— Usted hará furor.

— ¡Vaya si haré! Se morirá el público de risa, y se hundirá la casa á aplausos. Y especialmente, en toda clase de papeles, diré directamente al público todos los apartes, monólogos, gracias y parlamentos de intencion ó lucimiento que en mi parte se presenten.

— ¿Y memoria?

— No es cosa la que tengo; y aun esa no la aprovecho, porque no me gusta el estudio. Ademas que eso es cuenta del apuntador. Si se descuida se le lanzan de vez en cuando un par de miradas terribles, como diciendo al público: ¡Ven ustedes qué hombre!

— Esto es; de modo que el apuntador vaya tirando del papel como de una carreta, y sacándole á usted la relacion del cuerpo como una cinta. De esa manera, y hablando él altito, tiene el público el placer de oir á un mismo tiempo dos ejemplares de un mismo papel.

—Sí señor: y, en fin, cuando uno no sabe su relacion se dice cualquier tontería, y el público se la rie. ¡Es tan guapo el público! ¡si usted viera!

—Ya sé ¡ya!

—Vez hay que en una comedia en verso añade uno un párrafo en prosa: pues ni se enfada, ni menos lo nota. Asi es que no hay nada mas comun que añadir...

—¡Ya se ve, que hacen muy bien! Pues señor, usted es cómico, y bueno. ¿Usted ha representado anteriomente?

—Vaya! En comedias caseras. He alborotado con el García y el Delincuente Honrado.

—No mas; no mas; le digo á usted que usted será cómico. Dígame usted, ¿sabrá usted hablar mal de los poetas y despreciarlos, aunque no los entienda; alabar las comedias por el lenguaje, aunque no sepa lo que es, ó por el verso mas que no entienda siquiera lo que es prosa?...

—¿Pues no tengo de saber, señor? eso lo hace cualquiera.

—¿Sabrá usted quejarse amargamente, y entablar una querella criminal contra el primero que se atreva á decir en letras de molde que usted no lo hace todas las noches sobresalientemente? ¿sabrá usted decir de los periodistas que quién son ellos para?...

—Vaya si sabré; precisamente ese es el tema nuestro de todos los dias. Mande usted otra cosa.

Al llegar aqui no pude ya contener mi gozo por mas tiempo, y arrojándome en los brazos de mi recomendado: "Venga usted acá, mancebo generoso, esclamé todo alborozado; venga usted acá, flor y nata de la andante comiquería: usted ha nacido en este siglo de hierro de nuestra gloria dramática para renovar aquel siglo de oro, en que solo comian los hombres bellotas y pacían

á su libertad por los bosques, sin la distincion del tuyo y del mio. Usted será cómico en fin, ó se han de olvidar las reglas que hoy rigen en el ejercicio."

Diciendo estas y otras razones, despedí á mi candidato, prometiéndole las mas eficaces recomendaciones.

R. E.—Número 39.—19 *de Marzo.*—1833.

YA SOY REDACTOR.

¿Por qué estraña fatalidad ha de anhelar el hombre siempre lo que no tiene? ¿Preguntémosle á un jóven barbilucio que desea? ¿Cuándo tendré barbas? esclama en su interior. Nácenle las barbas: y héle allí maldiciendo ya del barbero y de la navaja. ¿Cuándo hallaré en mi Filis correspondencia, le grita en el fondo de su corazon un deseo innato de amar y de ser amado? Ya oyó el sí. ¡Gozó el bien que deseaba! Y ya maldice del amor y sus espinas. ¿Le prefiere Laura? Pues todo su deseo se cifra en conquistar á Amira que le desprecia. ¿De qué nace esta sed insaciable, este deseo vividor, reemplazado por otros y otros deseos que rápidamente se suceden sin encontrar jamas sino imperfecta satisfaccion? El P. Almeida, si mal no me acuerdo, dice entre otras cosas curiosas, y aun lo afianza, que la Providencia quiso poner en nosotros este deseo implacable, para que nos atestiguase eternamente que no hacemos en este mundo transitorio sino una corta peregrinacion, y que la satisfaccion de nuestros deseos no está en esta vida, sino en otra mas perfecta y duradera. Asi debe de ser, y cierto, que vivimos de todas suertes agradecidos á la prevision y ardiente caridad con que el reverendo padre nos quiso sacar de esta peregrina duda. Yo que no tengo un ápice de metafisico, y que dejo la resolucion de estos problemas á aquellos que tienen mas noticias cier-

tas que yo de nuestro destino, me ciño á decir que el deseo existe, y esto basta para mi propósito.

Yo Fígaro, soy de ello una viva prueba: no bien me habia tentado el enemigo malo, y sentí los primeros pujos de escritor público, cuando dieron en írseme los ojos tras cada periódico que veía, y era mi pio por mañana y noche: *¿Cuándo seré redactor de periódico?* Figurábaseme, sí, desde luego obra de romanos el llenar y embutir con verdades luminosas las largas columnas de un papel público; pero en cambio era para mí de la mayor consideracion el imaginarme á la cabeza de una seccion literaria, recibiendo comunicados atentos y decorosos, viendo diariamente consignadas en indelebles caractéres de imprenta mis propias ideas y las de mis amigos, y sin mas trabajo, á mi parecer, que el haber de contar y recontar al fin de mes los sonantes doblones que el público desinteresado tiene la bondad de depositar en cambio de papel en los arcones periodísticos de una empresa, luz y antorcha de la patria, y órgano de la civilizacion del pais.

Dejemos aparte las causas y concausas felices ó desgraciadas que de vicisitud en vicisitud me han conducido al auge de periodista: lo uno porque al público no le importarán probablemente, y lo otro porque á mí mismo podria serme acaso mas dificil de lo que á primera vista parece el designarlas. El hecho es que me acosté una noche autor de folletos y de comedias agenas, y amanecí periodista: miróme de alto abajo, sorteando un espejo que á la sazon tenia, no tan grande como mi persona, que es hacer el elogio

de su pequeñez, y dime á escudriñar detenidamente si alguna alteracion notable se habria verificado en mi fisico; pero por fortuna eché de ver que como no fuese en la parte moral, lo que es en la esterior y palpable, tan persona es un periodista como un autor de folletos. *Ya soy Redactor*, esclamé alborozado, y echéme á fraguar artículos, bien determinado á triturar en el mortero de mi crítica cuanto malandrin literario me saliese al camino en territorio de mi jurisdiccion. Pero ¡ay de mí! insensato, que chasco sobre chasco, vivo hoy tan desengañado de periodista como de autor de comedias. Diré brevemente lo que me aconteció, sin descubrir por otra parte los recursos ocultos que mueven la gran máquina de un periódico, ni romper el velo del prestigio que cubre nuestros altares, que eso fuera sobrado é inoportuno desinterés; y juzgue el lector si no es preferible vivir tranquilamente suscrito á un periódico, que haberle sabia y precipitadamente de componer.

¡Señor Fígaro! Un artículo de teatros. — ¿De teatros? Voy allá. — Yo escribo para el público, y el público, digo para mí, merece la verdad: el teatro, pues, no es teatro: la comedia es ridícula: el actor A. es malo, y la actriz H. es peor. ¡Santo cielo! Nunca hubiera pensado en abrir mi boca para hablar de teatros. Comunicado á renglon seguido en mi papel y en todos los contemporáneos, en que el autor de la comedia dice que es escelente, y el articulista un *acéfalo:* se conjuran los actores, cierran la puerta del teatro á mis comedias para lo sucesivo, y ponen el grito en los cielos. ¿Quién es el fátuo que nos

crítica? ¡Pícaro traductor, ladron, pedante!!! ¿Y esto logra el pobre amigo de la verdad y de la ilustracion? ¡Oh qué placer el de ser Redactor!

Precipítome huyendo del teatro en la literatura. Un señoron encopetado acaba de publicar una obra indigesta. "Señor redactor, me dice en una carta seductora, confio en el talento de usted y en nuestra amistad, de que le tengo dadas bastantes pruebas (por desgracia suele ser verdad), que hará un juicio crítico de mi obra, imparcial (imparcial llama él á un juicio que le alabe), y espero á usted á comer para que juntos departamos acerca de algunas ideas que convendria indicar &c. &c." Resista usted á estas indirectas, y opte usted entre la ingratitud y la mentira. Ambos vicios tienen sus acerbos detractores, y unos tí otros se han de ensangrentar en el triste Fígaro. ¡Oh qué placer el de ser Redactor!

¡Bueno! Traduciré noticias; al trabajo; corto mi pluma, desenvuelvo el inmenso papel estrangero; ahí van tres columnas. — ¿Tres columnas he dicho? Al dia siguiente las busco en la Revista, pero inútilmente.—Señor director: ¿qué se hicieron mis columnas? — ¡Calle usted (me responde) ahí estan; no han servido: esta noticia es inoportuna; esa arriesgada; la otra no conviene; aquella de mas allá es insignificante; estotra es buena, pero está mal traducida! — Considere usted que es preciso hacer ese trabajo en horas, replico lleno de entusiasmo; el hombre llega á cansarse... — Si usted es hombre que se cansa alguna vez, no sirve usted para periódicos...—Me dolia ya la cabeza... — Al buen perio-

dista nunca le debe doler la cabeza... — ¡Oh qué placer el de ser Redactor!

Dejémonos de ese fárrago; yo no sirvo para él. Vaya un artículo profundo; hojeo el Say y el Smith; de economía política será. — Grande artículo (me dice el editor), pero amigo Fígaro, no vuelva usted á hacer otro.—¿Por qué?— Porque esto es matarme el periódico. ¿Quién quiere usted que le lea, sino es jocoso, ni mordaz, ni superficial? Si tiene ademas cinco columnas... todos se me han quejado; nada de artículos científicos, porque nadie los lee. Perderá usted su trabajo. — ¡Oh qué placer el de ser Redactor!

— Encárguese usted de revisar los artículos comunicados, y sobre todo las composiciones poéticas de circunstancias... — Ay, señor editor, pero habrá que leerlas...—Preciso, señor Fígaro...—Ay señor editor, mejor quiero rezar diez rosarios de quince dieces... — ¡Señor Fígaro!... — ¡Oh qué placer el de ser Redactor!

Política y mas política. ¿Qué otro recurso me queda? Verdad es que de política no entiendo una palabra. ¿Pero en qué niñerías me paro? ¡Si seré yo el primero que escriba política sin saberla! Manos á la obra; junto palabras y digo: conferencias, protocolos, derechos, representacion, monarquía, legitimidad, notas, usurpacion, cámaras, cortes, centralizar, naciones, felicidad, paz, ilusos, incautos, seduccion, tranquilidad, guerra, beligerantes, armisticio, contraproyecto, adhesion, borrascas políticas, fuerzas, unidad, gobernantes, máximas, sistemas, desquiciadores, revolucion, or-

den, centros, izquierda, modificacion, bill, reforma &c. &c. Ya hice mi artículo, pero ¡oh cielos! El editor me llama. — Señor Fígaro, usted trata de comprometerme con las ideas que propala en ese artículo... — ¿Yo propalo ideas, señor editor? Crea usted que es sin saberlo. ¿Con que tanta malicia tiene?...—Si usted no tiene pulso... — Perdone usted; yo no creí que mi sistema político era tan... yo lo hice jugando... — Pues si nos pára perjuicio, usted será el responsable... — ¿Yo, señor editor? ¡Oh qué placer el de ser Redactor!

¡Oh, si esto fuese todo, y si solo fuera uno responsable, pobre Fígaro, de lo que escribe! Pero ¡ah! tocamos á otro inconveniente; supongo yo que ni apareció el autor necio, ni el actor ofendido, ni disgustó el artículo, sino que todo fue dicha en él. ¿Quién me responde de que algun maldito yerro de imprenta no me hará decir disparate sobre disparate? ¿Quién me dice que no se pondrá *Camellos* donde yo puse *Comellas*, *torner* donde escribí yo *Forner*, *ritómico* donde *rítmico*, y otros de la misma familia? ¿Será preciso imprimir yo mismo mis artículos? ¡Oh qué placer el de ser Redactor! ¡Santo cielo! ¿Y yo deseaba ser periodista? Confieso como hombre débil, lector mio, que nunca supe lo que quise; juzga tú por el largo cuento de mis infortunios periodísticos, que mucho procuré abreviarte, si puedo y debo con sobrada razon esclamar ahora que ya lo soy, ¡oh qué placer el de ser Redactor!

R. E. —*Número* — 43.—2 *de Abril.*—1833.

DON CÁNDIDO BUENAFÉ,

Ó

EL CAMINO DE LA GLORIA.

Don Cándido Buenafé es un escelente sugeto, de estos de quienes solemos decir con no envidiable conmiseracion: "Es un infeliz." Empleado desde pequeño en un ramo de no mucha importancia, es todo lo mas si sabe leer la Gaceta, y redactar, con mala sintáxis y peor ortografía, algun oficio sobrecargado de fórmulas y traslados, ó hacer un estracto largo de algun espediente corto; pero en medio de su escasa ciencia, es bastante modesto para desear que su hijo Tomasito sepa mas que él, para lo cual no le es necesario felizmente hacer estraordinarios esfuerzos ni sacrificios. En el tiempo de la libertad de la imprenta, leía ó devoraba don Cándido los muchos papeles públicos que veían la luz, y llegó á formar alta idea de todo hombre capaz de escribir para el público; cosa que él vea por consiguiente en letra de molde, tiene para él una autoridad irrecusable, porque cuando ve que hay quien se tome la pena de imprimirla, mecanismo de que no tiene idea alguna, dice para sí, sabido se lo tendrá! Por lo tanto era de buena fé liberal en los años nulos, porque acababa de leer y esclamaba, tiene razon; y despues ha sido realista de buena fé en los años válidos, porque lee

la Gaceta y esclama: ¡ya se ve! que dicen bien. Un partidario de este temple es una alhaja impagable para toda especie de gobiernos mientras haya imprenta; y mas si añadimos que cree como en su salvacion en los partes de los encuentros y escaramuzas que en los papeles públicos suelen venir consignados, y se estasía de placer cuando se encuentra con aquello de que: "de los enemigos murieron tantos centenares de hombres, y nosotros no hemos tenido mas que un contuso y algun sargento desmayado" ó cosa semejante. Daria yo, dice algunas veces, la mitad de mi sueldo por poder escribir un artículo de esos retumbantes de política. ¡Voto vá! ¡qué hombres esos, y que talentos! Y como le convencen á uno con sus discursos! Media vida diera yo, y la mitad de la otra media porque mi hijo Tomasito pudiera el dia de mañana hacer otro tanto. Llevado de esta idea ha hecho aprender latin al muchacho, y en el dia le ha dado un maestro de francés, porque dice que en sabiendo francés ya se sabe todo lo que hay que saber; y que él conoce á no pocos sabios de campanillas en esta tierra que no saben otra cosa. Como dos meses llevaria el angelito, que tiene á la sazon catorce años, de traducir mal y leer peor el *Calipso se trouvoit inconsolable du dèpart d' Ulysse*, cuando me lo trajo una mañana su papá, y ambos á dos me hicieron una visita, cuyos interesantes detalles no quiero en ninguna manera perdonar á mis curiosos lectores.

—Señor Fígaro, me dijo don Cándido abrazándome, aqui le presento á usted á mi hijo Tomás, el que sabe latin; usted no ignora que yo

le crio para literato; ya que yo no pueda serlo que lo sea él y saque de la oscuridad á su familia. ¡Ay, señor Fígaro, como yo le vea famoso, muero contento! Hízome á esta sazon Tomasito una cortesía tan zurda que no pude menos de fundar grandes esperanzas en sus disposiciones literarias. Su esterior y sus palabras estaban en armonía con las de casi todos los jóvenes del dia; díjome que era verdad que no tenia sino catorce años; pero que él conocia el mundo y el corazon humano, *comme ma poche;* que todas las mugeres eran iguales, que estaba muy escarmantado, y que á él no le engañaba nadie; que Voltaire era mucho hombre, y que con nada se habia reido mas que con el *compère Matthieu*, porque su papá, deseoso de su ilustracion, le dejaba leer cuanto libro en sus manos caía. En cuanto á política me añadió: " yo, y Chateaubriand pensamos de un mismo modo"; y á renglon seguido me habló de los pueblos y de las revoluciones como pudiera de sus amigos de la escuela. Confieso que se me figuró el muchacho esa fruta que suelen vender en Madrid, que arrancada verde aun del árbol, y madurada por el traqueteo y la prisa del viaje, tiene todo el esterior de la pasada madurez, sin haber tenido nunca la lozanía ni el sabor de la juventud y de la sazon. Los muchachos del ilustrado siglo XIX, dije para mí, llegan á viejos sin haber sido nunca jóvenes.=Sentáronse mis amigos, el viejo jóven y el jóven viejo, y sacó don Cándido de su faltriquera un legajo abultado.

Dos objetos tiene esta visita, me dijo: 1.° para que Tomasito se vaya soltando en el francés,

le he dicho que traduzca una comedia; hála traducido, y aqui se la traigo á usted.

—¡Hola!

—Sí señor; algunas cosillas ha dejado en blanco, porque no tiene alli mas diccionario que el de Sobrino... y...

—Sí...

—Usted tendrá la bondad de enmendar lo que no le parezca bien; y como usted entiende eso de darla al teatro... y las diligencias que hay que practicar...

—¡Ah! ¿Usted quiere que se represente?

—Sin duda... le diré á usted: el dinerillo que saque es para él...

—Sí señor, dijo el muchacho, y papá me ha prometido hacerme un vestido negro para cuando acabe una tragedia escelente que estoy haciendo...

—¡Tragedia!

—Sí señor, en once cuadros... ya sabe usted que en París no se hacen ya esas obras en actos... sino en cuadros.

—Es una tragedia romántica. El clasicismo es la muerte del genio, como usted sabe... ¿Le parece á usted que se podrá representar?

—¿Y qué inconveniente ha de haber?

—¿Le diré á usted, interrumpió don Cándido, tiene dada ya una comedia de costumbres.

—Con perdon de usted, se apresuró á decir Tomasito: cuando la hice no habia leido á Victor Hugo, ni tenia los conocimientos que tengo en el dia...

—¡Ah! ya.

—Pues mi hijo dió esa comedia, y verá usted

lo que sucedió, á mi entender. Entregámosle á un sugeto que corre con recibir las comedias: dijo que era corriente; y que la enviaria á censura: la envió, pues.

—Papá, perdone usted; primero se perdió...

— Cierto... se perdió, y nunca se pudo encontrar, y hubo que sacar otra copia, y pasó á censura.

—Papá, perdone usted; que antes fue al corregimiento.

— Es verdad: fue al corregimiento, y de alli... pasó despues á la censura eclesiástica; por mas senas que fue á un escelente padre, y en un momento, esto es, en un par de meses, la despachó: volvió al corregimiento y fue de alli á la censura política: en una palabra, ello es que en menos de medio año salió prohibida...

— ¡Prohibida!

— Sí señor, y yo no sé á la verdad... porque mi comedia...

— Diga usted que hicieron bien, señor Fígaro: ¡éste escribe siempre con una intencion!!! lo que ha mamado en sus libros... baste con decirle á usted que su madre se moria de risa al leerla, y yo lloraba de gozo... hubo que rehacerla... y por fin se logró que pasara la nueva.

— ¡Hola!

— Pero aguarde usted: como los señores que dirigen la cosa no estan muy allá que digamos en eso de comedias, la hubieron de enviar á un cómico que dicen que es hombre que lo entiende, y tiene gran mano en las compañías: éste dijo que no valia cosa, y todo fue, segun yo pude averiguar, porque no tenia él un buen papel pa-

ra lucirse: recogimos la comedia, y éste le puso un papel que era lo que habia que ver; volvió y dijo que tampoco valia nada, y fue segun me digeron, porque el papel era muy largo y él no debe de tener muchas ganas de trabajar. Dímosla al otro teatro, mas alli contestaron que ellos no eran menos que los del otro coliseo, y que no tomaban sobras: á fuerza, sin embargo, de emplear mas empeños que para lograr una prebenda, se consiguió una órden á rajatabla de los señores que estaban á la cabeza del teatro; pero ya era tema: una actriz, sobre si la habian dado el papel de segunda siendo ella primera, se puso mala la víspera; otro actor, tambien por etiquetas y rencillas, armó una intriga de todos los diablos: se pagó gente para el efecto, y si una noche se representó, una noche se silbó...

— ¿Se silbó?

— ¡Ya ve usted! intrigas.

— ¡Picardía!

— Con que yo quisiera que no sucediese otro tanto con la traduccion esta y la tragedia. El 2.º objeto que nos trae es el de que usted le dirija, dándole algunos consejos á mi Tomasito, porque yo ya le he dicho que no debe limitarse al teatro... que el campo de la literatura es muy vasto, y que el templo de la fama tiene muchas puertas...

— Dice usted muy bien, señor don Cándido. Aqui recapacité, coordiné mis ideas un momento, y de la manera que el lector va á ver, enderecé poco mas ó menos á mi jóven cliente por la via de la gloria literaria, á la cual, si él sigue y observa mi reglamento, temprano ó tarde debe

sin duda llegar. Supongo, dije por último, dirigiéndome á mi Tomasito, que usted no querrá abarcar honra y provecho: esas estupendas rarezas que por acá nos vienen contando los viajeros de los Walter Scot, los Casimir de la Vigne, los Lamartine, los Scribe y los Victor Hugo, de los cuales el que menos tiene, ameu de su correspondiente gloria, su palacio donde se da la vida de un príncipe, son cosas de por allá y estravagancias que solo suceden en Francia y en Inglaterra; verdad es que no tenemos tampoco hombres de aquel temple, pero si los hubiera sucederia probablemente lo mismo.

No habiendo usted de reunir, pues, honra y provecho, querrá uno ú otro. Si quiere honra paréceme que está en camino de lograrla: en primer lugar usted no tiene sino catorce años; esa es la edad en el dia, ó poco mas: *la valeur n' attend pas le nombre des années.* En cuanto á saber, usted no sabe sino francés, y como dice muy bien el señor don Cándido, tiene usted solo con eso andada ya la mitad del camino. Haga usted unas cuantas poesías fugitivas; tal cual soneto, muy sonoro y lleno de pámpanos poéticos; no se apure usted sino dice nada en él: corra entre los amigos, saque usted mismo copias furtivas, y repártalas como pan bendito; sean destinadas sobre todo sus poesías á las mugeres, que son las que dan fama: haga usted correr la voz de que está haciendo una obra grande, cuyo título se sabrá con el tiempo: procure usted á fuerza de trasposiciones y de palabras desenterradas del diccionario, no sabidas de nadie, que digan de él: ¡Cómo manoja la lengua! ¡es hom-

bre que sabe el castellano! Porque aunque lo menos que puede saber un literato es saber su lengua, este es, sin embargo, el ápice de la ciencia en el pais: y en cuanto usted vea que pasa por muchacho de esperanzas, vaya usted á viajar: esté usted fuera diez ó doce años, en los cuales puede vivir seguro de que se hablará de usted mas de lo que sea menester. Vuelva usted entonces; reuna usted en un tomo alguna comedia, media docena de odas y un romancito: diga usted en el prólogo que las hizo en los ratos perdidos que sus desgracias le dejaron libres; que las publica por haber sabido que algunas composiciones de ellas se han impreso en Amberes ó en América, sin su licencia y con faltas, hijas de la incuria de los copiantes, y que dedica usted á su cara patria aquel corto obsequio, y déjelas usted correr. No vuelva usted á escribir nada: silencio, y aristocracia literaria, y yo le respondo á usted de que llegará á una edad provecta oyendo repetir á los pájaros: *don Tomás, don Tomás, don Tomás es un sabio;* y entonces ya puede usted con seguridad darle al público comedias, folletos, comentarios: todo será bueno ¡que es de don Tomás!

Si usted no quiere honra, y sí solo el corto provecho que de aqui puede sacarse, es preciso tomar otro camino: póngase usted bien con los cómicos; mantenga usted un corresponsal en París, y cada correo una comedia de Scribe, que aqui las reciben con los brazos abiertos: busque usted medio de ingerirse en las columnas de un periódico, y diga usted que todo va bien, y que todos somos unos santos; ajústese usted con un par de

libreros, los cuales le darán á usted cuatro ó cinco duros por cada tomo de las novelas de Walter Scot, que usted en horas les traduzca; y aunque vayan mál traducidas, usted no se apure, que ni el librero lo entiende, ni ningun cristiano tampoco. *Sic itur ad astra*, señor don Tomás.

Aqui se arrojó don Cándido en mis brazos; y tomando de la mano á Tomasito, ya se ve que dice bien el señor; ¡llega, hijo mio, le decia, y da las gracias á tu protector: ya lo ves, nada necesitas saber mas de lo que sabes ya! ¡qué fortuna, señor Fígaro! ¡ya tiene hecha mi hijo su carrera! Folletos, comedias, novelas, traducciones... ¡y todo con solo saber francés! ¡Oh francés, francés! ¡Ah! ¿Y periódicos? ¿No es verdad, señor Fígaro, que tambien ha dicho usted periódicos?—Sí, amigo mio, lo he dicho; concluí conduciéndolos hasta la puerta y despidiéndolos; pero le aconsejaria de buena gana que en eso de los periódicos no se fijase mucho, porque ya sabe usted que aqui no los hay siempre...—Sí; es verdad, es una casualidad el haberlos.—Asi lo mejor será que se atenga á mis demas consejos. Este es el camino.

R. E. —*Número* 51.—30 *de Abril.*—1833.

EN ESTE PAIS.

Hay en el lenguaje vulgar frases afortunadas que nacen en buena hora y que se derraman por toda una nacion, asi como se propagan hasta los términos de un estanque las ondas producidas por la caida de una piedra en medio del agua. Muchas de este género pudiéramos citar en el bocabulario político sobre todo; de esta clase son aquellas que halagando las pasiones de los partidos, han resonado tan funestamente en nuestros oidos en los años que van pasados de este siglo, tan fecundo en mutaciones de escena y en cambios de decoraciones. Cae una palabra de los labios de un perorador en un pequeño círculo, y un gran pueblo ansioso de palabras la recoge, la pasa de boca en boca, y con la rapidez del golpe eléctrico un crecido número de máquinas vivientes la repite y la consagra, las mas veces sin entenderla, y siempre sin calcular que una palabra sola es á veces palanca suficiente á levantar la muchedumbre, inflamar los ánimos y causar en las cosas una revolucion.

Estas voces favoritas han solido siempre desaparecer con las circunstancias que las produgeran. Su destino es, efectivamente, como sonido vago, que son, perderse en la lontananza, conforme se apartan de la causa que las hizo nacer. Una frase empero sobrevive siempre entre nosotros, cuya existencia es tanto mas dificil de concebir cuanto que no es de la naturaleza de esas de que

acabamos de hablar; estas sirven en las revoluciones á lisongear á los partidos, y á humillar á los caidos, objeto que se entiende perfectamente, una vez conocida la generosa condicion del hombre; pero la frase que forma el objeto de este artículo se perpetúa entre nosotros, siendo solo un funesto padron de ignominia para los que la oyen y para los mismos que la dicen; asi la repiten los vencidos como los vencedores, los que pueden como los que no quieren estirparla; los propios, en fin, como los estraños.

En este pais... esta es la frase que todos repetimos á porfia, frase que sirve de clave para toda clase de esplicaciones, cualquiera que sea la cosa que á nuestros ojos choque en mal sentido: ¿Qué quiere usted? decimos ¡en este pais! Cualquier acontecimiento desagradable que nos suceda, creemos esplicarle perfectamente con la frasecilla: *¡cosas de este pais!* que con vanidad pronunciamos, y sin pudor alguno repetimos.

¿Nace esta frase de un atraso reconocido en toda la nacion? No creo que pueda ser este su orígen, porque solo puede conocer la carencia de una cosa el que la misma cosa conoce: de donde se infiere que si todos los individuos de un pueblo conociesen su atraso, no estarian realmente atrasados. ¿Es la pereza de imaginacion ó de raciocinio que nos impide investigar la verdadera razon de cuanto nos sucede, y que se goza en tener una muletilla siempre á mano con que responderse á sus propios argumentos, haciéndose cada uno la ilusion de no creerse cómplice de un mal, cuya responsabilidad descarga

sobre el estado del pais en general? Esto parece mas ingenioso que cierto.

Creo entrever la causa verdadera de esta humillante espresion. Cuando se halla un pais en aquel crítico momento en que se acerca á una transicion, y en que saliendo de las tinieblas comienza á brillar á sus ojos un ligero resplandor, no conoce todavía el bien, empero ya conoce el mal de donde pretende salir para probar cualquiera otra cosa que no sea lo que hasta entonces ha tenido. Sucédele lo que á una joven bella que sale de la adolescencia; no conoce el amor todavía ni sus goces; su corazon sin embargo, ó la naturaleza por mejor decir, le empieza á revelar una necesidad que pronto será urgente para ella, y cuyo germen y cuyos medios de satisfaccion tiene en sí misma, si bien los desconoce todavia; la vaga inquietud de su alma, que busca y ansía; sin saber qué, la atormenta y la disgusta de su estado actual y del anterior en que vivia; y vésela despreciar y romper aquellos mismos sencillos juguetes que formaban poco antes el encanto de su ignorante existencia.

Este es acaso nuestro estado, y este á nuestro entender el orígen de la fatuidad que en nuestra juventud se observa: el medio saber reina entre nosotros; no conocemos el bien, pero sabemos que existe y que podemos llegar á poseerle, si bien sin imaginar aun el cómo. Afectamos, pues, hacer ascos de lo que tenemos para dar á entender á los que nos oyen que conocemos cosas mejores, y nos queremos engañar miserablemente unos á otros, estando todos en el mismo caso.

Este medio saber nos impide gozar de lo bueno

que realmente tenemos, y aun nuestra ansia de obtenerlo todo de una vez nos ciega sobre los mismos progresos que vamos insensiblemente haciendo. Estamos en el caso del que teniendo apetito desprecia un sabroso almuerzo con la esperanza de un suntuoso convite incierto, que se verificará ó no se verificará mas tarde. Sustituyamos sabiamente á la esperanza de mañana el recuerdo de ayer, y veamos si tenemos razon en decir á propósito de todo: *¡Cosas de este pais!*

Solo con el auxilio de las anteriores reflexiones puedo comprender el carácter de don Periquito, ese petulante jóven, cuya instruccion está reducida al poco latin que le quisieron enseñar y que él no quiso aprender; cuyos viajes no han pasado de Carabanchel; que no lee sino en los ojos de sus queridas; los cuales no son ciertamente los libros mas filosóficos; que no conoce, en fin, mas ilustracion que la suya, mas hombres que sus amigos, cortados por la misma tijera que él, ni mas mundo que el salon del Prado, ni mas pais que el suyo. Este fiel representante de gran parte de nuestra juventud desdeñosa de su pais, fue no ha mucho tiempo objeto de una de mis visitas.

Encontréle en una habitacion mal amueblada y peor dispuesta, como de hombre solo; reinaba en sus muebles y sus ropas, tiradas aqui y alli, un espantoso desorden de que hubo de avergonzarse al verme entrar.

— Este cuarto está hecho una leonera; me dijo.—¿Qué quiere usted? en este pais...—Y quedó muy satisfecho de la escusa que á su natural descuido habia encontrado.

Empeñóse en que habia de almorzar con él, y no pude resistir á sus instancias; un mal almuerzo mal servido reclamaba indispensablemente algun nuevo achaque, y no tardó mucho en decirme: — Amigo, en este pais no se puede dar un almuerzo á nadie; hay que recurrir á los platos comunes y al chocolate.

Vive Dios, dije yo para mí, que cuando en este pais se tiene un buen cocinero y un esquisito servicio y los criados necesarios, se puede almorzar un escelente beefstek con todos los adherentes de un almuerzo á *la fourchette;* y que en Paris los que pagan ocho ó diez reales por un *apartement garni*, ó una mezquina habitacion en una casa de huéspedes, como mi amigo don Periquito, no se desayunan con pavos trufados ni con Champagne.

Mi amigo Periquito es hombre pesado como los hay en todos los paises, y me instó á que pasase el dia con él; y yo que habia empezado ya á estudiar sobre aquella máquina, como un anatómico sobre un cadáver, acepté inmediatamente.

Don Periquito es pretendiente á pesar de su notoria inutilidad. Llevome, pues, de ministerio en ministerio: de dos empleos con los cuales contaba, habíase llevado el uno otro candidato que habia tenido mas empeños que él. — ¡Cosas de España! me salió diciendo, al referirme su desgracia. — Ciertamente, le respondí, sonriéndome de su injusticia, porque en Francia y en Inglaterra no hay intrigas; puede usted estar seguro de que allá todos son unos santos varones, y los hombres no son hombres.

El segundo empleo que pretendia habia sido dado á un hombre de mas luces que él. —¡Cosas de España! me repitió.

Sí, porque en otras partes colocan á los necios, dije yo para mí.

Llevóme en seguida á una librería, despues de haberme confesado que habia publicado un folleto, llevado del mal ejemplo. Preguntó cuántos ejemplares se habian vendido de su peregrino folleto, y el librero respondió: ni uno.

—¿Lo ve usted, Figaro? me dijo: ¿lo ve usted? En este pais no se puede escribir. En España nada se vende, vejetamos en la ignorancia. En París hubiera vendido diez ediciones.

—Ciertamente, le contesté yo, porque los hombres como usted venden en París sus ediciones.

En París no habrá libros malos que no se lean, ni autores necios que se mueran de hambre.

Desengáñese usted: en este pais no se lee, prosiguió diciendo.— Y usted que de eso se queja, señor don Periquito, usted, ¿qué lee? le hubiera podido preguntar. Todos nos quejamos de que no se lee, y ninguno leemos.

—¿Lee usted los periódicos? le pregunté sin embargo.

—No señor, en este pais no se sabe escribir periódicos. ¡Lea usted ese Diario de los Debates, ese Times!!!

Es de advertir que don Periquito no sabe francés ni inglés, y que en cuanto á periódicos, buenos ó malos, en fin, los hay, y muchos años no los ha habido.

Pasábamos al lado de una obra de esas que

hermosean continuamente este pais, y clamaba: ¡qué basura; en este pais no hay policía.

En París las casas que se destruyen y reedifican, no producen polvo.

Metió el pie torpemente en un charco. ¡No hay limpieza en España! esclamaba.

En el estrangero no hay lodo.

Se hablaba de un robo.—¡Ah! ¡pais de ladrones! vociferaba indignado. Porque en Londres no se roba; en Londres, donde en la calle acometen los malhechores á la mitad de un dia de niebla á los transeuntes.

Nos pedia limosna un pobre. — ¡En este pais no hay mas que miseria! esclamaba horripilado. Porque en el estrangero no hay infeliz que no arrastre coche.

Ibamos al teatro, y—¡Oh qué horror! decia mi don Periquito, con compasion, sin haberlos visto mejores en su vida. ¡Aqui no hay teatros!

Pasábamos por un café. — No entremos. ¡Qué cafés los de este pais! gritaba.

Se hablaba de viajes. — ¡Oh! Dios me libre: ¡en España no se puede viajar! ¡qué posadas! ¡qué caminos!

¡Oh infernal comezon de vilipendiar este pais que adelanta y progresa de algunos años á esta parte mas rápidamente que adelantaron esos paises modelos para llegar al punto de ventaja en que se han puesto!

¿Por qué los don Periquitos que todo lo desprecian en el año 33, no vuelven los ojos á mirar atras, ó no preguntan á sus papás acerca del tiempo que no está tan distante de nosotros, en

que no se conocia en la corte mas botillería que la de Canosa, ni mas bebida que la leche helada; en que no habia mas caminos en España que el del cielo; en que no existian mas posadas que las descritas por Moratin en el Sí de las Niñas, con las sillas desvencijadas y las estampas del Hijo Prodigo, ó las malhadadas ventas para caminantes asendereados; en que no corrian mas carruages que las galeras y carrromatos catalanes; en que los *chorizos* y *polacos* repartian á naranjazos los premios al talento dramático, y llevaba el público al teatro la bota y la merienda para pasar á tragos la representacion de las comedias de figuron y dramas de Comella; en que no se conocia mas opera que el Malboroug (ó Mambruc, como dice el vulgo) cantado á la guitarra; en que no se leia mas periódico que el Diario de Avisos, y en fin... en que...

Pero acabemos este artículo, demasiado largo para nuestro proposito: no vuelven á mirar atras porque habrian de poner un término á su maledicencia, y llamar prodigiosa la casi repentina mudanza que en este pais se ha verificado en tan breve espacio.

Concluyamos sin embargo de esplicar nuestra idea claramente, mas que á los don Periquitos que nos rodean pese y avergüence.

Cuando oimos á un estrangero que tiene la fortuna de pertenecer á un pais donde las ventajas de la ilustracion se han hecho conocer con mucha anterioridad que en el nuestro, por causas que no es de nuestra inspeccion examinar, nada estrañamos en su boca, sino es la falta de consideracion y aun de gratitud que reclama la

hospitalidad de todo hombre honrado que la recibe; pero cuando oimos la espresion despreciativa que hoy merece nuestra sátira en bocas de españoles, y de españoles sobre todo que no conocen mas pais que este mismo suyo que tan injustamente dilaceran, apenas reconoce nuestra indignacion límites en que contenerse.

Borremos, pues, de nuestro lenguaje la humillante espresion que no nombra á este pais sino para denigrarle; volvamos los ojos atras; comparemos y nos creerémos felices. Si alguna vez miramos adelante y nos comparamos con el estrangero, sea para prepararnos un porvenir mejor que el presente, y para rivalizar en nuestros adelantos con los de nuestros vecinos; solo en este sentido opondrémos nosotros en algunos de nuestros artículos el bien de fuera al mal de dentro.

Olvidemos, lo repetimos, esa funesta espresion que contribuye á aumentar la injusta desconfianza que de nuestras propias fuerzas tenemos. Hagamos mas favor ó justicia á nuestro pais, y creámosle capaz de esfuerzos y felicidades. Cumpla cada español con sus deberes de buen patricio, y en vez de alimentar nuestra inaccion con la espresion de desaliento: *¡Cosas de España!* contribuya cada cual á las mejoras posibles; entonces este pais dejará de ser tan maltratado de los estrangeros, á cuyo desprecio nada podemos oponer, si de él les damos nosotros mismos el vergonzoso ejemplo.

R. E.—Número 75.—9 de Julio.—1833.

REPRESENTACION

de la comedia nueva de don Manuel Eduardo Gorostiza, titulada *Contigo Pan y Cebolla.*

Es un error en nuestro entender bastante general creer que las novelas tienen la culpa de las locas bodas y desatinados enlaces que en el mundo se hacen y se han hecho. No está todo el daño en las novelas: la mayor parte está en el corazon humano; el amor, ora le llamemos como nuestros abuelos, que no veían mas que el lado hermoso de las cosas, una noble paion; ora le llamemos como nuestros despreocupados del dia, que solo ven el lado feo de las cosas, una vil necesidad rebozada; el amor existe en la naturaleza, y mientras exista, podrá ocurrir en la vida frecuentemente que no se halle de acuerdo con el interes. Desde los tiempos fabulosos que se remontan á la mas atrasada antigüedad, desde Piramo y Tisbe, desde Leandro y Hero, que ciertamente no habian leido ninguna novela moderna, son conocidos estos desastrados amores. La organizacion de una muger es la verdadera novela perniciosa, y por desgracia es la que no se le puede quitar; este es el libro donde aprende á amar: á una belleza fria, de quien nada reclame su insensible corazon, dénsele todas las novelas del mundo, y dénselas sin cuidado; nosotros respondemos de su inalterable tranquilidad

TAYLOR

y de su eterna sensatez: á aquella empero que ha recibido de la naturaleza el funesto don de una estrema sensibilidad, quítensele las novelas y será en valde; mientras no se le quiten los ojos, respondemos de que hará todas las locuras del mundo por seguir el objeto que una vez la haya deslumbrado: por este estilo creemos que son la mayor parte de las locuras que hacen los hombres miserables; imperiosas leyes que impone la naturaleza y que paga el hombre. Los autores dramáticos van sin embargo con los tiempos: la recogida educacion de los jóvenes del siglo pasado autorizaba la tiranía de los padres, y Moratin creyó hacer un señalado servicio á su pais dando el *Si de las Niñas*. De entonces acá hemos andado con pasos agigantados: y las costumbres del dia, mas que de la tiranía de los padres, resiéntense de la licencia é insubordinacion de los hijos. Esto no es debido tampoco únicamente á las novelas. Otros muchos libros ha sido preciso escribir; muchas revoluciones de todas especies han debido pasar por los pueblos; otros hombres, á mas de los novelistas, habian tenido que nacer antes para dar este impulso estraordinario en poco mas de medio siglo al entendimiento humano. El hecho es con todo positivo; el abuso existe, y reclama urgentemente la férula del poeta cómico. En el siglo actual se pueden contar tantas desgraciadas víctimas de los enlaces poco meditados, como en el pasado de las obligadas reclusiones de entonces. Era, pues, preciso sacar á la plaza toda la ridiculez de aquellos jóvenes irreflexivos que todo lo abandonan por el amor, las mas veces sin considerar si se hallan verda-

deramente enamorados, ó si solo creen estarlo cuando esclaman: *Contigo Pan y Cebolla.*

El señor de Gorostiza, poeta ya conocido en nuestro teatro moderno, se ha apoderado de una idea feliz y ha escogido un asunto de la mayor importancia. ¿Hálo desempeñado como de su talento nos debiamos prometer? Oiga el lector el argumento, y podrá responder á tan atrevida pregunta.

Matilde, hija de un padre, que segun de la comedia resulta, no conoce sus inclinaciones ni su carácter, ama á don Eduardo de Contreras, jóven de talento, rico, y que ocupa un puesto distinguido en la sociedad; pero ignora estas circunstancias sin embargo de que entra en su casa con frecuencia. Anímase don Eduardo á pedir la mano de Matilde á don Pedro, quien gustosísimo se la concede; pero en el momento de convenir en tan deseado enlace, sabe la heroina que don Eduardo no es pobre; nota que no hay en esta boda los obstáculos que en las de sus novelas ha leido, desama de pronto á quien tanto amó y despide á don Eduardo. Este, que conoce de dónde le viene el golpe, propone al padre, aturdido de tal mudanza, una ingeniosa ficcion que ha de llevar á cabo sus deseos. Fíngese desheredado de un tio suyo, y desairado por don Pedro: aparenta la novelesca desesperacion de un amante despedido, y estos estraordinarios medios hacen renacer el acomodaticio cariño de Matilde, que por lo visto solo ama en casos dados. El padre sigue haciendo del negado, y cuando vienen segunda vez entrambos á importunarle, se lleva la niña de un brazo y despide para siempre al ama-

dor. Con esto por fuerza ha de subir de punto la frenética pasion de Maltilde: inténtase una escapatoria, la cual se verifica sin maldita la oposicion del padre, que está él mismo en el complot que se le arma, y cooperando á ella un pobre criado á quien no le vale su honradez. El padre no ha querido oirle por no verse comprometido á impedir el rapto y le amenaza por una parte don Eduardo con tirarse un pistoletazo, y por otra Matilde con tragarse un veneno que posee, si no abre una reja, por donde se escapa nuestra deslumbrada, sin embargo de hallarse la puerta libre y desembarazada: y en atencion, segun dice ella misma, á ser de rigor el salir en semejantes casos por la ventana.

En el cuarto acto, que parece un acto de otra comedia, Matilde se halla el dia de tornaboda en una miserable boardilla, pero en compañía de su constante esposo: no han comido la víspera, no se han desayunado aquel dia: medios. Dios los dé: dinero, por las nubes: en una palabra, pobres de solemnidad y solemnes pobres; la infeliz Matilde tendrá que levantar la cama, que por mas señas está á la vista del espectador en un estado de desorden, propio del dia; tendrá que barrer, que jabonar, que pasar hambres, qne estar sola, porque su marido habrá de salir á buscar dinero. Matilde comienza ya á padecer los inconvenientes de su posicion: humíllala el casero, humíllala una antigua compañera de colegio, marquesa, que vive en la misma casa, y que dice que una cosa es casarse, y otra enamorarse; en lo cual nos parece su señoría un si es no es verde y alegre de cascos: humíllala, en

fin, una vecinilla ordinaria entre cotorra y contrabandista: llora Matilde y conoce su yerro. Vuelve entonces su esposo, y vienen impacientes papá y el criado honrado, descúbrese la ficcion, y se van todos muy convencidos de que para quererse mucho es indispensable por lo menos haber comido algo, verdad indisputable de todos los tiempos y paises, y que no bastarán á echar por tierra todas las pasiones reunidas que pueden agitar á un mísero mortal.

Ya puede inferir el lector qué de escenas cómicas ha tenido el autor á su disposicion. El señor Gorostiza no las ha desperdiciado; rasgos hemos visto en su linda comedia que Moliere no repugnaria; escenas enteras que honrarian á Moratin. El carácter del criado y las situaciones todas en que se encuentra son escelentes y pertenecen á la buena comedia: del padre pudiéramos decir lo que dice la marquesa de su marido; ni es feo, ni es bonito: es un hombre pasivo, es un instrumento no mas del astuto don Eduardo. Este es un bello carácter; la carta que escribe es del mayor efecto, y pertenece á la alta comedia. El lenguaje es castizo y puro; el diálogo bien sostenido y chispeando gracias, si bien no quisiéramos que le desluciesen algunas demasiado chocarreras, como la de los malhadados *fetos* por *efectos*, la de la *cebolla* que *repite* &c., y otras que no queremos citar porque no se nos tache de rigorosos. Estas gracias son de mal tono, de no muy buen gusto, y de baja sociedad, por mas que el público las ria y las aplauda en el primer momento.

Despues de haber tributado el debido hom-

nage de elogios que de nuestra pluma reclamaba imperiosamente la divertida comedia del señor Gorostiza, ¿nos será permitido indicar algunos de los defectos de que rara obra humana consigue verse completamente purgada? ¿Se dirá que nos ensangrentamos, que somos parciales, si ponemos al lado del elogio el grito de nuestra conciencia literaria? Quisiéramos equivocarnos; pero el carácter de la protagonista nos parece por lo menos llevado á un punto de exageracion tal, que sería imposible hallar en el mundo un original siquiera que se le aproximase. Estas niñas románticas, cuya cabeza ha podido exaltar la lectura de las novelas, no reparan en clases ni en dinero; éste podrá ser su yerro; enamóranse de un hombre sin preguntarle quién es; esta es su imprudencia: si sale pobre, verdad es, nada les arredra, y en las aras del amor sacrifican su porvenir: mas si sale rico, como ya estan enamoradas, por esa sola circunstancia no se desenamoran. Por la misma razon, si tratan de escaparse y no tienen otro recurso, se arrojan por una ventana; mas si tienen la puerta franca, aquel paso ya no es ni medio verosimil. Esta exageracion hace aparecer á Matilde loca las mas veces: quiere ser el don Quijote de las novelas. Pero acordémonos de que Cervantes para huir de la inverosimilitud que de la exageracion debia resultar, hizo loco realmente y enfermo á su héroe, y una enfermedad no es un carácter. Si la comedia pedia un carácter, era preciso no haber pasado los límites de la verosimilitud, pues pasándolos, Matilde no resulta enamorada, sino maniática; por eso en

varias ocasiones parece que ella misma se burla de sus desatinos: lo mismo hubiera sucedido con don Quijote si no nos hubiera dicho Cervantes desde el principio, *miren ustedes que está loco.* Peca ademas el plan por donde los mas del mismo poeta: ya en otra ocasion hemos dicho que estos planes en que varios personages fingen una intriga para escarmiento de otro, son incompletos y conspiran contra la conviccion, que debe ser el resultado del arte.

En Molieré y en Moratin no se encuentra un solo plan de esta especie: el poeta cómico no debe hacer hipótesis; debe sorprender y retratar á la naturaleza tal cual es: esta comedia hubiera requerido una muger realmente enamorada; y que realmente hubiera hecho una locura, como en el *Viejo y la niña* sucede; verdad es que entonces no hubiera podido ser dichoso el desenlace, y acaso habrá huido de esto el señor Gorostiza; éste era defecto del asunto, asi como lo es tambien la aglomeracion en horas de tantas cosas distintas, importantes, y regularmente mas apartadas entre sí en el discurso de la vida. Si Matilde no se ha de casar mas de una vez con Eduardo, si esa vez que se ha casado no ha hecho realmente locura alguna, supuesto que Eduardo es rico, ¿de qué puede servirle el escarmiento y el ver lo que le hubiera sucedido si hubiera hecho lo que no ha hecho? A ella no, nos contestarán; á los demas que ven la comedia. Tampoco, responderemos; porque las que crean en novelas al pie de la letra, creerán al pie de la letra en la comedia, que es otra nueva novela para ellas: en la novela leen que aquel

que se presentó incógnito se descubre ser luego hijo de algun señoron oculto, y en la comedia se descubre ser rico luego el pobre. Se enamorarán, pues, sin cuidado, seguras de que hácia el fin de su boda se ha de descubrir la riqueza del marido, asi como creían que debian salir por la ventana por decirlo las novelas.

A pesar de estas observaciones, que no podemos menos de hacer, nos complacemos en repetir que es mayor la suma de las bellezas que la de los defectos de la comedia. El señor de Gorostiza ha adquirido un nuevo laurel, y nosotros quisiéramos que la obligacion de periodista se limitara á alabar: mucho nos daria que hacer aun en este caso esta composicion dramática.

En cuanto á la representacion, podemos asegurar que no nos acordamos de haber visto en Madrid nada mejor desempenado en este género.

Sepan los actores que ningun placer podemos tener mayor que el que nos proporcionan el dia en que solo elogios tenemos que escribir de ellos. Para el elogio corre nuestra pluma rápidamente. Cuando se trata empero de vituperar, solo á fuerza de horas podemos dar concluido á la prensa el artículo mas conciso.

R. E. —*Número* 81.—30 *de Julio.*—1833.

DON TIMOTEO, Ó EL LITERATO.

Genus irritabile vatum ha dicho un poeta latino. Esta espresion bastaria á probarnos que el amor propio ha sido en todos tiempos el primer amor de los literatos, si hubiésemos menester mas pruebas de esta incontestable verdad que la simple vista de los mas de esos hombres que viven entre nosotros de literatura. No queremos decir por esto que sea el amor propio defecto esclusivo de los que por su talento se distinguen: generalmente se puede asegurar que no hay nada mas temible en la sociedad que el trato de las personas que se sienten con alguna superioridad sobre sus semejantes. ¿Hay cosa mas insoportable que la conversacion y los dengues de la hermosa que lo es á sabiendas? Mírela usted á la cara tres veces seguidas; diríjale usted la palabra con aquella educacion, deferencia ó placer que dificilmente pueden dejar de tenerse hablando con una hermosa; ya le cree á usted su *don Amadeo*, ya le mira á usted como quien le perdona la vida. Ella sí, es amable, es un modelo de dulzura; pero su amabilidad es la afectada mansedumbre del leon, que hace sentir de vez en cuando el peso de sus garras; es pura compasion que nos dispensa.

Pasemos de la aristocracia de la belleza á la de la cuna. ¡Qué amable es el señor marqués, qué despreocupado, qué llano! Vedle con el sombrero en la mano, sobre todo para sus infe-

riores. Aquella llaneza, aquella deferencia, si ahondamos en su corazon, es una honra que cree dispensar, una limosna que cree hacer al plebeyo. Trate éste diariamente con él, y al fin de la jornada nos dará noticias de su amabilidad: ocasiones habrá en que algun manoplazo feudal le haga recordar con quién se las há.

No hablemos de la aristocracia del dinero, porque si alguna hay falta de fundamento es esta: la que se funda en la riqueza, que todos pueden tener: en el oro, de que solemos ver henchidos los bolsillos de éste ó de aquel alternativamente, y no siempre de los hombres de mas mérito; en el dinero, que se adquiere muchas veces por medios ilícitos, y que la fortuna reparte á ciegas sobre sus favoritos de capricho.

Si algun orgullo hay, pues, disculpable, es el que se funda en la aristocracia del talento, y mas disculpable ciertamente donde es á toda luz mas facil nacer hermosa, de noble cuna, ó adquirir riqueza, que lucir el talento que nace entre abrojos cuando nace, que solo acarrea sinsabores, y que se encuentra aisladamente encerrado en la cabeza de su dueño como en callejon sin salida. El estado de la literatura entre nosotros, y el heroismo que en cierto modo se necesita para dedicarse á las improductivas letras, es la causa que hace á muchos de nuestros literatos mas insoportables que los de cualquiera otro pais: añádase á esto el poco saber de la generalidad, y de aqui se podrá inferir que entre nosotros el literato es una especie de oráculo que, poseedor único de su secreto y solo iniciado en sus misterios recónditos, emite su opinion oscu-

ra con voz retumbante y hueca, subido en el trípode que la general ignorancia le fabrica. Charlatan por naturaleza, se rodea del aparato ostentoso de las apariencias, y es un cuerpo mas impenetrable que la célebre cuña de la milicia romana. Las bellas letras, en una palabra, el saber escribir es un oficio particular que solo profesan algunos, cuando debiera constituir una pequeñísima parte de la educacion general de todos.

Pero, si atendidas estas breves consideraciones es el orgullo del talento disculpable porque es el único modo que tiene el literato de cobrarse el premio de su afan, no por eso autoriza á nadie á ser en sociedad ridículo, y este es el estremo por donde peca don Timoteo.

No hace muchos dias que yo, que no me precio de gran literato, yo que de buena gana prescindiria de esta especie de apodo, sino fuese preciso que en sociedad tenga cada cual el suyo, y si pudiese tener otro mejor, me vi en la precision de consultar á algunos literatos con el objeto de reunir sus diversos votos y saber qué podrian valer unos opúsculos que me habian traido para que diese yo sobre ellos mi opinion. Esto era harto dificil en verdad, porque, si he de decir lo que siento, no tengo fijada mi opinion todavía acerca de ninguna cosa, y me siento medianamente inclinado á no fijarla jamas: tengo mis razones para creer que este es el único camino del acierto en materias opinables: en mi entender todas las opiniones son peores; permítaseme esta manera de hablar antigramatical y antilógica.

Fuíme, pues, con mis manuscritos debajo del brazo (circunstancia que no le importará gran cosa al lector) deseoso de ver á un literato, y me pareció deber salir para esto de la atmósfera inferior donde pululan los poetas noveles y lampiños, y dirigirme á uno de esos literatazos abrumados de años y de laureles.

Acerté á dar con uno de los que tienen mas sentada su reputacion. Por supuesto que tuve que hacer una antesala digna de un pretendiente, porque una de las cosas que mejor se saben hacer aqui es esto de antesalas. Por fin tuve el placer de ser introducido en el oscuro santuario.

Cualquiera me hubiera hecho sentar; pero don Timoteo me recibió en pie, atendida sin duda la diferencia que hay entre el literato y el hombre. Figúrense ustedes un ser enteramente parecido á una persona; algo mas encorvado hácia el suelo que el género humano, merced sin duda al hábito de vivir inclinado sobre el bufete; mitad sillon, mitad hombre; entrecejo arrugado; la voz mas hueca y campanuda que la de las personas; las manos *mijt* y *mijt*, como dicen los chuferos valencianos, de tinta y tabaco; gran autoridad en el decir; mesurado compas de frases; vista insultantemente curiosa, y que oculta á su interlocutor por una rendija que le dejan libre los párpados fruncidos y casi cerrados, que es manera de mirar sumamente importante y como de quien tiene graves cuidados; los anteojos encaramados á la frente; calva, hija de la fuerza del talento, y gran balumba de papeles revueltos y libros confundidos que bastáran á dar una muestra de lo coordinadas que podia tener

en la cabeza sus ideas; una caja de rapé y una petaca: los demas vicios no se veían. Se me olvidaba decir que la ropa era á drede mal hecha, afectando desprecio de las cosas terrenas, y todo el conjunto no de los mas limpios, porque este era de los literatos rezagados del siglo pasado, que tanto mas profundos se imaginaban cuanto menos aseados vestian. Llegué, le vi, y dije: este es un sabio.

Saludé á don Timoteo y saqué mis manuscritos.

— ¡Ola! me dijo ahuecando mucho la voz para pronunciar.

— Son de un amigo mio.

— ¿Sí? me respondió. ¡Bueno! ¡Muy bien! Y me echó una mirada de arriba abajo por ver si descubria en mi rostro que fuesen mios.

— ¡Gracias! repuse, y empezó á hojearlos.

—"Memoria sobre las aplicaciones del vapor."

— ¡Ah! esto es acerca del vapor, ¿eh? Aqui encuentro ya... Vea usted... aqui falta una coma: en esto soy muy delicado. No hallará usted en Cervantes usada la voz *memoria* en este sentido; el estilo es duro, y la frase es poco robusta... ¿Qué quiere decir *presion* y...

—Sí; pero acerca del vapor... porque el asunto es saber si...

— Yo le diré á usted; en una oda que yo hice allá cuando muchacho, cuando uno andava en esas cosas de literatura... dije... cosas buenas...

— Pero, ¿qué tiene que ver?...

— ¡Oh! ciertamente ¡oh! Bien, me parece bien. Ya se ve; estas ciencias exactas son las que

han destruido los placeres de la imaginacion: ya no hay poesía.

— ¿Y qué falta hace la poesía cuando se trata de mover un barco, señor don Timoteo?

— ¡Oh! cierto... pero la poesía... amigo... ¡oh! aquellos tiempos se acabaron. Esto... ya se ve... estará bien, pero debe usted llevarlo á un físico, á uno de esos...

— Señor don Timoteo, un literato de la fama de usted tendrá siquiera ideas generales de todo, demasiado sabrá usted...

— Sin embargo... ahora estoy escribiendo un tratado completo con notas y comentarios, mios tambien, acerca de quién fue el primero que usó el asonante castellano.

— ¡Ola! Debe usted darse prisa á averiguarlo: esto urge mucho á la felicidad de España y á las luces... Si usted llega á morirse, nos quedamos á buenas noches en punto á asonantes... y...

— Sí... y tengo aqui una porcion de cosillas que me traen á leer; no puedo dar salida á los que... ¡Me abruman á consultas!... ¡Oh! estos muchachos del dia salen todos tan... ¡Oh! ¿Usted habrá leido mis poesías? Alli hay algunas cosillas...

— Sí; pero un sabio de la reputacion de don Timoteo habrá publicado ademas obras de fondo y...

— ¡Oh! no se puede... no saben apreciar... ya sabe usted... á salir del dia... Solo la maldita aficion que uno tiene á estas cosas...

— Quisiera leer con todo lo que usted ha pubicado: el género humano debe estar agradecido á la ciencia de don Timoteo... Dicteme usted

los títulos de sus obras. Quiero llevarme una apuntacion.

—¡Oh! ¡Oooh!

¿Qué especie de animal es este, iba yo diciendo ya para mí, que no hace mas que lanzar monosílabos y hablar despacio, alargando los vocablos y pronunciando mas abiertas las *aes* y las *oes*?

Cogí sin embargo una pluma y un gran pliego de papel presumiendo que se llenaria con los títulos de las luminosas obras que habria publicado durante su vida el célebre literato don Timoteo.

—Yo hice, empezó, una oda á la *continencia*... ya la conocerá usted... alli hay algunos versecillos.

—*Continencia*, dije yo repitiendo. Adelante.

—En los periódicos de entonces puse algunas anacreónticas; pero no con mi nombre.

—*Anacreónticas;* siga usted; vamos á lo gordo.

—Cuando los franceses escribí un folletito que no llegó á publicarse... ¡como ellos mandaban!...

—*Folletito* que no llegó á publicarse.

—He hecho una oda al huracan, y una silva á Filis.

—*Huracan*, *Filis*.

—Y una comedia que medio traduje de cualquier modo; pero como en aquel tiempo nadie sabia francés, pasó por mia: me dió mucha fama. Una novelita traduje tambien...

—¿Qué mas?

—Ahí tengo un prólogo empezado para una obra que pienso escribir, en el cual trato de de-

cir modestamente que no aspiro al título de sabio: que las largas convulsiones políticas que han conmovido á la Europa y á mí á un mismo tiempo, las intrigas de mis émulos, enemigos y envidiosos, y la larga carrera de infortunios y sinsabores en que me he visto envuelto y arrastrado juntamente con mi patria, han impedido que dedicára mis ocios al cultivo de las musas; que habiéndose luego el gobierno acordado y servídose de mi poca aptitud en circunstancias críticas, tuve que dar de mano á los estudios amenos que reclaman soledad y quietud de espíritu, como dice Ciceron; y en fin, que en la retirada de Vitoria perdí mis papeles y manuscritos mas importantes; y sigo por ese estilo...

—Cierto... Ese prólogo debe darle á usted estraordinaria importancia.

—Por lo demas, no he publicado otras cosas...

—Con que una oda y otra oda, dije yo recapitulando, y una silva, anacreónticas, una traduccion original, un folletillo que no llegó á publicarse, y un prólogo que se publicará...

—Eso es. Precisamente.

Al oir esto no estuvo en mí tener mas la risa, despedíme cuanto antes pude del sabio don Timoteo, y fuíme á soltar la carcajada al medio del arroyo á todo mi placer.

—¡Por vida de Apolo! salí diciendo. ¿Y es este don Timoteo? ¿Y cree que la sabiduría está reducida á hacer anacreónticas? ¿Y porque ha hecho una oda le llaman sabio? ¡Oh reputaciones fáciles! ¡Oh pueblo bondadoso!

¿Para qué he de entretener á mis lectores con la poca diversidad que ofrece la enumera-

cion de las demas consultas que en aquella mañana pasé: apenas encontré uno de esos célebres literatos, que asi pudiera dar su voto en poesía como en legislacion, en historia como en medicina, en ciencias exactas como en... Los literatos aqui no hacen mas que versos, y si algunas escepciones hay, y si existen entre ellos algunos de mérito verdadero que de él hayan dado pruebas positivas, no son escepciones suficientes para variar la regla general.

¿Hasta cuándo, pues, esa necia adoracion á las reputaciones usurpadas? Nuestro pais ha caminado mas de prisa que esos literatos rezagados: recordamos sus nombres que hicieron ruido cuando, mas ignorantes, eramos los primeros á aplaudirlos; y seguimos repitiendo siempre como papagayos: *D. Timoteo es un sabio.* ¿Hasta cuándo? Presenten sus títulos á la gloria y los respetarémos y pondremos sus obras sobre nuestra cabeza. ¿Y al paso que nadie se atreve á tocar á esos sagrados nombres que solo por antiguos tienen mérito, son juzgados los jóvenes que empiezan con toda la severidad que aquellos merecerian? El mas leve descuido corrre de boca en boca; una reminiscencia es llamada robo; una imitacion plagio, y un plagio verdadero intolerable desvergüenza. Esto en tierra donde hace siglos que otra cosa no han hecho sino traducir nuestros mas originales hombres de letras.

Pero volvamos á nuestro don Timoteo. Háblesele de algun jóven que haya dado alguna obra. No lo he leido... ¡Como no leo esas cosas! esclama. Hable usted de teatros á don Timoteo.— No voy al teatro; eso está perdido... porque quie-

ren persuadirnos de que estaba mejor en su tiempo; nunca verá usted la cara del literato en el teatro. Nada conoce, nada lee nuevo; pero de todo juzga, de todo hace ascos.

Veamos á don Timoteo en el Prado; rodeado de una pequeña corte que á nadie conoce cuando va con él: vean ustedes cómo le oyen con la boca abierta; parece que le han sacado entre todos á paseo para que no se acabe entre sus investigaciones acerca de la ruina que á nadie le importa. ¿Habló don Timoteo? ¡Qué algazara y qué aplausos! ¿Se sonrió don Timoteo? ¿Quién fue el dichoso que le hizo desplegar los labios? ¿Lo dijo don Timoteo, el sabio autor de una oda olvidada ó de un ignorado romance? Tuvo razon don Timoteo.

Haga usted una visita á don Timoteo; en buen hora; pero no espere usted que se la pague. Don Timoteo no visita á nadie. ¡Está tan ocupado! El estado de su salud no le permite usar de cumplimientos; en una palabra, no es para don Timoteo la buena crianza.

Veámosle en sociedad. ¡Qué aire de suficiencia, de autoridad, de supremacía! Nada le divierte á don Timoteo. ¡Todo es malo! Por supuesto que no baila don Timoteo, ni habla don Timoteo, ni rie don Timoteo, ni hace nada don Timoteo de lo que hacen las personas. Es un eslabon roto en la cadena de la sociedad.

¡Oh sabio don Timoteo! ¿Quién me diera á mí hacer una mala oda para echarme á dormir sobre el colchon de mis laureles; para hablar de mis afanes literarios, de mis persecuciones y de las intrigas y revueltas de los tiempos; para ha-

cer ascos de la literatura; para recibir á las gentes sentado; para no devolver visitas; para vestir mal; para no tener que leer; para decir del alumno de las musas que mas haga: "es un mancebo de dotes muy recomendables, es mozo que promete;" para mirarle á la cara con aire de proteccion y darle alguna suave palmadita en la megilla, como para comunicarle por medio del contacto mi saber; para pensar que el que hace versos, ó sabe dónde han de ponerse las comas, y cuál palabra se halla en Cervantes, y cuál no, ha llegado al *summum* del saber humano; para llorar sobre los adelantos de las ciencias útiles; para tener orgullo y amor propio; para hablar pedantesco y ahuecado; para vivir en contradiccion con los usos sociales; para ser en fin ridículo en sociedad sin parecérselo á nadie.

R. E.—Número 84.—9 *de Agosto.*—1833.

LA POLÉMICA LITERARIA.

... á Madrid la republique des lettres etait celle des loups, toujours armés les uns contre les autres; et livrés au mépris où ce visible acharnement les conduit, tous les insectes, les moustiques, les cousins, les critiques, les maringouins, les envieux, les feullistes, les libraires, les censeurs, et tout ce qui s'attache à la peau des malheureux gens de lettres, achevait de dechiqueter et de sucer le peu de sustance qui leur restait.

Beaumarchais. Le Barbier de Seville. Act. premier.

Muchos son los obstáculos que para escribir encuentra entre nosotros el escritor, y el escritor sobre todo de costumbres que funda sus artículos en la observacion de los diversos caractéres que andan por la sociedad revueltos y desparramados: si hace un artículo malo, ¿quién es él, dicen, para hacerle bueno? Y si le hace bueno, *será traducido*, gritan á una voz sus amigos. Si huyó de ofender á nadie, son pálidos sus escritos, no hay chiste en ellos ni originalidad; si observó bien, si hizo resaltar los colores, y si logra sacar á los labios de su lector tal cual picante sonrisa, "es un payaso," esclaman, como si el toque del escribir consistiera en escribir serio; si le ofenden los vicios, si rebosa en sus renglones la indignacion contra los necios, si los malos escritores le merecen tal cual varapalo, "es un hombre feroz, á nadie perdona. ¡Jesus qué entrañas!" ¡Habrá pícaro que no quiere que

escribamos disparates! ¿Dibujó un carácter, y tomó para ello toques de este y de aquel, formando su bello ideal de las calidades de todos? ¡Qué picarillo, gritan, cómo ha puesto á don fulano! ¿Pintó un avaro como hay ciento? Pues ese es don Cosme, gritan todos, el que vive aquí á la vuelta. — Y no se desgañite para decirle al público: — "Señores: que no hago retratos personales, que no critico á uno, que critico á todos. Que no conozco siquiera á ese don Cosme." — ¡Tiempo perdido! — Que el artículo está hecho hace dos meses, y don Cosme vino ayer. — Nada. — Que mi avaro tiene peluca y don Cosme no la gasta. — ¡Ni por esas! — Púsole peluca, dicen, para desorientar; pero es él. — Que no se parece á don Cosme en nada. — No importa; es don Cosme, y se lo hacen creer todos á don Cosme por ver si don Cosme le mata; y don Cosme, que es cabiloso, es el primero á decir: "ese soy yo." Para esto de entender alusiones nadie como nosotros.

¿Consistirá esto en que los criticados que se reconocen en el cuadro de costumbres se apresuran á echar el muerto al vecino para descartarse de la parte que á ellos les toca? ¿Quién sabe? Confesemos de todos modos que es pícaro oficio el de escritor de costumbres.

Con estas reflexiones encabezamos nuestro artículo de hoy, porque, no nos perdone Dios nuestros pecados, si no creemos que antes de llegar al último renglon han de haber encontrado nuestros perspicaces lectores el original del retrato que no hacemos. Como cosa de las doce serian cuando cabilaba yo ayer acerca del modo

de urdir un artículo bueno que gustase á todos los que le leyesen, y encomendábame á toda priesa, con mas fé que esperanza, á Santa Rita, abogada de imposibles, para que me deparara alguna musa acomodaticia, la cual me enviase inspiraciones cortadas á medida de todo el mundo. Pedíale un modo de escribir que ni fuese serio, ni jocoso, ni general, ni personal, ni largo, ni corto, ni profundo, ni superficial, ni alusivo, ni indeterminado, ni sabio, ni ignorante, ni culto, ni trivial; una quimera, en fin, y pedíale de paso un buen original francés de donde poder robar aquellas ideas que buenamente no suelen ocurrirme, que son las mas, y una baraja completa de trasposiciones felices, de estas que el diablo mismo que las inventó no entiende, y que por consiguiente no comprometen al que las escribe... Pero estoy para mí que no debia de hacer mas caso de mis oraciones la Santa que el que hacen los cómicos de los artículos de teatros, porque ni venia musa, ni yo acertaba á escribir un mal disparate que pudiese dar contento á necios y á discretos. Mesábame las barbas, y renegaba de mi mal cortada pluma, que siempre ha de pinchar, y de mi lengua que siempre ha de maldecir, cuando un cariaconteeido mozalvete con cara de literato, es decir, de envidia, se me presentó, y mirándome zaino y torcido, como quien no camina derecho ni piensa hacer cosa buena, díjome entre uno y otro piropo, que yo eché en saco roto, como tenia que consultarme y pedirme consejos en materias graves.

Invitéle á que se sentara, lo cual hizo en la

punta de una silla, como aquel que no queria abusar de mi buena crianza, poniendo su sombrero debajo de una mesa á modo de florero ó de escupidera.

—¿Y qué es el caso? le pregunté; porque ha de advertir el lector que yo me perezco por los diálogos.

—Qué ha de ser, señor Fígaro, sí no que yo he puesto un artículo en un periódico, y no bien le habia leido impreso, cuando zas, ya me han contestado.

—¡Oh! Son muy bien criados los periodistas, le dije: no saben lo que es dejar á un hombre sin contestacion.

—Sí señor; pero de buenas á primeras, y sin pedirme mi parecer, dan en la flor de decirme que es mi artículo un puro disparate. Es el caso que yo tambien quiero contestar, porque ¿qué dirá el mundo, y sobre todo la Europa, si yo no contesto?

—Cierto: no se piensa en otra cosa en el dia sino en Portugal y en su artículo de usted.

—Ya se ve: y como usted entiende de achaque de contestaciones, y de cómo se lleva por aqui eso de polémica literaria, vengo á que me endilgue usted, sobre poco mas ó menos, cuatro consejos oportunos, de modo que la materia en cuestion se dilucide, se entere el público de quién tiene razon, y quede yo encima, que es el objeto.

—¿Y de qué habla el artículo?

—Le diré á usted: de nada: el hecho es que en la cuestion no nos entendemos ni él ni yo, porque como la mitad de las cosas que podrian

decirse en la materia, uno y otro las ignoramos, y la otra mitad no se puede decir...

—Si... pues eso es muy facil... ¿pero trata de?...

—De tabacos, sí señor. Con que yo quisiera que usted me indicase todos los hombres que han tenido que ver con tabacos desde Nicot que los descubrió hasta Tissot, por lo menos, que está contra su uso. Con la vasta erudicion que usted me va á proporcionar yo haré trizas á mi contrario...

—¡Ay, amigo, le interrumpí, y qué poco entiende usted de polémica literaria! En primer lugar, para disputar de una materia lo primero que usted debe procurar es ignorarla de pe á pa. ¿Qué quiere usted? asi corren los tiempos. En segundo lugar, ¿usted sabe quién es el autor del artículo contra usted?

—Y qué falta hace para aclarar la cuestion al público saber quién sea el autor del artículo?

—¡Hombre, usted está en el cristus de la polémica literaria del pais! ¿De dónde viene usted? Usted no lee. En vez de buscar libros que confirmen la opinion de usted, la primera diligencia que ha de hacer es saber quién es el autor del artículo contrario.

—Bueno: pues ya lo sé. Pero el caso no es ese, si no que un periódico dice que mi artículo es malo.

—Calle usted. Somos felices.

—Yo pensaba dar razones y probar...

—No senor, no pruebe usted nada. ¿Usted se quiere perder? Diga usted, ¿qué señas tiene el adversario de usted? ¿Es alto?

—Mucho; se pierde de vista.

—¿Tendrá seis pies?

—Mas, mas: hágale usted mas favor... pero ¿qué tiene que ver eso con la cuestion de tabacos?

—¿No ha de tener? Empiece usted diciendo que su artículo de usted es bueno: primero porque él es alto.

—¡Hombre!

—Calle usted. ¿Ha escrito algunas obras?

—Sí señor: en el año 97 escribió una comedia que no valia gran cosa.

—Bravo: añada usted que usted entiende mucho de tabacos, fundado en que él hizo el año 97 una comedia...

—Pero, señor, harémos reir al público...

—No tenga usted cuidado: el público se morirá de risa, y la palestra queda por el que hace reir. ¿Qué mas tiene el adversario? ¿Tiene alguna verruga en las narices, tiene moza, debe á alguien, ha estado en la cárcel alguna vez, gasta peluca, ha tenido opinion nula?...

—Algo, algo hay de eso.

—Pues bien: á él: la opinion, la verruga: duro en sus defectos. ¿Qué entenderá él de achaque de tabacos, si escribió en los periódicos de entonces, y si el año 8 jugaba á la pipirijaina ó á la pata coja?

—¿Pero adónde vamos á parar?...

—A la tetilla izquierda, señor: usted no se desanime: ¿le coge usted en un plagio? El testo en los hocicos, el original, y ande. ¿Sabe usted algun cuento? á contársele.

—¿Y si no vienen á pelo los cuentos que yo sé?

—No importa; usted hará reir, y ese es el caso. ¿Dice él que usted se equivoca una vez? Dígale usted que él se equivoca ciento, y pata. Usted es una tal; y usted es mas: este es el modo.

—Pero, Señor Fígaro, ¿y dónde dejamos ya la cuestion de tabacos?

—¿Y á usted qué le importa ni á nadie tampoco? Déjela usted que viaje. Por fin luego que usted haya agotado todos los recursos de la personalidad, concluya usted apelando al público y diciendo que él sabrá apreciar la moderacion de usted en la cuestion presente: que se retira usted de la polémica; en primer lugar: porque ha probado suficientemente su opinion acerca de tabacos con las poderosas razones antedichas de la estatura, de la verruga, de la comedia del año 97, de las deudas y de la opinion del adversario: y en segundo lugar porque habiendo usado el contrario de mala fé y de indecorosas personalidades (y eso dígalo usted aunque sea mentira), de que usted no se siente capaz en atencion á que usted respeta mucho al público respetable, la polémica se ha hecho asquerosa é interminable. Aquí dice usted una gracia ó dos si puede acerca dal mayor número de suscriciones que reune el periodico en que usted escribe, que es razon concluyente, y que le piquen á usted moscas.

—Señor Fígaro, ese plan será bueno; mas yo le encuentro el inconveniente de que si en un pais en que tan poco prestigio tienen la literatura y los literatos, en vez de darnos honor unos á otros nos damos mutuamente en espectáculo,

derribamos nosotros mismos nuestros altares, y nos hacemos el hazme-reir del público... y á mí me da vergüenza...

— ¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¿Ahora salimos con que tiene usted vergüenza?... y... ¡voto va! Dijéralo usted al principio. Usted es incorregible. Pues amigo, voy á concluir: hace muchos años que ando por este mundo, y las mas de las polémicas que he visto se han decidido por ese estilo. Fuera, pues, razones, señor mio: látigo y mas látigo: no sé qué sabio ha dicho que las mas de las cuestiones son cuestiones de nombre: aqui, amigo mio, las mas son cuestiones de personas. — Y con esto despedí á mi cliente, quien no sé si habrá aprovechado mis consejos. Una cosa tan solo le supliqué al salir por el umbral de mi puerta. — Si acaso, le dije, oye usted decir á las gentes cuando le vean por el mundo: "ahí va el cliente de Fígaro; ese es el del artículo." — no lo creo, responda usted: el cliente de Fígaro es un ente ideal que tiene muchos retratos en esta sociedad, pero que no tiene original en ninguna.

R. E.—Número 88.—23 *de Agosto.*—1833.

LA FONDA NUEVA.

Preciso es confesar que no es nuestra patria el pais donde viven los hombres para comer: gracias por el contrario si se come para vivir: verdad es que no es este el único punto en que manifestamos lo mal que nos queremos: no hay género de diversion que no nos falte: no hay especie de comodidad de que no carezcamos. "¿Qué pais es este?" me decia no hace un mes un estrangero que vino á estudiar nuestras costumbres. Es de advertir, en obsequio de la verdad, que era francés el estrangero, y que el francés es el hombre del mundo que menos concibe el monotono y sepulcral silencio de nuestra existencia española. — Grandes carreras de caballos, habrá aqui, me decia desde el amanecer: no faltarémos. — Perdone usted, le respondia yo; aqui no hay carreras.—¿No gustan de correr los jóvenes de las primeras casas? ¿No corren aqui siquiera los caballos?...—Ni siquiera los caballos.—Irémos á caza. — Aqui no se caza: no hay dónde, ni qué. — Irémos al paseo de coches.—No hay coches. — Bien: á una casa de campo á pasar el dia. — No hay casas de campo, no se pasa el dia. — Pero habrá juegos de mil suertes diferentes, como en toda Europa... habrá jardines públicos donde se baile; mas en pequeño, pero habrá sus *tívolis*, sus *ranelagh*, sus *campos eliseos*... habrá algun juego para el público. — No hay nada para el público: el público no juega. — Es de ver la

cara de los estrangeros cuando se les dice francamente que el público español, ó no siente la necesidad interior de divertirse, ó se divierte como los sabios (que en eso todos lo parecen) con sus propios pensamientos: creía mi estrangero que yo queria abusar de su credulidad, y con rostro entre desconfiado y resignado, "paciencia, me decia por fin: nos contentarémos con ir á los bailes que den las casas del buen tono y las suarés..." — Paso señor mio, le interrumpí yo: ¿con que es bueno que le dije que no habia gallinas y se me viene pidiendo... En Madrid no hay bailes, no hay suarés. Cada uno habla ó reza, ó hace lo que quiere en su casa con cuatro amigos muy de confianza, y basta.

Nada mas cierto sin embargo que este tristísimo cuadro de nuestras costumbres. Un dia solo en la semana, y eso no todo el año, se divierten mis compatriotas: el lunes, y no necesito decir en qué: los demas dias examinemos cuál es el público recreo. Para el pueblo bajo el dia mas alegre del año redúcese su diversion á calzarse las castañuelas (digo calzarse porque en ciertas gentes las manos parecen pies), y agitarse violentamente en medio de la calle, en corro, al desapacible son de la ágria voz y del desigual pandero. Para los elegantes todas las corridas de caballos, las partidas de caza, las casas de campo, todo se encierra en dos ó tres tiendas de la calle de la Montera. Alli se pasa alegremente la mañana en contar las horas que faltan para irse á comer; si no hay sobre todo gordas noticias de Lisboa, ó si no dan en pasar muchos lindos talles de quien murmurar, y cuya opinion se

pueda comprometer, en cuyos casos varía mucho la cuestion y nunca falta que hacer.—¿Qué se hace por la tarde en Madrid? — Dormir la siesta. —¿Y el que no duerme, qué hace? — Estar despierto; nada mas. Por la noche, es verdad, hay un poco de teatro, y tiene un elegante el desahogo inocente de venir á silbar un rato la mala voz del bufo caricato, ó á aplaudir la linda cara de la *altra prima donna:* pero ni se proporciona tampoco todos los dias, ni se divierte en esto si no un muy reducido número de personas, las cuales, entre paréntesis, son siempre las mismas, y forman un pueblo chico de costumbres estrangeras, embutido dentro de otro grande de costumbres patrias, como un cucurucho menor metido en un cucurucho mayor.

En cuanto á la pobre clase media, cuyos límites van perdiéndose y desvaneciéndose cada vez mas, por arriba en la alta sociedad, en que hay de ella no pocos intrusos, y por abajo en la capa inferior del pueblo, que va conquistando sus usos, esa solo de una manera se divierte. ¿Llegó un dia de dias? ¿Hubo boda? ¿Nació un niño? ¿Diéronle un empleo al amo de la casa? que en España ese es el grande alegron que hay que recibir. Solo de un modo se solemniza. Gran coche de alquiler, decentemente regateado; pero mas gran familia: seis personas coge el coche á lo mas. Pues entra papá, entra mamá, las dos hijas, dos amigos íntimos convidados, una prima que se apareció alli casualmente, el cuñado, la doncella, un niño de dos años y el abuelo; la abuela no entra porque murió el mes anterior. Ciérrase la portezuela entonces con la mis-

ma dificultad que la tapa de un cofre apretado para un largo viaje, y á la fonda. La esperanza de la gran comida, á que se va aproximando el coche mal que bien, aquello de andar en alto, el rubor de las jóvenes que van sentadas sobre los convidados, y la ausencia sobre todo del diurno puchero, alborotan á nuestra gente en tal disposicion, que desde media legua se conoce el coche que lleva á la fonda á una familia de enhorabuena.

Tres años seguidos he tenido la desgracia de comer de fonda en Madrid, y en el dia solo el deseo de observar las variaciones que en nuestras costumbres se verifican con mas rapidez de lo que algunos piensan, ó el deseo de pasar un rato con amigos, pueden obligarme á semejante despropósito. No hace mucho sin embargo que un conocido mio me quiso arrastrar fuera de mi casa á la hora de comer. —Vamos á comer á la fonda.—Gracias; mejor quiero no comer.—Comerémos bien; irémos á Geneys: es la mejor fonda.—Linda fonda: es preciso comer de seis ó siete duros para no comer mal. ¡Qué aliciente hay alli para ese precio? Las salas son bien feas: el adorno ninguno: ni una alfombra, ni un mueble elegante, ni un criado decente, ni un servicio de lujo, ni un espejo, ni una chimenea, ni una estufa en invierno, ni agua de nieve en verano, ni... ni Burdeos, ni Champagne... Porque no es Burdeos el Valdepeñas, por mas raiz de lirio que se le eche.—Irémos á los Dos Amigos.—Tendrémos que salirnos á la calle á comer, ó á la escalera, ó llevar una cerilla en el bolsillo para vernos las caras en la sala larga.—A

cualquiera otra parte. Crea usted que hoy nos van á dar bien de comer. — ¿Quiere usted que le diga yo lo que nos darán en cualquier fonda á donde vayamos? Mire usted, nos darán en primer lugar mantel y servilletas puercas, vasos puercos, platos puercos, y mozos puercos: sacerán las cucharas del bolsillo, donde estan con las puntas de los cigarros: nos darán luego una sopa que llaman de yerbas, y que no podria acertar á tener nombre mas alusivo: estofado de vaca á la italiana, que es cosa nueva: ternera mechada, que es cosa de todos los dias: vino de la fuente: aceitunas magulladas: frito de sesos y manos de carnero, hechos aquellos y estos á fuerza de pan: una polla que se dejaron otros ayer, y unos postres que nos dejarémos nosotros para mañana. — Y tambien nos llevarán poco dinero, que aqui se come barato. —Pero mucha paciencia, amigo mio, que aqui se aguanta mucho.

No hubo sin embargo remedio: mi amigo no daba cuartel, y estaba visto que tenia capricho de comer mal un dia. Fue preciso, pues, acompañarle, é ibamos á entrar en los Dos Amigos, cuando llamó nuestra atencion un gran letrero nuevo que en la misma calle de Alcalá y sobre las ruinas del antiguo figon de Perona dice: *Fonda del Comercio.*—¿Fonda nueva?—Vamos á ver. En cuanto al local, no les da el naipe á los fondistas para escoger local: en cuanto al adorno, nos cogen acostumbrados á no pagarnos de apariencias: nosotros decimos: ¡como haya que comer, aunque sea en el suelo! Por consiguiente nada nuevo en este punto en la fonda nueva.

Chocónos sin embargo la diferencia de las ca-

ras de ahora, y que hace medio año se veían en aquella casa. Vimos elegantes, y diónos esto escelente idea. Realmente hubimos de confesar que la fonda nueva es la mejor; pero es preciso acordarnos de que la Fontana era tambien la mejor cuando se instaló: esta será, pues, otra Fontana dentro de un par de meses. La variedad que hoy en platos se encuentra cederá á la fuerza de las circunstancias; lo que nunca podrá perder será el servicio: la fonda nueva no reducirá nunca el número de sus mozos, porque es dificil reducir lo poco: se ha adoptado en ella el principio admitido en todas; un mozo para cada sala, y una sala para cada veinte mesas.

Por lo demas no deja de ofrecer un cuadro divertido para el observador oscuro el aspecto de una fonda. Si á su entrada hay ya una familia en los postres, ¿qué efecto le hace al que entra frio y sereno el ruido y la algazara de aquella gente toda alborotada porque ha comido? ¡Qué miserable es el hombre! ¿De qué se rien tanto? ¿Han dicho alguna gracia? No señor; se rien de que han comido, y la parte fisica del hombre triunfa de la moral, de la sublime, que no debiera de estar tan alegre solo por haber comido. —Alli está la familia que trajo el coche... ¡Apartemos la vista y tapemos los oidos por no ver, por no oir!!

Aquel jóven que entra venia á comer de medio duro; pero se encontró con veinte conocidos en una mesa inmediata: dejóse coger tambien por la negra honrilla, y solo por los testigos pide de á duro. Si como son solo conocidos fuera una muger, á quien quisiera conquistar, la que en

otra mesa comiera, hubiera pedido de á doblon: á pocos amigos que encuentre, el infeliz se arruina. ¡Necio rubor de no ser rico! ¡Mal entendida vergüenza de no ser calavera!

¿Y aquel otro? Aquel recorre todos los dias á una misma hora varias fondas: aparenta buscar á alguien: en efecto, algo busca: ya lo encontró: alli hay conocidos suyos: á ellos derecho: primera frase suya: —¡Hombre! ¿Ustedes por aqui?—Coma usted con nosotros, le responden todos.—Escúsase al principio: pero si habia de comer solo... un amigo á quien esperaba no viene... Vaya, comeré con ustedes. Dice por fin, y se sienta. ¡Cuán agenos estaban sus convidadores de creer que habian de comer con él! Él sin embargo sabia desde la víspera que habia de comer con ellos: les oyó convenir en la hora, y es hombre que come los mas dias de oidas, y algunos por haber oido.

¿Qué pareja es la que sin mirar á un lado ni á otro pide un cuarto al mozo y?... Pero es preciso marcharnos; mi amigo y yo hemos concluido de comer: cierta curiosidad nos lleva á pasar por delante de la puerta entornada donde ha entrado á comer sin testigos aquel oscuro matrimonio... sin duda... Una pequeña parada que hacemos alarma á los que no quieren ser oidos, y un portazo dado con todo el mal humor propio de un misantropo nos advierte nuestra indiscrecion y nuestra impertinencia. Paciencia, salgo diciendo: todo no se puede observar en este mundo; algo ha de quedar oscuro en un cuadro: sea esto lo que quede en negro en este artículo de costumbres de la Revista Española.

R. E.—Número 91.—3 *de Setiembre.*—1833.

POESÍAS

DE

DON FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.

Es tan conocido el mérito del autor de esta nueva coleccion poética, son tan justamente apreciados en España y fuera de ella los varios ensayos didácticos y composiciones dramáticas que en anteriores tomos ha publicado, que no es mucho que entremos con respeto y miedo á juzgar al que puede juzgar á los demas. El justo criterio, el gusto depurado son las dotes que mas brillan en sus escritos; pero no contento el señor Martinez de la Rosa con haber indicado el camino que deben trillar los que á la gloria inmortal de poetas aspiren, nos quiere dar el ejemplo al lado de la admonicion. Harta empresa es esa para un solo hombre. No presta el cielo al mismo tiempo la fria severidad del crítico y la ardiente imaginacion del vate, y mal pudiera prestarlas sin contradecir sus propias leyes. Si alguna vez, pues, se ven ambas calidades reunidas puede reputarse fenómeno. Recorramos la lista de los primeros poetas; no hallarémos en esa á los grandes didácticos: preceptos será lo que en sus obras encontrarémos, preceptos de inspiracion; rara vez preceptistas. Homero, Virgilio, Anacreonte, Píndaro, Taso, Milton &c. &c., se

contentaron con la parte que les tocó; verdad es que les tocó lo mas, porque nunca harán los preceptos un poeta. Recorramos por otra parte las obras de los grandes maestros del arte. Aristóteles hubiera probado á entonar la trompa épica; en valde hubiera ensayado á observar sus mismas reglas. Longino, que tan bien entendió el sublime, no hubiera dado nunca con él. El severo Boileau quiso pulsar la lira, y Apolo la rompió en sus débiles manos; toda su oda á la toma de Namor puede darse por el peor concepto de su arte poética. La Harpe dió modelos, pero modelos de escuela. En una palabra, la cabeza puede aventajarse en el hombre, pero es por lo regular á costa del corazon. Dos nombres colosales, que son los que mas acaso á la perfeccion en distintos géneros se han acercado, pudieran citarse como poderosas escepciones de nuestro aserto. Horacio y Voltaire. Esto sin embargo podria ser objeto de larga discusion en que no podemos entrar ahora; en ella apareceria tal vez que el Horacio del arte poética y de las sátiras no es el Horacio de las odas, que el Voltaire prosista es infinitamente superior al Voltaire autor cómico, trágico y épico.

En beneficio del señor don Francisco Martinez pueden solo resultar estas breves observaciones, á que la lectura grata de su libro da lugar. Nadie puede dudar del alto puesto que entre los preceptistas ocupa; y de su talento poético no serémos ciertamente nosotros los que dudemos. Y no decimos tampoco que el señor Martinez es poeta porque creamos que otros lo duden, sino porque en decirlo gozamos y en repetirlo, noso-

tros sobre todo, que juzgarêmos al autor con sus mismas leyes, y que abundamos afortunadamente en sentadas opiniones suyas. Sentimiento, intencion, es lo que buscamos en el poeta: sentimiento, intencion, encontramos en el señor Martinez de la Rosa. "No remontemos, dice el autor en su prólogo, tan desacordadamente el concepto y la frase, que cueste trasudores el entendernos." "No recuerdo un solo rasgo sublime, dice en otra parte, en cualquiera lengua que sea, que no esté espresado con sencillez." Esta idea, adoptada por nuestro poeta y tan bien seguida en su Edipo; esta imitacion de la griega sencillez es la que distingue sus obras poéticas de las demas de su época: la oscura ampulosidad es una montaña que abruma nuestra poesía: nada mas necesario que el que se resuelvan los jóvenes en fin á segregar del fruto precioso el lujurioso pámpano que le ahoga. No es la palabra la sublime: séalo el pensamiento; parta derecho al corazon; apodérese de él, y la palabra lo será tambien. "Hágase la luz, dijo Dios, y fue la luz." Nada hay escrito mas sublime; nada sin embargo menos ampuloso. Oigamos otra espresion grande y sencilla. Muere una muger, y esclama su amiga: "¡Con que esta es la primera noche que vas á pasar en la tierra!" ¡Qué apóstrofe hay mas enérgico! ¡Qué formas sin embargo mas sencillas! Todas las palabras son sublimes cuando la pasion las emplea. Siguiendo estos principios, es dificil ser á veces mas poeta que el autor de esta coleccion. ¡Hay ternura en sus composiciones, sentimiento en sus versos, profundidad á veces! Dulce y melancólica filosofia. Bien quisiéramos citar algunos

trozos de los que han señoreado en su lectura nuestro corazon. Pero el público se hará con estas poesías, y citar fragmentos fuera imponernos la dificil tarea de la eleccion. Respondemos que serán leidas con placer por los que abriguen sentimiento; con entusiasmo por los que recibieron del cielo la sensibilidad como primera condicion de su existencia.

Una cosa confesarémos á nuestro pesar: uno de los géneros á que mas lugar ha dado en su tomo el señor Martinez de la Rosa ha sido un género desgastado ya; un género en que tanto y tan bueno se ha escrito que es harto dificil sobresalir en él. No es decir esto que sus composiciones ligeras no puedan competir con las de Anacreonte, con las de Gesner, con las de Melendez; pero la tendencia del siglo es otra: si las sociedades nacientes alimentan su imaginacion con composiciones ligeras, las sociedades gastadas necesitan sensaciones mas fuertes. Acaso en esto lleve el poeta ventaja á la sociedad en que vive; acaso las causas de la decadencia de este género no hacen favor á los adelantos de la civilizacion; pero no por eso es menos cierto que buscamos mas bien en el dia la importante y profunda inspiracion de Lamartine, y hasta la desconsoladora filosofia de Byron que la ligera y fugitiva impresion de Anacreonte.

Los versificadores que solo hacer versos saben, mas no sentirlos, podrán tachar de poco robustos algunos del autor; nosotros aunque conocemos la necesaria cooperacion de la mas completa armonia posible en la poesía, pasamos ligeramente sobre ese reproche, y siempre daré-

mos la preferencia en todo caso á las ideas.

Concluirémos dando el parabien al señor Martinez de la Rosa por su nueva publicacion, y deseando que la juventud estudiosa saque tanto partido de su ejemplo como de las lecciones con que en obras anteriores ha sabido hacerse el órgano del buen gusto, y el honor de su patria, que colocará su nombre en la corta lista de los que en el dia pueden retribuirla, gloria sólida é imperecedera.

LAS CASAS NUEVAS.

La constancia es el recurso de los feos, dice la célebre Ninon de Lenclos en sus lindas cartas al marqués de Sevigne: las personas de mérito que saben que donde quiera han de encontrar ojos que se prenden de ellas, no se curan de conservar la prenda conquistada: los feos, los necios, los que viven seguros de que dificilmente podrán encontrar quien llene el vacío de su corazon, se adhieren al amor, que una vez por acaso encontraron, como las ostras á las peñas que en el mar las sostienen y alimentan.

Estos son generalmente los que temerosos de perder el bien, que conocen no merecer, preconizan la constancia, la erigen en virtud, y hacen con ella el tormento de una vida que deben llenar la variedad y la sucesion de sensaciones tan vivas como diferentes.

Aquella máxima de coqueta, al parecer ligera, si no es siempre cierta, porque no á todos les es dado el poder ser inconstantes, es sin embargo profunda y filosófica, y aun puede, fuera del amor, encontrar mas de una exacta aplicacion. Pero mi propósito no es hundirme en consideraciones metafisicas acerca del amor: tengamos lástima al que le ha dejado tomar incremento en su corazon, y pasemos como sobre áscuas sobre tan quisquilloso argumento. El hecho es que no tenia yo la edad todavía de querer ni-

de ser querido, cuando entre otras varias obras francesas que en mis manos cayeron, hacia ya un papel muy principal la de la famosa cortesana citada. Chocóme aquella máxima, y fuese pueril vanidad, fuese temor de que por apocado me tuviesen, adoptéla por regla general de mis aficiones. Tuve que luchar en un principio con la costumbre, que es en el hombre hija de la pereza y madre de la constancia. El hombre efectivamente se contenta muchas veces con las cosas tales cuales las encuentra, por no darse á buscar otras, como se figura acaso dificil encontrarlas; una vez resignado por pereza, se aficiona por costumbre á lo que tiene y le rodea; y una vez acostumbrado, tiene la bondad de llamar constancia á lo que es en él casi naturaleza. Pero yo luché, y al cabo de poco tiempo de ese empeño en cerrar mi corazon á las aficiones que pudieran llegar á dominarle, agregado esto á la necesidad de viajar y variar de objetos, en que las revoluciones del principio del siglo habian puesto á mi familia, lograron hacer de mí el sér mas veleidoso que ha nacido. Pesándome de ver á las mismas gentes todos los dias, no hay amigo que me dure una semana; no hay tertulia á donde pueda concurrir un mes entero; no hay hermosa que me lo parezca todos los dias, ni fea que no me encante una vez siquiera al mes: esto me hace disfrutar de inmensas ventajas, porque solo se puede soportar á las gentes los quince primeros dias que se las conoce. ¡Qué de atenciones en ellas! ¡Qué de sinceros ofrecimientos! ¿Pasaron aquellos? ¿Se intimó la amistad? ¡A Dios! como ya de cualquier modo tienen cum-

plido con usted todos son desaires, todas crudas y acedas respuestas. Pesándome de comer siempre los mismos alimentos, hoy como á la francesa, mañana á la inglesa, un dia ceno y otro meriendo; ni tengo horas fijas, ni hago comida con concierto. Y esto tiene la ventaja de predisponerme para el cólera. Pesándome de hablar siempre en español, tengo amigos franceses solo para hablar en francés una hora al dia: me trato con los operistas para hablar una vez á la semana en italiano: aprendí griego por conocer una lengua que no habla nadie; y sufro las impertinencias de un inglés, á quien trato, por darme á entender en el idioma en que decia Cárlos V que hablaria á los pájaros. Pesándome de que me llamen todos los dias, desde el año 9 en que nací, por el mismo apellido, cien veces dejé aquel con que vine al mundo, y ora fui el *Duende satírico*, ora el *Pobrecito hablador*, ora el *Bachiller Munguía*, ora *Andrés ni por esas*, ora *Fígaro*, ora... y qué sé yo los muchos nombres que me quedarán aun que tomar en los muchos años que, Dios mediante, tengo hecho propósito de vivir en este bajo suelo; porque si alguna cosa hay que no me canse es el vivir, y si he de decir la verdad, consiste esto en que á fuerza de meditar he venido á conocer que solo viviendo podré seguir variando. Por último, y vengamos al asunto, pesándome de vivir todos los dias en una misma casa, la vista de un cuarto desalquilado hace en mi ánimo el mismo efecto que produce la picadura del pez en el corazon del anhelante pescador que le tiende el cebo. Corro á mi casa, pongo en movimiento á mi

familia, hágome la ilusion de que emprendo un viaje, y de cuartel en cuartel, de calle en calle, de manzana en manzana, y hasta de piso en piso, recorro alegremente y reconozco los mas recónditos escondrijos y rincones de esta populosa ciudad. Si la casa es grande: — "¡Qué hermosura! esclamo; esto es vivir con desahogo, esto es lujo y magnificencia." Si es chica: "Gracias á Dios, me digo, que salí de esos eternos caserones que nunca bastan muebles para ellos; esta es á lo menos recogida, reducida, propia, en fin, del hombre tan reducido tambien y limitado." Si es cuarto bajo: "No tiene escalera, digo, y el hombre no ha nacido para vivir en las estrellas." Si es alto el piso: "¡Bendito sea Dios, qué claridad, qué ventilacion, y qué pureza de aires!" Si es caro: "¿Qué importa? lo primero es tener buena habitacion." Si es barato: "Mejor; con eso emplearé en galas lo que habia de invertir en mi vivienda."

Nadie, pues, mas feliz que yo, porque en cuanto á las habladurías y murmuraciones del mundo perecedero, asi me cuido de ellas como de ir á la Meca. Pero es el caso que tengo un amigo que es de esos hombres que se dejan impresionar facilmente por la última persona que oyen, de esos caractéres débiles, flojos, apáticos, irresolutos, de reata, en fin, que componen el mayor número en este mundo, que nacieron por consiguiente para obedecer, callar y ser constantemente víctimas, y cuya debilidad es la mas firme columna de los fuertes.

Oyóme este amigo las reflexiones que anteceden, y vean ustedes á mi hombre descontento ya

con cuanto le rodea: ya que no lo puede mudar todo, quiere cuando menos mudar de casa, y hétele buscando conmigo papeles en los balcones de barrio en barrio, porque esta es muy de antiguo la señal que distingue las habitaciones alquilables de esta capital, sin que yo haya podido dar hasta ahora con el orígen de esta conocida costumbre, ni menos con la de poner los papeles en las esquinas de los balcones cuando la casa es solo alquilable para huéspedes.

Las casas antiguas, dijimos, que van desapareciendo de Madrid rapidísimamente, estan reducidas á una ó dos enormes piezas y muchos callejones interminables; son demasiado grandes; son oscuras por lo general á causa de su mala reparticion y combinacion de entradas, salidas, puertas y ventanas.

Dirijímonos, pues, á ver las casas nuevas; esas que surgen de la noche á la mañana por todas las calles de Madrid; esas que tienen mas balcones que ladrillos y mas pisos que balcones; esas por medio de las cuales se agrupa la poblacion de esta coronada villa, se apiña, se sobrepone y se aleja de Madrid, no por las puertas, sino por arriba, como se marcha el chocolate de una chocolatera olvidada sobre las brasas. La poblacion que se va colocando sobre los límites que encerraron á nuestros abuelos, me hace el efecto del helado que se eleva fuera de la copa de los sorbetes. El caso es el mismo: la copa es pequeña y el contenido mucho.

Muchas casas y muy lindas vimos. Mi amigo observó con razon que se sigue en todas el método antiguo de construccion: sala, gabinete, y al-

coba pegada á cualquiera de estas dos piezas; y siempre en la misma cocina, donde se preparan los manjares, colocado inoportuna y puercamente el sitio mas desaseado de la casa. ¿No pudiera darse otra forma de construccion á las casas, de suerte que este sitio quedase separado de la vivienda, como en otros paises lo hemos visto constantemente observado? ¿No pudieran llegarse á desusar esos vidrios horribles, desiguales, pequeños, unidos por plomos, generalmente invertidos en las vidrieras? ¿No se les podrian sustituir vidrios de mejor calidad, de mas tamaño, y unidos sobre todo entre sí con sutiles listones de madera, que harian siempre mejor efecto á la vista y darian mas entrada á la luz? ¿No convendria desterrar esas pesadas maderas que cierran los balcones, llenas de inútiles rebajos y costosas labores, sustituyéndoles puertas ventanas de hojas mas delgadas y lisas? ¿No pudiera introducirse el uso de las comodísimas chimeneas para las casas sobre todo mas espaciosas, como se hallan adoptadas en toda Europa? ¿Tanto perderíamos en olvidar los mezquinos y miserables braseros que nos abrasan las piernas, dejándonos frio el cuerpo y atufándonos con el pestífero carbon, y que son restos de los sahumadores orientales introducidos en nuestro pais por los moros? ¿Qué mal hariamos en desterrar los canelones salientes, cuyo objeto parece ser el de reunir sobre el pobre transeunte, ademas del agua que debia naturalmente caerle del cielo, toda la que no debia caerle, y en sustituirles los conductos vertederos semejantes á los de Correos, pegados á la pared?

Los caseros mas que al interés público consultan el suyo propio: *aprovechemos terreno;* ese es su principio: *apiñemos gente en estas diligencias paradas, y vivan todos como de viaje:* cada habitacion es en el dia un baul en que estan las personas empaquetadas de pie, y las cosas en la posicion que requiere su naturaleza: tan apretado está todo, que en caso de apuro todo podria viajar junto sin romperse. Las escaleras son cerbatanas, por donde pasa la persona como la culebra que se roza entre dos piedras para soltar su piel. Un poco mas de hombre ó un poco menos de escalera, y serán una sola cosa hombre y escalera.

Pero sigamos la historia de mi amigo. No bien hubo visto la blancura de una de las casas nuevas, la monería de las acomodadas piececitas, el estado de novedad de las habitaciones del piso tercero, alborózase y: *¡este cuarto es mio!* esclama. — Pero acabémosle de ver. — Nada; inútil, quiero casa nueva, casa nueva; no hay remedio. — De alli á media hora estábamos ya en casa del casero. Inútil es decir que el casero tenia mala cara; todos la tienen: es la primera cosa que hacen en comprando casa; á lo menos tal nos parece siempre á los inquilinos, sin que esto sea decir que no pueda ser ilusion de óptica. — ¿Qué tiene usted que mandarme?... — ¿Usted es el dueño de la casa que se está haciendo?... — Sí señor. —Hay varios cuartos en la casa.—Estan dados.— ¡Cómo! si no estan hechos... — Ahí verá usted.— ¿Pero no habria?... —Un tercero queda. — Bueno; he dicho que quiero casa nueva. — No es tampoco de los mas altos, caballero: no tiene mas que

noventa y tres escalones y un tramito. — Ya se ve que no es mucho: se baja uno á Madrid en un momento; quiero casa nueva. — ¿Pagará usted adelantado?—Hombre, ¿adelantado? A mí nadie me paga adelantado.—Pues déjelo usted.—¡Ah! no, eso no; bien; pagaré ¿un mes? — Tres meses ó seis.—Pero hombre...—Dejarlo.—No; bien, bien; ¿cuánto renta? Es tercero, y tiene pocas piezas y estrechas, y... — Diez reales diarios; dé usted gracias que no se le pone en doce. — ¡Diez reales!—Si no acomoda...—Sí señor, sí. ¡Cómo ha de ser! ¡Casa nueva!—Fiador.—¿Fiador?—Y abonado.—Bueno; ¡paciencia! Tengo amigos; el marqués de... — ¿Marqués? no, no señor. — El coronel de... — ¿Militar? menos.—Un Mayordomo de semana.—¿Tiene fuero? no señor. — Pero hombre, ¿adónde he de ir á buscar?... — Ha de tener casa abierta. — Pero si yo no me trato con taberneros, ni... — Pues dejarlo. — ¡Voto va!

No hubo mas remedio que buscar el fiador: ya daba mi amigo la mudanza á todos los diablos. Venciéronse por fin las dificultades; ya cogió las llaves, y cogió al celador, y cogió el padron, y cogió... ¿qué habia de coger por último? el cielo con las manos, lectores mios. Comenzó la mudanza: el sofá no cupo por la escalera; fué preciso izarle por el balcon, y en el camino rompió los cristales del cuarto principal, los tiestos del segundo, y al llegar al tercero, una de sus propias patas, que era precisamente la que le habia estorbado; si se hubiera roto al principio, pleito por menos; fue preciso pagar los daños: el bufete entró como taco en escopeta, haciendo mas allá la pared á fuerza de rascarle

el yeso con las esquinas: la cama del matrimonio tuvo que quedarse en la sala, porque fue imposible meterla en la alcoba: el hermano de mi amigo, que es tan alto como toda la casa, se levantó un chichon, en vez de levantar la cabeza, con el techo que estaba hombre en medio con el piso. En fin, mal que bien, estuvo ya la casa adornada; pero ¡oh desgracia! Mi amigo tiene un suegro sumamente gordo: verdad es que es monstruoso; y es hombre que ha menester dos billetes en la diligencia para viajar: como á este no se le podia romper pata como al sofá, no hubo forma de meterlo en casa. ¿Qué medio en este conflicto? ¿Reñir con él y separarse porque no cabe en casa? no es decente. — ¿Meterlo por el balcon? no es para todos los dias. ¡Santo Dios! ¡que no se hagan las casas en el dia para los hombres gordos! En una palabra, desde ayer estan los trastos dentro: mi amigo en la escalera mesándose los cabellos, luchando entre la casa nueva y el amor filial; y el viejo en la calle esperando, ó á perder carnes, ó á ganar casa.

R. E.—Número 98.—*27 de Setiembre.*—1833.

REPRESENTACION

DE

LA FONDA, Ó LA PRISION DE ROCHESTER,

COMEDIA EN UN ACTO;

Y DE LAS ACEITUNAS,

ó una desgracia de Federico II.=Idem.

Era tiempo de peste en Cádiz, y daba su parte á la autoridad un sargento que estaba de faccion en Puerta de tierra, diciendo en los términos siguientes: "Sin novedad: hoy han salido por esta puerta veinte muertos con sus respectivos cadáveres, Sargento fulano."—Eso mismo decimos hoy nosotros al público al darle parte de las dos funciones nuevas que acabamos de ver desaprobadas con tanta razon por el auditorio. "Sin novedad: se han representado en este teatro dos comedias con sus respectivas silbas:" que silbas y comedias son cosas ya tan inseparables como cadáver y muerto.

Pero vamos á la primera cosa que se representó en esta funesta noche. Casóse un labrador, y proponíase tener muchos hijos; tantos que le

pareció venir allí de molde un libro de memorias, donde pudiera ir apuntando sus nombres y no confundirse él, ni confundirlos jamas. Encuadernó, pues, su libro en blanco, é iba apuntando asi: "Hijos del labrador Anton Antunez: el primer hijo, no fue hijo, sino hija."

Lo mismo decimos nosotros: comedias del 24: la primer comedia, no fue comedia, sino farsa. Júzguelo sino el lector. El caso ocurre en Lóndres en tiempo de no sé qué príncipe, que acaba de desterrar á su favorito el conde de Rochester, por ciertas sátiras que el señor conde se ha tomado la libertad de escribir en mala hora, en peor sazon, y en aciago dia. El conde, que es hombre taimado, asi se cuida de cumplir su destierro como de adorar el zancarron de Mahoma. El príncipe le destierra; pero él no se da por desterrado. Todo lo contrario; quédase el conde escondido; y ¿dónde les parece á ustedes que se esconde? En alguna guardilla ó sótano, en algun... nada de eso: escóndese en medio de una fonda pública que ha arrendado y beneficia en persona: ¿quién le ha de conocer allí? En las fondas de Lóndres no se conoce á nadie. Esto parece una paradoja; pero el hecho es que un constable encargado de prender al desterrado, y que lleva sobre sí todas sus señas, le ve, le habla, y no le conoce. Entretanto el príncipe, que está cansado de los pesados cargos del gobierno, ó que acaso ha encontrado alguna mosca en la sopa y anda torcido con su cocinero, coge la capa y el sombrero, y vase á comer á la fonda como si fueran los dias de su muger. ¿Y á qué fonda ha de ir el príncipe? á la mis-

ma que ha arrendado Rochester. El príncipe acaba de comer, y como habia de tomar café para despejarse la cabeza, se pone á hacer versos, como chico que acaba su plana, porque el príncipe es poeta, por mas que parezca imposible. Acaba su composicion éste, que deberá ser alguna anacreóntica, y consulta á un muchacho de paja y cebada de la fonda, que hace tambien versos. En tanto Rochester soborna al ayuda de cámara del príncipe, el cual no hace versos, pero hace cuanto le mandan, que es mucho mejor. De alli á poco viene el constable y quiere prender al príncipe creyéndole Rochester. El príncipe, temblando que le lleven á la cárcel y le den azotes por haber hecho novillos de su oficio de gobernar y haber traido la vida del hombre malo comiendo de figon en figon, imagina la idea de darle al constable un papel con su firma, donde está el perdon del conde. Este, que anda á caza de descuidos por este estilo, atrapa el papel, y con esta superchería queda perdonado. En celebridad se casa la muchacha de la fonda con el mancebo de los versos, porque ya hemos dicho que en esta farsa todos son poetas menos el autor. Casada la chica, perdonado el conde, se acaba la comedia y empieza la silba.

Seguía la apuntacion del labrador Anton Antunez, y decia: "El segundo hijo murió al nacer, por lo cual no fue hijo ni hija." La segunda comedia, pues, fue todo mentira: ni fue cierta ni verosimil. Federico de Prusia acaba de ser derrotado por los rusos, gente descomunal ya desde aquellos tiempos: y se echa á buscar solo y de incógnito casa de huéspedes por los pueblos

de la comarca. Llega á uno donde mete mucho ruido un pleito sobre unas aceitunas (que por lo malas deben de ser de la fonda de Rochester arriba espresada). Un sargento prusiano dejó al partir para la guerra ocho años antes, un barril de aceitunas en depósito á un vecino del pueblo, pero dejó tambien oculta en el barril una suma de dinero. El taimado depositario le vuelve á su regreso las aceitunas mas no las monedas. En el momento en que acaba de llegar Federico, ha sentenciado el pleito en favor del infiel depositario un majadero, es decir, un alcalde del pueblo. El rey, que está desocupado, ya que no pudo ganar la batalla, se empeña en ganar el pleito: un muchacho que es muchacha, y á quien le sucede lo mismo que al hijo de Anton Antunez, porque le representa la señora Castillo vestida de hombre, da en conocer la falsedad del depositario al notar que las aceitunas son frescas, cosa imposible llevando ocho años de depósito; lo cual es una prueba convincente de que anduvo en las aceitunas la mano del gato, ó la del depositario, que gatos y depositarios se van allá. El rey, pues, hace justicia seca, entre polvo y polvo, porque Federico tomaba mucho tabaco; y castigado el vicio, y recompensada la virtud, y dicha la moraleja, de la cual se deduce que es muy peligroso cambiar las aceitunas cuando se trata de robar, y comenzada de nuevo la batalla, que suena en el teatro á vejigas reventadas, y descubierto el rey, y quedándose solo en majadero el que era antes majadero y alcalde todo junto, cae la cortina, lo que comunicamos al público para su satisfaccion. Aqui

vuelve á empezar el estrivillo de la silba con que rematan ahora todas las piezas.

¿Dónde hemos leido nosotros que poseía el teatro tantas comedias nuevas para la próxima temporada cómica? Por la cruz que tenemos á cuestas con este teatro, no lo creemos, y no lo creemos porque recordamos cierto caso que queremos contar á nuestros lectores, ya que con tanta comezon de contar nos encontramos hoy. Reñian un andaluz y otro andaluz, el uno mas feo que el otro, y echábanse á la cara mil denuestos, cuando cansado ya el uno del mucho vocear, y del no decirse nada en limpio, empínase en las puntas de los pies, y dícele á su adversario: — Pero ¿qué habla usted ahí, compadre? si todo el mundo sabe que usted es hombre de dos caras. A lo que repuso el menos feo, no bien lo hubo oido: — Amigo, siento mucho no poder decir á usted otro tanto. — ¿Y por qué? diga usted, preguntó el feo. — Porque si usted tuviera otra cara, repuso el chulo, no le veriamos nunca esa que trae hoy.

Si tuviera el teatro buenas comedias, ¿cómo le habiamos de ver nunca esos harapos de farsa que nos enseña?

R. E.—Número 104.—13 de Octubre.—1833.

VARIOS CARACTÉRES.

No siempre está en mano del hombre el coordinar sus ideas y formar con ellas una obra arreglada, con principio, medio y fin. ¿A quién no le habrá sucedido repetidas veces abrir un libro, leer maquinalmente y no poder establecer entre lo escrito y su cabeza ninguna especie de comunicacion, cerrar el libro y no poderse dar cuenta de lo que ha leido? En estos casos, que muy á menudo me suceden, suelo echar mano del sombrero y la capa, y no pudiendo fijar mi atencion en una sola cosa, trato de fijarla en todas: sálgome á la calle, éntrome por los cafés, vóime á la Puerta del Sol, á Correos, al Museo de Pinturas, á todas partes, en fin, y en ninguna puedo decir que estoy en realidad. Cualquiera me conocerá en estos dias en que el fastidio se apodera de mi alma, y en que no hay cosa que tenga á mis ojos color, y menos, color agradable. En estos dias llevo cara de filósofo, es decir, de mal humor; una sonrisa amarga de indiferencia y despego á cuanto veo se dibuja en mis labios; llevo conmigo un lente, no porque me sirva, pues veo mejor sin él, sino para poder clavar fijamente el objeto que mas me choca, que un corto de vista tiene licencia para ser desvergonzado; no saludo á ningun amigo ni conocido que encuentro, porque esto sería hacer yo tambien un papel en la comedia de que pretendo ser únicamente espectador, y que solo para diver-

tirme á mí creo por entonces que representa el mundo entero. Mala crianza será, pero me acerco á escuchar conversaciones de corrillos: es de advertir que cuando el tedio me abruma con su peso, no puedo tener mas que tedio. Recibo insensible las impresiones de cuanto pasa á mi alrededor; á todas me dejo amoldar con indiferencia y abandono; en semejantes dias no hay hermosas para mí, no hay feas, no hay amor, no hay odio.

Esta es la razon por que me fuera imposible hacer hoy un artículo de costumbres medianamente coordinado: si ha menester plan, si necesita reflexion la cosa que hoy emprenda, inútil me es emprenderla; conozco que no he de poder llevarla á cabo.—Acaso encontraria, investigando metafísicamente mi corazon, la causa que ha podido ponerme hoy en esta estraña disposicion de ánimo; pero este trabajo me cansaria, y he dicho que no quiero hacer hoy impresiones, sino recibirlas. En estos dias es, sin embargo, cuando colocado detras de mi lente, que es entonces para mí el vidrio de la literna mágica, veo pasar el mundo todo delante de mis ojos; é imparcial, ageno de consideracion que á él me ligue, véole tal cual se presenta en cada fisonomía, en cada accion que observo indolentemente.

—¿Qué hace don Julian en ese café? Todos los dias viene al dar las cuatro: el mozo no ha menester que le hablen una palabra: apenas se ha colocado aquel en su silla, ya tiene la cafetera encima de la mesa. Toma, paga, y se duerme. Esa es la principal ocupacion de don Julian. Tomar café una vez cada dia.

—¿Y qué hace en el café aquel viejo? Treinta años ha que viene: todas las tardes juega su partida de agedréz: todas las tardes se la ven jugar aquellos cuatro originales que tiene en derredor: ni él hace mas en la vida, ni ellos ven otra cosa. Eso es lo que se llama aislarse en medio del mundo.

—¿Quién es aquel que cruza por aquella esquina? ¡Bello muchacho! Pero no; conforme se acerca cuento las arrugas del rostro. ¡Ah! es un jóven de sesenta años. A las ocho de la mañana sale vestido ya y ceñido, prendido y ajustado: ni una mota, ni una arruga lleva el frac: la bota es un espejo: el guante blanco como la nieve: la corbata no hace un pliegue: el pelo rizado, mejor dirémos pintado: en todos los conciertos, en todos los bailes, en el paseo, en la luneta, erguido siempre, bailando, coqueteando. ¿Nunca se descompone, nunca se ensucia? ¿Qué secreto posee? ¿No le crece nunca la barba? Jamas. Es solo de estrañar que vaya solo; ó acaba de dejar algunas señoras, ó va á buscarlas. Las hablará de la ópera, del figurin, de lo mal que bailó el solo Gasparito; esta es la existencia del viejo verde: miradle contraerse y revolcarse en su vanidad al lado de una hermosa: ¿es una serpiente que se roza contra un árbol? No; el viejo verde al lado de las bellas es una oruga que se desliza por entre las rosas.

—¿Han visto ustedes unas caras paradas, unos ojos mudos, unos corbatines siempre iguales, un vestido regular y uniforme, unos cuerpos, ni elegantes ni mal vestidos, unos brazos que se balancean monotonos, siempre con la regulari-

dad y compas de las aspas de un molino? ¿Saben ustedes que los hombres de esas señas hablen nunca nada que pueda ser referido, escriban nada que deba ser leido, hagan una accion digna de ser imitada? No; esos son oficinistas ó propietarios. Se levantan, fuman, dicen palabras, dan pasos, saludan, entran, salen, se rien (estos nunca lloran), son hombres entre otros hombres. En una palabra, duermen despiertos.

—¿Cómo hace aquel original para llevar hace diez años el mismo frac, abrochado siempre del mismo modo: los mismos guantes: el mismo pañuelo blanco al cuello con el mismo lazo: el mismo pantalon: la misma postura de sombrero... ¿No se desnuda ese hombre? ¿No envejece? Ese es el judío errante.

—¿De qué habla don Cosme? Lo diré: don Cosme viene de la calle de la Paz: alli acude todos los dias á las ocho de la mañana: alarga una mano á la banasta de los periódicos: es un parroquiano á la lectura de papeles á cuarto. Hoy la Revista, mañana el Boletin... Gran noticioso. Ese sabe siempre á punto fijo, de muy buena tinta, los pormenores de la última batalla: sabe si don Miguel está en Coimbra, en Lisboa, ó en Badajoz: entiende muy bien la marcha de Nicolás, que asi llama él con franqueza al autócrata ruso. Suele sucederle luego que los que él supuso entrar vencedores en un punto, entraron en él prisioneros: pero todo es entrar. Estos hombres hablan siempre al oido: contraen la costumbre de suponerse espiados por las grandes cosas que creen decir: de resultas si le encuentran á usted, le dirán al oido muy secreta-

mente:—Buenos dias: beso á usted la mano.

—¿Hay nada mas torpe que estos hombres amigos de usted que le ven parado en una calle, y no conocen que cuando está usted parado es que no quiere andar, que cuando está callado es que no quiere hablar?

—¡Dios me libre de un hombre amable! No iré á su casa, porque me convidará. No le encontraré en la calle, porque vendrá á mí con los brazos abiertos aunque me haya visto ayer; se enganchará de mí, me preguntará de mi salud, de mis hijos, de mis comedias, de mis artículos, de mis... Pero líbreme, aunque sea el diablo, de una muger amable; nunca sabré si me quiere ó si me estima, si es bien criada ó tierna, si... ¡Válgame Dios! y libreme, aunque sea el diablo, de una muger amable: esa me volveria loco.

—Oigan ustedes á don Lucas Mentirola. Ese viene siempre de donde sucede algo. ¿Ha habido fuego? Vengo de allí: hace estragos horrorosos.—¿Ha llegado el tenor nuevo?—Sí, responde, le acabo de dar un abrazo; viene gordo, y su voz es un portento: le hice entrar en un portal y cantar un rato... por mí lo hizo. Es gran muchachon, rubio, alto, ¡estrangero!—Al otro dia se sabe que el tenor no ha llegado, y si ha llegado es chiquito, negro, bizco...—¿Está malo algun sugeto marcado?—Hoy está mejor, dice: se ha reido mucho conmigo: una hora he estado con él.—Luego se averigua que el que tanto se ha reido estaba ya enterrado.—¿Quién es aquel botarate?—¿Aquel? un monstruo; aquel se prevale de la bondad, del candor de la casa donde

le reciben: hay una muger hermosa: nada la dice: sin embargo afecta ir á la casa á horas de franqueza: la acompaña al Prado: en baile ó sarao donde está ella está él: siempre al lado de la hermosa, siempre baila con ella: cuando ella no le ve, finge mirarla con zelos de algun otro; afecta disimulo, que en realidad no puede existir, pues nada hay que disimular. ¿Se retiran? siempre da el brazo á la hermosa. Ella en tanto, á quien nada dice, que nada nota en él de galanteo, está bien lejos de creer que el público malicioso no habla de otra cosa sino de sus amores con fulanito. Fulanito tiene amor propio, no amor. Se contenta con que las gentes crean que es feliz; para él no hay otro modo de serlo. ¡Qué horrible carácter! ¡Qué triste buena fé la de su víctima que no lo conoce!

R. E.—Número 106.—18 *de Octubre.*—1833.

NADIE PASE SIN HABLAR AL PORTERO,

ó

LOS VIAJEROS EN VITORIA.

¿Por qué no ha de tener España su portero, cuando no hay casa medianamente grande que no tenga el suyo? En Francia eran antiguamente los suizos los que se encargaban de esta comision: en España parece que la toman sobre sí algunos vizcainos. Y efectivamente, si nadie ha de pasar hasta hablar con el portero, ¿cuándo pasarán los de allende si se han de entender con un vizcaino? El hecho es, que desde París á Madrid no habia antes mas inconveniente que vencer que 365 leguas, las landas de Burdeos y el registro de la puerta de Fuencarral. Pero héte aqui que una mañana se levantan unos cuantos alaveses (Dios los perdone) con humor de discurrir, caen en la cuenta de que estan en la mitad del camino de París á Madrid, como si dijéramos estorbando, y héte que esclaman:—Pues que, ¿no hay mas que venir y pasar? *Nadie pase sin hablar al portero.* De entonces acá, cada alavés de aquellos es un portero, y Vitoria es un cucurucho tumbado en medio del camino de Francia: todo el que viene entra; pero hácia la parte de acá está el fondo del cucurucho, y fuerza es romperle para pasar.

Pero no ocupemos á nuestros lectores con inútiles digresiones. Amanecia en Vitoria y en Álava uno de los primeros dias del corriente, y amanecia poco mas ó menos como en los demas paises del mundo; es decir, que se empezaba á ver claro, digámoslo asi, por aquellas provincias, cuando una nubecilla de ligero polvo anunció en la carrera de Francia la precipitada carrera de algun carruage procedente de la vecina nacion. Dos importantes viajeros, francés el uno, español el otro, envuelto éste en su capa, y aquel en su capote, venian dentro. El primero hacia castillos en España, el segundo los hacia en el aire, porque venian echando cuentas acerca del dia y hora en que llegar debian á la villa de Madrid, leal y coronada (sea dicho con permiso del padre Vaca). Llegó el veloz carruage á las puertas de Vitoria, y una voz estentórea, de estas que salen de un cuerpo bien nutrido, intimó la orden de detener á los ilusos viajeros. — ¡Ola! ¡eh! dijo la voz, nadie pase. — ¡Nadie pase! repitió el español. — *¿Son ladrones*, dijo el francés? — No señor, repuso el español asomándose; *son de la aduana*. Pero ¿cuál fue su admiracion cuando sacando la cabeza del empolvado carruage, echó la vista sobre un corpulento religioso, que era el que toda aquella bulla metia? Dudoso todavía el viajero, estendia la vista por el horizonte por ver si descubria alguno del resguardo; pero solo vió otro padre al lado y otro mas allá, y ciento mas, repartidos aqui y alli como los árboles en un paseo. — ¡Santo Dios! esclamó: ¡cochero! este hombre ha equivocado el camino; ¿nos ha traido usted al yermo ó á Es-

paña? — Señor, dijo el cochero, si Álava está en España, en España debemos de estar. — Vaya, poca conversacion, dijo el padre, cansado ya de admiraciones y asombros: conmigo es con quien se las ha de haber usted, señor viajero. — ¡Con usted, padre! ¿y qué puede tener que mandarme su reverencia? Mire que yo vengo confesado desde Bayona, y de allá aqui maldito si tuvimos ocasion de pecar, ni aun venialmente, mi compañero y yo, como no sea pecado viajar por estas tierras. — Calle, dijo el padre, y mejor para su alma. En nombre del Padre, y del Hijo... — ¡Ay Dios mio! esclamó el viajero, erizados los cabellos, que han creido en este pueblo que traemos los malos y nos conjuran. — Y del Espíritu Santo, prosiguió el padre; apéense, y hablarémos. — Aqui empezaron á aparecerse algunos facciosos y alborotados, con un Cárlos V cada uno en el sombrero por escarapela.

Nada entendia á todo esto el francés del diálogo; pero bien presumia que podia ser negocio de puertas. Apeáronse, pues, y no bien hubo visto el francés á los padres interrogadores, — ¡cáspita! dijo en su lengua, que no sé como lo dijo, ¡y qué uniforme tan incómodo traen en España las gentes del resguardo, y qué sanos estan, y qué bien portados! Nunca hubiera hablado en su lengua el pobre francés. — ¡Contrabando! clamó uno; contrabando, clamó otro; y contrabando fue repitiéndose de fila en fila. Bien como cuando cae una gota de agua en el aceite hirviendo de una sarten puesta á la lumbre, álzase el líquido hervidor, y bulle, y salta, y levanta llama, y chilla, y chisporrotea, y cae en

el hogar, y alborota la lumbre, y subleva la ceniza, espelúznase el gato inmediato que descansando junto al rescoldo dormia, quémanse los chicos, y la casa es un infierno: asi se alborotó, y quemó, y se espeluznó y chilló la retaila de aquel resguardo de nueva especie, compuesto de facciosos y de padres, al caer entre ellos la primera palabra francesa del estrangero desdichado.

—Mejor es ahorcarle, decia uno, y servia el español al francés de truchiman.—¡Cómo ha de ser mejor! esclamaba el infeliz.—Conforme, reponia uno; veremos. —¿Qué hemos de ver, clamaba otra voz, sino que es francés?

Calmóse, en fin, la zalagarda; metiéronlos con los equipages en una casa, y el español creia que soñaba, y que luchaba con una de aquellas pesadillas en que uno se figura haber caido en poder de osos, ó en el pais de los caballos, ó Houinhoins, como Gulliver.

Figúrese el lector una sala llena de cofres y maletas, provisiones de comer, barriles de escabeche y botellas, repartidas aqui y alli, como suelen verse en las muestras de las lonjas de últramarinos. ¡Ya se ve! era la intendencia. Dos monacillos hacian en la antesala con dos voluntarios facciosos el servicio que suelen hacer los porteros de estrado en ciertas casas, y un robusto sacristan, que debia de ser el portero de golpe, los introdujo. Varios carlistas y padres registraban alli las maletas, que no parecia sino que buscaban pecados por entre los pliegues de las camisas, y otros varios viajeros, tan asombrados como los nuestros, se hacian cruces como si vieran al diablo. Allá en un bufete, un padre

mas reverendo que los demas, comenzó á interrogar á los recien llegados.

—¿Quién es usted? le dijo al francés, y el francés callado, que no entendia. Pidiósele entonces el pasaporte.

—¡Pues! francés, dijo el padre. ¿Quién ha dado este pasaporte?

—S. M. Luis Felipe, rey de los franceses.

—¿Quién es ese rey? Nosotros no conocemos á la Francia, ni á ese don Luis. Por consiguiente, este papel no vale. ¡Mire usted, añadió entre dientes, si no habrá algun sacerdote en todo París que pueda dar un pasaporte, y no que nos vienen ahora con papeles mojados!!!

—¿A qué viene usted?

—A estudiar este hermoso pais, contestó el francés con aquella afabilidad tan natural en el que está debajo.

—¿A estudiar? ¿eh? Apunte usted, secretario: estas gentes vienen á estudiar: me parece que los enviarémos al tribunal de Logroño.

—¿Qué trae usted en la maleta? Libros... pues... *Recherches sur... al sur* ¿eh? este *Recherches* será algun autor de marina: algun herejote. Vayan los libros á la lumbre. ¿Qué mas? ¡Ah! una partida de relojes; á ver... *London*... ese será el nombre del autor. ¿Qué es esto?

—Relojes para un amigo relojero que tengo en Madrid.

—*De comiso*, dijo el padre, y al decir *de comiso*, cada circunstante cogió un reloj, y metióselo en la faltriquera. Es fama que hubo alguno que adelantó la hora del suyo para que llegase mas pronto la del refectorio.

—Pero, señor, dijo el francés, yo no los traía para usted...

—Pues nosotros los tomamos para nosotros.

—¿Está prohibido en España saber la hora que es? preguntó el francés al español.

—Calle, dijo el padre, sino quiere que se le exorcice, y aqui le echó la bendicion por si acaso. Aturdido estaba el francés, y mas aturdido el español.

Habíanle entre tanto desvalijado á éste dos de los facciosos, que con los padres estaban, hasta del bolsillo, con mas tres mil reales que en él traía.

—¿Y usted, señor de acá? le preguntaron de alli á poco, ¿qué es? ¿quién es?

—Soy español, y me llamo don Juan Fernandez.

—Para servir á Dios, dijo el padre.

—Y á S. M. la Reina nuestra Señora, añadió muy cumplido y satisfecho el español.

—*A la cárcel*, gritó una voz; *á la cárcel*, gritaron mil.

—Pero señor, ¿por qué?

—¿No sabe usted, señor revolucionario, que aqui no hay mas Reina que el señor don Cárlos V que felizmente gobierna la monarquía sin oposicion ninguna?

—¡Ah! yo no sabia...

—Pues sépalo, y confiéselo, y...

—Sé y confieso, y... dijo el amedrentado dando diente con diente.

—¿Y qué pasaporte trae? Tambien francés... Repare usted, padre secretario, que estos pasaportes traen la fecha del año 1833. ¡Qué de prisa han vivido estas gentes!

—¿Pues no es el año en que estamos? ¡pesí á mí! dijo Fernandez, que estaba ya á punto de volverse loco.

— En Vitoria, dijo enfadado el padre, dando un porrazo en la mesa, estamos en el año 1.º de la cristiandad, y cuidado con pasarme de aqui.

—¡Santo Dios! en el año 1.º de la cristiandad. ¿Con que todavía no hemos nacido ninguno de los que aqui estamos? esclamó para sí el español. ¡Pues vive Dios que esto va largo!— Aqui se acabó de convencer, asi como el francés, de que se habia vuelto loco, y lloraba el hombre y andaba pidiendo su juicio á todos los santos del Paraiso.

—Tuvieron su club secreto los facciosos y los padres, y decidiéronse por dejar pasar á los viajeros: no dice la historia por qué; pero se susurra que hubo quien dijo, que si bien ellos no reconocian á Luis Felipe, ni le reconocerian jamas, podria ocurrir que quisiera Luis Felipe venir á reconocerlos á ellos, y por quitarse de encima la molestia de esta visita, dijeron que pasasen, mas no con sus pasaportes, que eran nulos evidentemente por las razones dichas.

Díjoles, pues, el que hacia cabeza sin tenerla: supuesto que ustedes van á la revolucionaria villa de Madrid, la cual se ha sublevado contra Álava, vayan en buen hora, y cárguenlo sobre su conciencia. El gobierno de esta gran nacion no quiere detener á nadie; pero les darémos pasaportes válidos: estendióseles en seguida un pasaporte en la forma siguiente:

†

AÑO PRIMERO DE LA CRISTIANDAD.

NOS Fr. Pedro Jimenez Vaca. = Concedo libre y seguro pasaporte á don Juan Fernandez, de profesion católico, apostólico y romano, que pasa á la villa revolucionaria de Madrid á diligencias propias: deja asegurada su conducta de catolicismo.

—Yo, ademas, que soy padre Intendente, habilitado por la Junta suprema de Vitoria, en nombre de S. M. el Emperador Cárlos V, y el padre Administrador de correos que está ahí aguardando el correo de Madrid, para despacharlo á su modo, y el padre Capitan del resguardo, y el padre Gobierno que está alli durmiendo en aquel rincon, por quitarnos de quebraderos de cabeza con la Francia, quedamos fiadores de la conducta de catolicismo de ustedes; y como no somos capaces de robar á nadie, tome usted, señor Fernandez, sus tres mil reales en esas doce onzas de oro, que es cuenta cabal, y se las dió el padre efectivamente.

Tomó Fernandez las doce onzas, y no estrañó que en un pais donde cada 1833 años no hacen mas que uno, doce onzas hagan tres mil reales.

Dicho esto, y hecha la despedida del padre Prior, y del desgobernador Gobierno que dormia, llegó la mala de Francia, y en espurgar la pública correspondencia, y en hacernos el favor de leer por nosotros nuestras cartas, que-

daba aquella nacion poderosa y monástica ocupada á la salida de entrambos viajeros, que hácia Madrid se venian; no acabando de comprender si estaban real y efectivamente en este mundo, ó si habian muerto en la última posada sin haberlo echado de ver; que asi lo contaron en llegando á la revolucionaria villa de Madrid, añadiendo que por alli *nadie pasa sin hablar al portero.*

R. E.-Número 116.-10 *de Noviembre.*-1833.

LA PLANTA NUEVA,

Ó EL FACCIOSO.

HISTORIA NATURAL.

Razon han tenido los que han atribuido al clima influencia directa en las acciones de los hombres; duros guerreros ha producido siempre el norte, tiernos amadores el mediodia, hombres crueles, fanáticos y holgazanes el Asia, héroes la Grecia, esclavos el África: seres alegres é imaginativos el risueño cielo de Francia, meditabundos aburridos el nebuloso Albion. Cada pais tiene sus producciones particulares: hé aqui por qué son famosos los melocotones de Aragon, la fresa de Aranjuez, los pimientos de Valencia y los facciosos de Roa y de Vizcaya.

Verdad es que hay en España muchos terrenos que producen ricos facciosos con maravillosa fecundidad; pais hay que da en un solo año dos ó tres cosechas; puntos conocemos donde basta dar una patada en el suelo, y á un volver de cabeza nace un faccioso. Nada debe admirar por otra parte esta rara fertilidad, si se tiene presente que el faccioso es fruto que se cria sin cultivo, que nace solo y silvestre entre matorrales, y que asi se aclimata en los llanos como en los altos; que se trasplanta con facili-

dad, y que es tanto mas robusto y rozagante cuanto mas lejos está de poblacion: esto no es decir que no sea tambien en ocasiones planta doméstica: en muchas casas los hemos visto y los vemos diariamente, como los tiestos, en los balcones, y aun sirven de dar olor fuerte y cabezudo en cafés y paseos; el hecho es que en todas partes se crian; solo el orden y el esmero perjudican mucho á la cria del faccioso, y la limpieza, y el olor de la pólvora sobre todo, le matan: el faccioso participa de las propiedades de muchas plantas; huye, por ejemplo, como la sensitiva al irle á echar mano; se encierra y esconde como la capuchina á la luz del sol, y se desparrama de noche; carcome y destruye como la ingrata yedra el árbol á que se arrima, tiende sus brazos como toda planta parásita para buscar puntos de apoyo; gústanle sobre todo las tapias de los conventos, y se mantiene, como esos frutos, de lo que coge á los demas; produce lluvia de sangre como el polvo germinante de muchas plantas, cuando lo mezclan las auras á una leve lluvia de otoño; tiene el olor de la asafétida, y es vano como la caña; nace como el cedro en la tempestad, y suele criarse escondido en la tierra como la patata; pelecha en las ruinas como el jaramago; pica como la cebolla, y tiene mas dientes que el ajo, pero sin tener cabeza; cria, en fin, mucho pelo como el coco, cuyas veces hace en ocasiones.

Es planta peculiar de España, y eso moderna, que en lo antiguo, ó se conocia poco, ó no se conocia por ese nombre: la verdad es que ni habla de ella Estrabon, ni Aristóteles, ni Dios-

corides, ni Plinio el jóven, ni ningun geógrafo, filósofo ni naturalista, en fin, de algunos siglos de fecha.

En cuanto á su figura y organizacion, el faccioso es en el reino vegetal la línea divisoria con el animal, y asi como la mona es en éste el ser que mas se parece al hombre, asi el faccioso en aquel es la produccion que mas se parece á la persona; en una palabra, es al hombre, y á la planta, lo que el murciélago al ave y al bruto; no siendo, pues, muy esperto, cualquiera lo confunde; pondré un ejemplo: cuando el viento pasa por entre las cañas silba; pues cuando pasa por entre facciosos habla: hé aqui el orígen del órgano de la voz entre aquella especie. El faccioso echa tambien, á manera de ramas, dos piernas y dos brazos uno á cada lado, que tienen sus manojos de dedos, como puas una espiga; presenta faz y rostro, y al verle, cualquiera diria que tiene ojos en la cara, pero sería grave error; distínguese esencialmente de los demas seres en estar dotado de sinrazon.

Admirable es la naturaleza y sabia en todas sus cosas; el que recuerde esta verdad y considere las diversas calidades del hombre que andan repartidas en los demas seres, no estrañará cuanto de otras propiedades del faccioso maravillosas vamos á decir. ¿Hay nada mas singular que la existencia de un enjambre de abejas, la república de un hormiguero, la sociedad de los castores? ¿No parece que hay inteligencia en la africana palma, que ha de vivir precisamente en la inmediacion de su macho, y que arrancado éste, y viuda ella, dobla su alta cerviz, se mar-

chita, y perece como pudiera una amante tórtola? Por eso no se puede decir que el faccioso tenga inteligencia, solo porque se le vean hacer cosas que parezcan indicarlo; lo mas que se puede deducir es que es sabia, admirable, incomprensible la naturaleza.

Los facciosos, por ejemplo, sin embargo de su gusto por el despoblado, júntanse, como los lobos, en tropas, por instinto de conservacion, se agarran con todas sus ramas al perdido caminante ó al descarriado caballo; le chupan el jugo y absórven su sangre, que es su verdadero riego, como las demas plantas el rocío. Otra cosa mas particular. Es planta enemiga nata de la correspondencia pública; donde quiera que aparece un correo, nacen en el acto de las mismas piedras facciosos por todas partes; rodéanle; enrédanle sus ramas entre las piernas, súbensele por el cuerpo como la serpentaria, y le ahogan; si no suelta la valija muere como Laomedonte, sin poderse rebullir; si ha lugar á soltarla, sálvase acaso. Diránme ahora, ¿y para qué quieren la valija, sino saben leer? Ahí verán ustedes, respondo yo, si es incomprensible la naturaleza; toda la esplicacion que puedo dar es que se vuelven siempre á la valija como el heliótropo al sol.

Notan tambien graves naturalistas de peso y autoridad en la materia, que asi como el feo pulpo gusta de agarrarse á la hermosa pierna de una muger, y asi como esas desagradables florecillas, llenas de puas y en forma de erizos que llamamos comunmente amores, suelen agarrarse á la ropa, asi los facciosos, sobre todo los mas

talludos y los vástagos principales, se agarran á las cajas de fondos de las administraciones; y plata que tiene roce con facciosos pierde toda su virtud, porque desaparece. ¡Rara afinidad química! Asi que, en tiempos revueltos suélese ver una violenta ráfaga de aire que da con un gran manojo de facciosos, arrancados de su tierra natural, en algun pueblo, el cual dejan exhausto, desolado, y lleno de pavor y espanto. Meten por las calles un ruido furioso á manera de proclama, y es niñería querer desembarazarse de ellos, teniendo dinero, sin dejársele, bien asi como fuera locura querer salir de un zarzal una persona vestida de seda sino desnuda y arañada.

Muchas de las calidades de esta estrambótica planta pasamos en silencio, que pueden facilmente de las ya dichas inferirse, como son las de albergarse en tiempos pacíficos entre plantas mejores, como la cizaña entre los trigos, y pasar por buenas, y tomar sus jugos de donde aquellas los toman, y otras.

Planta es, pues, perjudicial, y aun perjudicialísima, el faccioso; pero tambien la naturaleza, sabia en esto como en todo, que al criar los venenos, crió de paso los antídotos, dispuso que se supiesen remedios especiales á los cuales no hay mata de facciosos que resista. Gran vigilancia sobre todo, y donde quiera que se vea descollar uno tamaño como un cardillo, arrancarle: hacer ahumadas de pólvora en los puntos de Castilla, que como Roa y otros, los producen tan esquisitos, es providencia especial: no se ha probado á quemarlos como los rastrojos, y aunque este remedio es mas bien contra brujas, podria no ser inoportuno, y ann

tengo para mí que habia de ser mas eficaz contra aquellos que contra estas. El promover un verdadero amor al pais en todos sus habitantes, abriéndoles los ojos para que vean á los facciosos claros como son y los distingan, sería el mejor antídoto; pero esto es mas largo y para mas adelante, y ya no sirve para lo pasado. Por lo demas, podemos concluir que ningun cuidado puede dar á un labrador bien intencionado la acumulacion del faccioso, pues es cosa muy esperimentada que en el último apuro la planta es tambien de invierno, como si dijéramos de cuelga; y es evidente y sabido que una vez colgado este pernicioso arbusto y altamente separado de la tierra natal que le presta el jugo, pierde como todas las plantas su virtud, es decir, su malignidad. Tiene de malo este último remedio que para proceder á él es necesario colgarlos uno á uno, y es operacion larga. Somos enemigos ademas de los arbitrios desesperados, y asi en nuestro entender, de todos los medios contra facciosos parécenos el mejor el de la pólvora, y mas eficaz aun la aplicacion de luces que los agostan, y ante las cuales perecen corridos y deslumbrados.

R. E.-Número 120.-19 *de Noviembre.*-1833.

LA JUNTA

DE CASTEL-O-BRANCO.

No hay cosa como una Junta, si se trata sobre todo de juntarse aquellos á quienes Dios crió. Podrán no hacer nada las gentes en una Junta, podrán no tener nada que hacer tampoco, pero nada es mas necesario que una Junta: asi que, lo mismo es nacer un partido, pónenle al momento en Junta como lo habian de poner en nodriza; y no bien abre los ojos á la luz se encuentra ya juntado, que no es poca ventaja. La Junta, pues, es el precursor de un partido por lo regular, y esta clase de Juntas andan siempre por esos caminos interceptando, ó interceptadas, cuando no estan fuera del reino tomando aires, ó tomando las de Villadiego, que de todo toman las Juntas.

La que en el dia llama nuestra atencion es la de Castel-o-Branco. Empezaria á anochecer en Castel-o-Branco, y poníase por consiguiente oscuro el horizonte, cuando acertó á pasar por alli un español de estos sanos de los del siglo pasado, y que poco ó nada se curan del gobierno; de estos que dicen: á mí siempre me han de gobernar, tómelo por donde quiera. A qué iba el español á Castel-o-Branco, eso sería averiguacion para mas despacio. Baste saber que iba y que ya

llegaba, cuando se halló detenido en medio de su camino por un portugués, que con voz descompuesta y cara de causa perdida: "Casteçao, le dijo, ¿es vasallo deu senhor emperante Cárlos V? ¿Vien de Castella?" —Entendíasele un poco mas al castellano de gallego que de achaque de gobiernos, y con voz reposada y tranquilo continente: "Yo no sé de quién soy vasallo, contestó, ni me urge saberlo, sino que voy á mis negocios: yo ni pongo rey, ni quito rey: quien anda el camino tenga cuidado..." Enfadábase ya el portugués, y era cosa temible. Conocíólo el labriego, y antes de que echase la casa por la ventana, si bien alli no habia casa ni ventana: "No se enfade vuestra merced, señor portugués, le dijo, que yo siempre seré vasallo de quien mande; sabido es que yo y los mios nunca descomponemos partido. ¿Pero quién es mi rey en esta tierra?—Eu senhor Cárlos V.—Vaya, sea en hora buena, contestó el castellano, porque yo por ahí atras me dejaba reinando á mi Señora la Reina... —¡Casteçao! — No se enfade vuestra merced... y de alli á poco entraban ya compadres por el pueblo el portugués de la mala cara y el español de las buenas palabras.

Pocos pasos habrian andado, cuando se esparció la noticia por todo Castel-o-Branco de como habia llegado un vasallo de S. M. I. Es de advertir que como todos los dias no tiene S. M. I. proporcion de ver un vasallo suyo, porque andan para él los vasallos por las nubes, decidióse lo que era natural y estaba en el orden de las cosas; y fué, que asi como un pueblo de vasallos suele solemnizar la entrada de un rey, asi

pareció justo que un pueblo de reyes solemnizase la entrada de un vasallo. Echáronse, pues, á vuelo las campanas: con este motivo hubo quien dijo: *principio quieren las cosas*, y quien añadió: *que el reinar no quiere mas que empezar*. Digo, pues, que se echaron á vuelo las campanas, y el labriego se aturdia; verdad es que el ruido no era para menos.

—¿Qué fiesta es mañana? preguntaba el buen hombre.

—Festéjase la llegada de vuestra merced, señor casteçao.

—¿Mi llegada? ¡Vea usted qué diferencia! Allá en España nunca festejó nadie mis idas y mis venidas, y eso que siempre anduve de ceca en meca; ya veo que en este pais se ocupan mas en cada uno,..

En estos y otros propósitos entretenidos, llegaron á una casa que tenia una gran muestra, donde en letras muy gordas decia:

JUNTA SUPREMA DE GOBIERNO

DE TODAS LAS ESPAÑAS, CON MAS SUS INDIAS.

No quisiera entrar el labrador; pero hízole fuerza el portugués. Agachó, pues, la cabeza, y hallóse de escalon en escalon en una sala grande como un reino, si se tiene presente que alli los reinos son como salas.

Hallábase la tal sala alhajada á la espartana, porque estaba desnuda: en torno yacían los señores de la Junta sentados, pero mal sentados; sea dicho en honor de la verdad. Luces habia

pocas y mortecinas. Un mal espejo les servia para dos fines; para verse muchos siendo pocos, y consolar de esta manera el ánimo afligido, y para decirse de cuando en cuando unos á otros: "Mírese S. E. en ese espejo," porque es de advertir, que se daban todos unos á otros dos cosas, á saber: las buenas noches y la excelencia.

Portero no habia; verdad es que tampoco habia puertas, por ser la casa de estas malas de lugar, que, ó no las tienen, ó las tienen que no cierran. Una mala mesa en medio, y un mal secretario, eran los muebles que componian todo el ajuar.

No sé dónde he leido yo que en cierta tierra de indios el congreso supremo de la tribu se reune para deliberar en grandes cántaros de agua fresca, donde se sumergen desnudos sus individuos, dejando solo fuera del cántaro la cabeza para deliberar. No se puede negar que existe gran semejanza entre la Junta de Castel-o-Branco y el congreso de los cántaros, y que los carlistas que componen la una y los salvages que forman el otro estan igualmente frescos.

Dominaba en el testero de la sala de Juntas el tesorero general del Pretendiente don Matías Jarana, porque en tiempos de apuro el que tiene el dinero es el empleado principal; el cual sino era gran tesorero, era gran canónigo. Dicho esto, me parece escusado detenernos mucho en describirle; estamos seguros de que el inteligente lector se lo habrá figurado ya tal como era. Oprimia á su lado el ministro de hacienda una mala banqueta, que gemia no tanto por el noble peso que sostenia, como por el mal estado en

que se encontraba. Tambaleábase por consiguiente S. E. á cada momento: figurósele al labriego temblor el movimiento oscilante de S. E., pero está averiguado que era el mal asiento. Flaco, seco, y con cara de contradiccion, hacia de notario de reinos don Jorge Ganzúa, que lo habia sido de Coria.

Veíase á otra parte de pie, y en actitud de huir á la primera orden, á un cabo del resguardo, partidario que fue del año 23. Representaba éste al ministro de la guerra, y llamábase Cuadrado, ademas de serlo.

Un dependiente del cabildo de Coria y dos personages mas, en calidad de consejeros supremos de la Junta, hacian como que meditaban, por el buen parecer, en un rincon de la sala.

Indecible fue la alegría de la Junta suprema cuando el portugués hubo presentado á nuestro pobre labriego en calidad de vasallo de S. M. I.

—Excelentísimos señores, esclamó el señor tesorero en altas voces, reconozcamos en ese vasallo el dedo del Señor: ya ha llegado el dia del triunfo de S. M. I., y ha llegado al mismo tiempo un vasallo: todo ha llegado. Opino que en vista de esta novedad deliberémos.

—En cuanto á lo de deliberar, dijo entonces el señor notario, recuerdo al señor presidente que esto es una Junta...

—No me acordaba, dijo entonces el presidente; nótese que esta es la primera Junta de que tengo el honor de ser individuo.

— Se conoce, añadió el notario; y lo apuntó en el acta. — Hable, pues, si sabe y si tiene de qué el excelentísimo señor ministro de hacienda.

—Dispiértele usted, dijo entonces el presidente al portugués que hacia de Ugier, dispiértele usted, pues parece que S. E. duerme.

Llegóse el portugués á S. E., que efectivamente dormia, y díjole en su lengua: — No haga caso S. E. de que está en Junta, que es llegado el momento de hablar. — Soñaba á la sazon S. E. que se le venian encima todos los ejércitos de la Reina, y volviendo en sí de su pesadilla con dificultad:

— ¿Hablo yo? dijo; vamos á ver. Las mejoras, pues, aunque no nos toque el decirlo, las mejoras...

—Al orden, al orden, interrumpió el presidente: ¿qué es eso de mejoras?

— Soñaba que estábamos en España, contestó S. E. turbado. Perdone la Junta. Por consiguiente hable otro, que yo no estoy para el paso. Mi intermision por otra parte no urge. Mi ministerio...

— Excelentísimo señor, dijo el presidente, cierto; pero acaba de llegar...

— ¿Ha llegado la hacienda, ha llegado mi ministerio? preguntó azorado el señor Tallarin, buscando con los ojos por todas partes si llegaria á ver un peso duro...

— Todavía no; pero...

—¡Ah! pues entonces, repuso el ministro, repito que no corro prisa; y volviéndose en la banqueta y hácia el portugués: avíseme usted, señor don Ambrosio de Castro y Pajarez, Almendrudo, Oliveira y Caraballo de Alburquerque y Santaren, en cuanto llegue la hacienda. Dicho esto, volvió S. E. á anudar el roto hilo de su

feliz ensueño, donde es fama que soñó que era efectivamente ministro.

— Yo hab... b... blaré, dijo entonces uno de los consejeros supremos que era tartamudo, yo hablaré que he s... s... s... ido por... pr... pr... pro... curador...

—Mejor será que no hable nadie, dijo entonces el notario al oido del presidente, si ha de hablar el señor...

—Di... di... dice bien el señor not... notario, dijo entonces el consejero, sentándose, p... p... por... porque no acabariamos nunca.

— Pido la palabra, dijo el que estaba á su lado.

— ¿Quién diablos se la ha de dar á V. E., dijo entonces el presidente amoscado, si nadie la tiene?

— Recuerdo á S. E., dijo el notario, que en el orden del gobierno de S. M. I. no se puede pedir la palabra, y que es frase mal sonante: ó hablar de pronto, ó no hablar.

— Si el señor Cuadrado no está para hablar, dijo entonces el presidente, nos irémos á casa.

—Mas estoy para obrar que para hablar, contestó S. E.; pero fuerza será, pues no hay quien hable. Digo en primer lugar que yo no doy un paso mas adelante, sino se conviene en presentar mañana á la firma de S. M. I. un decreto... ¿Eh?

— Adelante.

—Bueno. Y declaro como fiel y obediente vasallo de S. M. I. el señor Cárlos V, por quien derramaré desinteresadamente hasta la primera gota de mi sangre, que no sigo en el partido si S. M. no lo firma.

— Mal pudiera oponerse la Junta á tanta generosidad.

— Propongo, pues, continuó el excelentísimo señor cabo, ministro de la guerra, el siguiente decreto que traigo para la firma. "Yo, don Cárlos V, por la gracia del reverendísimo padre Vaca y del excelentísimo señor Cuadrado, Emperador de &c. &c. (Aqui los reinos todos.) Sin entrar en razones quiero y mando que queden suprimidos los carabineros de costas y fronteras, y se reorganice el antiguo resguardo: quedando todos los fondos á disposicion del excelentísimo señor Cuadrado. = Yo el Emperador. = Al ministro de la guerra Cuadrado." — Y por el pronto será del resguardo el señor vasallo que está presente, encargado por ahora, y hasta que haya mas, de obedecer las órdenes del gobierno.

— Alto, dijo al llegar aqui el señor canónigo presidente, que yo traigo tambien mi decreto, y dice asi el borron *mutatis mutandis*.

(No hemos podido haber á las manos ninguna copia de este borron por mas esquisitas diligencias que hemos practicado; pero ya se deja inferir poco mas ó menos su tenor. ¡Válgame Dios, y qué cosas se pierden en este mundo!)

Anotó el notario en el acta el segundo decreto, y pasó á proponer el siguiente que acababa de redactar como ministro de gracia y justicia. Dejando aparte la gracia y la justicia, decia asi el borron:

"Artículo 1.º En atencion á la tranquilidad con que posee y gobierna S. M. I. el señor don Cárlos V estos sus reinos, todos los que las presentes vieren y entendieren, se entusiasmarán es-

pontáneamente y se llenarán de sincera y voluntaria alegría, pena de la vida, en cuanto llegue á su noticia este decreto: debiendo durar el entusiasmo tres dias consecutivos sin intermision, desde las seis de la mañana en punto, en que empezará, hasta las diez de la noche por lo menos, en que podrá quedarse cada cual sereno.

Art. 2.º No pudiendo concebir la Junta suprema de Castel-o-Branco el abuso de las luces introducido en estos reinos de algun tiempo á esta parte, suprime y da por nulas todas las iluminaciones encendidas y por encender, en atencion á que solo sirven para deslumbrar las mas veces á sus amados vasallos: y manda que no se solemnice ninguna victoria, aunque la llegara á lograr algun dia casualmente, con esa especie de regocijo, en que nadie se divierte sino los cosecheros de aceite.

Art. 3.º Quedan prohibidas como perjudiciales todas las mejoras hechas, debiendo considerarse nula cualquiera que se hiciere sin querer, pues queriendo no se hará.

Art. 4.º Convencida la Junta de que nada se saca de las escuelas, sino ruido y que se calienten la cabeza los hijos de los amados vasallos del señor don Cárlos V, quedan cerradas las que hubiese abiertas: debiendo olvidar cada vecino en el término improrogable de tres dias, contados desde la fecha, lo poco ó mucho que supiese, so pena de tenerlo que olvidar donde menos le convenga.

Art. 5.º Siendo de algun modo necesario hacerse con vasallos para ser obedecido de alguien, la Junta suprema perdona é indulta á todos los

españoles que hubiesen obedecido á la Reina Gobernadora, si bien reservándose, para cuando los tenga debajo, el derecho de castigarlos entonces uno á uno ó in solidum, como mejor le plazca.

Art. 6.º No siendo regular que el supremo gobierno se esponga al menor percance, tanto mas cuanto que hay en España, segun parece, españoles que se hacen matar por su señor Cárlos V, sin meterse á averiguar si S. M. y sus adláteres pasan como ellos trabajos, y dan su cara al enemigo, ó si esperan descansadamente jugando á las bochas ó al gobierno, á que se lo den todo hecho á costa de su sangre para agradecérselo despues como es costumbre de caballeros pretendientes, es decir, á coces; la Junta suprema y el gobierno do S. M. I. permanecerán en Castel-o-Branco; tanto mas cuanto que hay en Portugal muy buenos vinos y otras bagatelas precisas para la sustentacion de sus desinteresados individuos; y solo entrará en España, si entra, á recibir enhorabuenas y dar fajas y bastones á los principales facciosos y cabecillas, que para lograrlos pelean desinteresadamente por el señor Cárlos V, y bastonazos á los demas."

¡Viva! ¡viva! esclamó al llegar aqui toda la Junta, y es fama que dispertó entonces el ministro de hacienda, y aun hay quien añade que echó un cigarro á pesar del mal estado de su ministerio.

Temblaba á todo esto el buen labriego, pues ya habia caido él en la cuenta de que si todos aquellos señores habian de mandar, y no habia otro sino él por alli que obedeciese, era la par-

tida mas que desigual. Calculando, pues, que un pueblo donde no habia mas que la justicia y él, él habia de ser forzosamente el ajusticiado, andava buscando arbitrios para escaparse del poder de la Junta; la cual asi pensaba en soltarle como quien lo consideraba en aquellos momentos un cacho de la apetecida España, que la Providencia tiene guardada felizmente para mas altos fines.

Pero Dios, que no se olvida nunca de los suyos, aunque ellos se olviden de él, lo habia dispuesto de otro modo: no bien se habia leido el último renglon del decreto del notario, cuando se oyó en la calle un espantable ruido. — Estos son tiros, esclamó Cuadrado, que era el único que alguna vez los habia oido desde lejos. — ¡Tiros! dijo el presidente: ¿á que estamos ganando una batalla sin saber una palabra?...

—No corremos ese riesgo, entró gritando el portugués: sálvense vuestras excelencias, sálvense: aqui quedo yo, que soy portugués y basto para cien casteçaos. — Os perdono, dijo entonces volviéndose á los que ya entraban, os pordono, casteçaos: daos, que no os quiero matar.

Pero ya en esto diez y nueve robustos contrabandistas habian entrado á dar sus diez y nueve votos en la Junta, y echándose cada uno un argumento á la cara: *¡Viva Isabel II!* dijeron. Haciase cruces el presidente, escondíase debajo de la banqueta el excelentísimo señor ministro de hacienda, tapaba el notario de reinos el acta, no salia el tartamudo de la p... inicial de perdon, y hacian los demas un acto de atricion con mas miedo del infierno, que amor de Dios. El

labriego solo era el que bendecia su estrella, y quien echando mano de un cordel que para otros usos traía, dispuso á la Junta en forma de trailla; la cual en la misma y mas custodiada que tabaco en rama, por los diez y nueve votos de contrabando que habian levantado la sesion, se entró por los términos de España, á las voces del portugués, que casi desde Castel-o-Branco les gritaba todavía en mal castellano: "No tenhan miedo vuestras excelencias, aunque los aforquen los casteçaos; que yo, en acabando de pelear aqui por S. M. don Miguel I, que es cosa pronta, he de pasar la raya; y ó me llevo allá al Emperador Cárlos V, ó me traigo acá á Castilla."

R. E.-Número 131.-15 *de Diciembre.*-1833.

LAS CIRCUNSTANCIAS.

Las circunstancias, he pensado muchas veces, suelen ser la escusa de los errores y la disculpa de las opiniones. La torpeza ó mala conducta hallan en boca del desgraciado un tápalo-todo en las circunstancias que, dice, le han traido á menos. En estas reflexiones estaba ocupada mi fantasía no hace muchos dias, cuando recibí una carta, que por confirmar mis ideas sobre el particular y venir tan oportuna á este objeto, de que pensaba hacer un artículo de costumbres, quiero trasladar *ad pedem litteræ* á mis lectores. Decia asi la carta:

"Señor Fígaro. = Muy señor mio: A usted, señor Fígaro, observador de costumbres, me dirijo con dos objetos. Primero, quejarme de mi mala estrella. Segundo, inquirir de su esperiencia, pues le imagino á usted por sus escritos hombre de esos que han vivido mas de lo que les queda que vivir, si hay efectivamente de tejas abajo una fatalidad que persigue á los humanos, y una desgracia en el mundo que se asemeje á la desgracia mia. Soy un verdadero juguete de las circunstancias, cuyo torrente no pude nunca resistir, y que asi me envolvieron como envuelven los violentos remolinos de una olla al inexperto nadador que se arrrojó incauto en la pérfida corriente del caudaloso rio.

Mi padre era inglés y rico, señor Fígaro,

pero hallábase aislado en el mundo: era naturalmente metido en sí, y solo un amigo tenia: antojósele á este amigo entrometerse en una conspiracion; confió á mi padre varios papeles importantes; descubrióse la conspiracion, y ambos tuvieron que huir. Vínose mi padre á España, reducido á oro lo que pudo realizar de sus cuantiosos bienes; vió una linda gaditana, prendóse de ella, casóse, y antes de los nueve meses murió inconsolable, dando y tomando siempre en lo de la conspiracion, que hubo de volverle el juicio. Vea usted aqui, señor Fígaro, á Eduardo Priestley, humilde servidor de usted, cuyo destino debia haber sido sin duda ser inglés, protestante y rico, español, católico y pobre, sin que pudiese encontrar mas causa de este trastueque que las circunstancias. Ya usted ve que la tomaron conmigo desde pequeñito. Mi madre era muger de rara penetracion y de ilustradas ideas. Crióme lo mejor que supo, y en darme toda la educacion que se podia dar entonces en España, consumió el poco caudal que la dejara mi padre. Lleno yo de entusiasmo por la magistratura, y aborreciendo la carrera militar á que querian destinarme, estudié leyes en la universidad; pero puedo asegurar á usted que á pesar de eso hubiera salido buen abogado, pues era raro mi talento, sobre todo para ese estudio. Probablemente, señor Fígaro, despues de haber sido gran abogado, hubiera vestido una toga, hubiera calentado acaso una silla ministerial, y el consejo de Castilla me hubiera recogido al fin de mis dias en su seno, donde hubiera muerto descansadamente, dejando fama imperecedera. Las circunstancias sin embargo me lo impidieron. Habia

un Napoleon en el mundo, y fue preciso que éste quisiera ser emperador, y emplear á sus hermanos en los mejores tronos de Europa, para que yo no fuese, ni buen abogado, ni mal ministro.

Yo tenia sentimientos generosos; mis compañeros tomaron las armas y dejaron el estudiar nuestras leyes para defenderlas, que urgia mas. ¿Qué remedio? Dejé como fray Gerundio los estudios y me metí á predicador; es decir, me hice militar en obsequio de la patria. En la campaña perdí mi carrera, la paciencia y un ojo; y las circunstancias me dejaron tuerto y capitan: sabe el cielo que para ninguna de estas dos cosas servia. Yo, señor Fígaro, era impetuoso y naturalmente inconstante; menos servia, pues, para casado, ni nunca pensara en serlo; pero de resultas del bombardeo de Cádiz murió mi madre, que gozando por sus relaciones de familia de algun favor, hubiera adelantado mi carrera. Otro favor que me hicieron las circunstancias. Víme solo en el mundo, y en ocasion en que una linda aragonesa, hija de un diputado de las Cortes de Cádiz, recogiéndome y ocultándome en su casa, cubierto de heridas, me salvó la vida por una rara combinacion de circunstancias; caséme de honrado y agradecido, que no de enamorado: es decir, que me casaron las circunstancias. En mi segunda carrera debiera haber llegado á general segun mis servicios, que á otros fajaron haciéndoselos muy flacos á la patria; pero era yerno de un diputado: quitáronme las charreteras, envolviéronme en la comun desgracia, y las circunstancias me llevaron á Ceuta, adonde bien sabe Dios que yo no queria ir; allí hice la vida

de presidario y de mal casado, que cualquiera de estos dos dogales por sí solo bastara para acabar con un hombre. Ya ve usted que yo no tenia la culpa. ¿Quién diablos me casó? ¿Quién me hizo militar? ¿Quién me dió opiniones? En presidio no se hace carrera, pero se hace mucho rencor. Sin embargo, salimos de presidio, y como yo era hombre de bien contúveme; pretendí, pero como no anduve por los cafés, ni peroré, medios que exigian entonces las circunstancias para prosperar, no solo no me emplearon, sino que me cantaron el *trágala*. Irritéme: el cielo es testigo que yo no habia nacido para periodista; pero las circunstancias me pusieron la pluma en la mano: hice artículos contra aquel gobierno; y como entonces era unó libre para pensar como el que estaba encima, recogí varias estocadas de unos cuantos aficionados, que se andavan haciendo motines por las calles. Esta fue la corona de laurel que dieron las circunstancias á mi carrera literaria. Escapéme, y fui á reunirme con los de la fé: dijéronme alli que las circunstancias no permitian admitir en las filas á un hombre que habia sido marido de la hija de un diputado de las Cortes de Cádiz, y no me ahorcaron por mucho favor.

No pudiendo vivir como realista, fuíme á Francia, donde en calidad de liberal me colocaron en un depósito, con seis cuartos al dia. Vino por fin la amnistía, señor Fígaro. ¡Eh! Gracias á una Reina clemente, ya no hay colores, ya no hay partidos. Ahora me emplearán, digo yo para mí; tengo talento; mis luces son conocidas, soy útil... Pero, ¡ay! señor Fígaro, ya no tengo madre, ya no tengo muger, ya no tengo

dinero, ya no tengo amigos; las circunstancias de mi vida me han impedido adquirir relaciones. Si llegara á hacerme visible para el poder, acaso lograria: sus intenciones son las mejores del mundo; mas ¿cómo abrirme paso por entre la nube de porteros y ugieres que parapetan y defienden la llegada á los destinos? Las solicitudes que se presentan solas son papeles mojados. ¡Hay tantos que piden por pedir! ¡Hay tantos que niegan por negar! — Cien memoriales he dado, otras tantas espaldas he visto.—Deje usted; veremos si estas circunstancias se fijan, me dicen los unos. — Espere usted, me responden los otros: hay tantos pretendientes en estas circunstancias. Pero, señor, replico yo, tambien es preciso vivir en estas circunstancias. ¿Y no hay circunstancias para los que logran?

Esta es, señor Fígaro, mi posicion: ó yo no entiendo las circunstancias, ó soy el hombre mas desdichado del mundo. El hijo del inglés, el que debia haber sido rico, magistrado, literato, general, hombre ageno de opiniones, acabará probablemente sus tres carreras distintas en un solo hospital verdadero, merced á las circunstancias; al mismo tiempo que otros que no nacieron para nada, y que han tenido realmente todas las opiniones posibles, anduvieron, andan y andarán siempre levantados en zancos por esas mismas circunstancias. = De usted, señor Fígaro. = Eduardo de Priestley, ó el hombre de circunstancias."

No puedo menos de contestar al señor Priestley que el daño suyo estuvo, si hemos de hablar vulgarmente, en nacer desgraciado, mal que no tiene remedio; si hemos de raciocinar, en tr—

siempre trocadas las circunstancias; en no saber que mientras haya hombres la verdadera circunstancia es intrigar; estar bien emparentado; lucir mas de lo que se tiene; mentir mas de lo que se sabe; calumniar al que no puede responder; abusar de la buena fé; escribir en favor, y no en contra del que manda; tener una opinion muy marcada, aunque por dentro se desprecien todas, procurando que esa opinion que se tenga sea siempre la que haya de vencer, y vociferarla en tiempo y lugar oportunos; conocer á los hombres; mirarlos de puertas adentro como instrumentos, y tratarlos como amigos; cultivar la amistad de las bellas, como terreno productivo; casarse á tiempo, y no por honradez, gratitud ni otras ilusiones; no enamorarse sino de dientes á fuera, y eso de las cosas que puedan servir...

Pero, Santo Dios, gritará un rígido moralista. ¡Qué cuadro! ¡Maquiavélicos principios!!! —Fígaro no dice que sean buenos, señor moralista; pero tampoco Fígaro hizo el mundo como es, ni lo ha de enmedar, ni á variar el corazon humano alcanzáran todas las sentencias posibles. Las circunstancias hacen á los hombres hábiles lo que ellos quieren ser, y pueden con los hombres débiles; los hombres fuertes las hacen á su placer, ó tomándolas como vienen, sábenlas convertir en su provecho. ¿Qué son por consiguiente las circunstancias? Lo mismo que la fortuna: palabras vacias de sentido con que trata el hombre de descargar en seres ideales la responsabilidad de sus desatinos; las mas veces, nada. Casi siempre el talento es todo.

R. E.—Número 137.—29 *de Diciembre.*—1833.

REPRESENTACION

de la comedia original en tres actos y en verso titulada *Un tercero en discordia, de don Manuel Breton de los Herreros.*

Una comedia nueva del aplaudido autor de *A Madrid me vuelvo* y de la *Marcela* no podia menos de llamar la pública espectacion, y aun de prevenirla favorablemente.

En esta composicion dramática como en la *Marcela* se ha propuesto el poeta, no censurar un defecto ridículo determinado, no ridiculizar un vicio feo ó una pasion denigrante; no un objeto moral circunscripto y de general aplicacion. Un cuadro bien presentado, en que se reunen á formar el conjunto varios caractéres sacados de la sociedad, hábilmente colocados en contraste, parece haber sido la idea del autor.

En la *Marcela* es una muger amable, cuya peligrosa amabilidad da esperanzas á tres amantes igualmente indignos de su alto cariño. En *Un tercero en discordia* es una jóven perseguida tambien por tres amadores; los caractéres nuevos que presenta esta composicion dramática son los de los dos amantes mas importunos de Luciana. El uno es un jóven, en demasia desconfiado del cariño y fidelidad de su amada; en una palabra, un hombre celoso: el segundo es un necio por el contrario harto confiado en el amor de una mu-

ger que no le ha dicho siquiera que le ama; pero de cuyo cariño cree poder estar seguro; en una palabra, un presuntuoso. *Un tercero en discordia* que ni es celoso, ni presuntuoso, sino un tipo de la perfeccion social, un amante que ama sin prisa, sin mal humor, nunca, que jamas confia en que es amado, que nunca exige nada, impasible, eterno, imágen del no movimiento y de la no accion, es el justo medio presentado en este carrusel amatorio. A los ojos de una muger sentimental, exaltada, romántica, de pasiones vivas, pudiera no parecer don Rodrigo el mas perfecto ni el mas amante; pero á los ojos de una muchacha bastante fria, como el autor nos la pinta, bien educada, y de suyo sosegada, no hay duda que don Rodrigo debe de ser el amante preferido, el esposo. El padre de la niña es un buen hombre, que tiene mas de tonto que de otra cosa, de estos que hablan con las manos, que escriben la conversacion, conforme la van haciendo, en el pecho de su interlocutor, que le desabotonan el chaleco, y le quitan el lazo de la corbata &c. Una ama de gobierno vieja, de estas que hacen oficios de todo en las casas, regañona y entrometida en los intereses de la familia, es el quinto y último personage de la comedia.

De esta construccion del plan se infiere que el contraste que presentan el celoso y el confiado ha de dar lugar á escenas cómicas: asi es; rasgos hay felicísimos que revelan el poeta dramático. El confiado, traduciendo todos los desaires y desprecios por disimulo ó enojo amoroso, es sumamente cómico y lindamente imaginado: el ce-

loso por el contrario, tratando de luchar inútilmente á cada paso con su indómita pasion y exaltándose á la vista sola de un papel cualquiera, despues de haber jurado la enmienda, escita la risa de la buena comedia. Aqui notarémos la habilidad del poeta. El confiado no necesitaba ser correspondido; de esta manera era mas ridículo, y asi lo ha hecho el autor; el celoso por el contrario, no podia desarrollar su carácter sin haber recibido pruebas muy grandes de amor: asi que, el autor ha hecho que Luciana le correspondiese en un principio. Verdad es que de aqui nace un gravísimo inconveniente: á saber, que la misma Luciana que tutea al celoso en el primer acto y le corresponde indudablemente, se halla ya en el tercero, es decir, en horas, tan convencida y fastidiada de la importunidad de su amante, que se echa, sin verter una lágrima siquiera, en brazos del justo medio don Rodrigo. Diriamos que este pudiera ser el inconveniente de la rigorosa unidad de tiempo, y diriamos que una muger, que se dice enamorada de un hombre, no le deja por celoso (porque este es acaso el carácter que menos choca á la pasion), sino despues por lo menos de haber sufrido mucho y de haber llorado mas; diriamos que generalmente se observa que los amores mas duraderos son aquellos en que uno de los dos amantes es estraordinariamente celoso, y añadiriamos que no es el destino de los amores arrebatados el acabarse pronto, sino el acabarse mal. Pero el talento del autor ha previsto todas estas objeciones, y nos ha presentado desde luego una de esas muchachas que no sienten ni padecen:

que entran en el mundo con un temperamento indiferente, y por consiguiente que se guian en su eleccion por su propia conveniencia, y nunca á ciegas: de esas que encuentra usted donde quiera, que empiezan á corresponder á un amante por hacer algo, por el gusto de tener amante, por cualquier cosa, y que al volver de una esquina le dejan plantado con todo su amor, y toman otro: mugeres, en fin, muy buenas, muy perfectas, muy impasibles. En este género, Luciana y Marcela son admirables, son dos modelos.

¿Nos permitirá el autor que no convengamos con él en una cosa? El calor, sin duda, de su imaginacion poética le lleva á formarse á veces una sociedad ideal, donde solo considera virtudes y vicios, perfecciones y defectos personificados, y situaciones posibles de efecto; esto le aparta de la pintura verdadera de la sociedad en que vivimos: queremos decir, que tanto en la *Marcela* como en esta, los desenlaces no nos parecen naturales. Al fin, en *Marcela*, no hay otro inconveniente contra los usos sociales que el declarar en público á sus amantes lo que solo puede uno oir en particular; porque si una muger tiene derecho á no corresponder á un hombre, no le tiene para ponerle en ridículo, sólo porque la ama. En *Un tercero en discordia* es menos verosimil, porque al fin, si una muger es tan imprudente que despide en público á sus amantes, ¿qué pueden hacer éstos con una señora sino respetarla? Pero Luciana encarga á su elegido, lo cual es poco delicado, que desengañe á los otros: don Rodrigo lo admite, aunque obligado, y los

dos sufren. Esta última parte es la imposible, y en corazones bien puestos solo de una manera puede desenlazarse. Por otra parte, el señor Breton insiste en colocar siempre á las mugeres en una posicion en que no estan en el dia en nuestra sociedad: no son ya las reinas del torneo, como en los siglos medios: nadie se sujeta á esos jurados, á esas competencias: mas; el hombre desama á la muger, como la muger al hombre, y en esto felizmente somos iguales. Todo hombre bien educado es deferente con las señoras; pero las señoras no estan por eso exentas de guardar consideraciones al sexo fuerte: la sociabilidad es recíproca. Mucho sentiriamos que no fuese el autor de nuestra opinion.

Acabarémos este rápido juicio con una observacion. En nada brilla mas el singular talento poético del señor Breton, que en la sencillez de sus planes; en todas sus comedias se conoce que hace estudio y gala de forjar un plan sumamente sencillo; poca ó ninguna accion, poco ó ningun artificio. Esto es solo concedido al talento, y al talento superior. Una comedia llena de incidentes que cualquiera inventa, es facil de hacerla pasar á un público á quien siempre cautivan el interes y la curiosidad.

El señor Breton desprecia estos triviales recursos, y sostiene y lleva á puerto feliz entre la contínua risa del auditorio, y de aplauso en aplauso, una comedia apoyada principalmente en la pintura de algunos caractéres cómicos, en la viveza y chiste del diálogo, en la pureza, fluidez y armonía de su facil versificacion. En estas dotes no tiene rival, si bien puede tenerlos en

cuanto á intencion, profundidad ó filosofia.

Alguna palabra exótica tildariamos en *Un tercero en discordia*; pero ¿qué son esos pequeñísimos lunares en una comedia que ha sido muy reida, y que han coronado los aplausos del auditorio? Damos el parabien al señor Breton por este nuevo lauro adquirido, y nos le damos á nosotros mismos.

En los actores se ha notado un celo estraordinario; demasiado celo, si éste puede ser demasiado alguna vez. El artificio del actor consiste en ocultar su celo y su esfuerzo, y dominar su habilidad hasta reducirla al punto de la verdad imitada. En el mundo no se observa nunca que cada uno quiera hablar, andar, reir y manotear para arrancar aplausos á los que van por la otra acera; todo esto se hace naturalmente, y el no haberlo hecho asi es el defecto general que en toda la comedia hemos notado. ¿Podriamos decirle al actor encargado del papel del padre, sin que se ofendiese, que cuando uno de esos hombres significativos en su accion desabrocha á otro y le escribe en la ropa, lo hace por un efecto de distraccion, y por consiguiente lo hace como quien no hace nada, no se rie de su misma manía, no escribe en lo interior de la camisa, metiéndole todo el brazo en el cuerpo, sino solo en la solapa; no mira las prendas que aja, sino á los ojos de su interlocutor, porque si las mirara, las veria, le chocarian á él mismo y se avergonzaria? ¿A su interlocutor don Rodrigo le podriamos decir que cuando un fracaso de esos sucede, no se hacen estremos, sino que solo en la cara se da á entender, lo menos que se puede, la

mortificacion? ¿Llevará á mal que le advirtamos que en la sociedad nunca se vuelve uno al público á decirle lo que piensa, porque en la sociedad no hay público; y que en la comedia, que es un remedo de las costumbres, no se debe declamar como en un melodrama lleno de esclamaciones y asombros, sino hablar naturalmente?

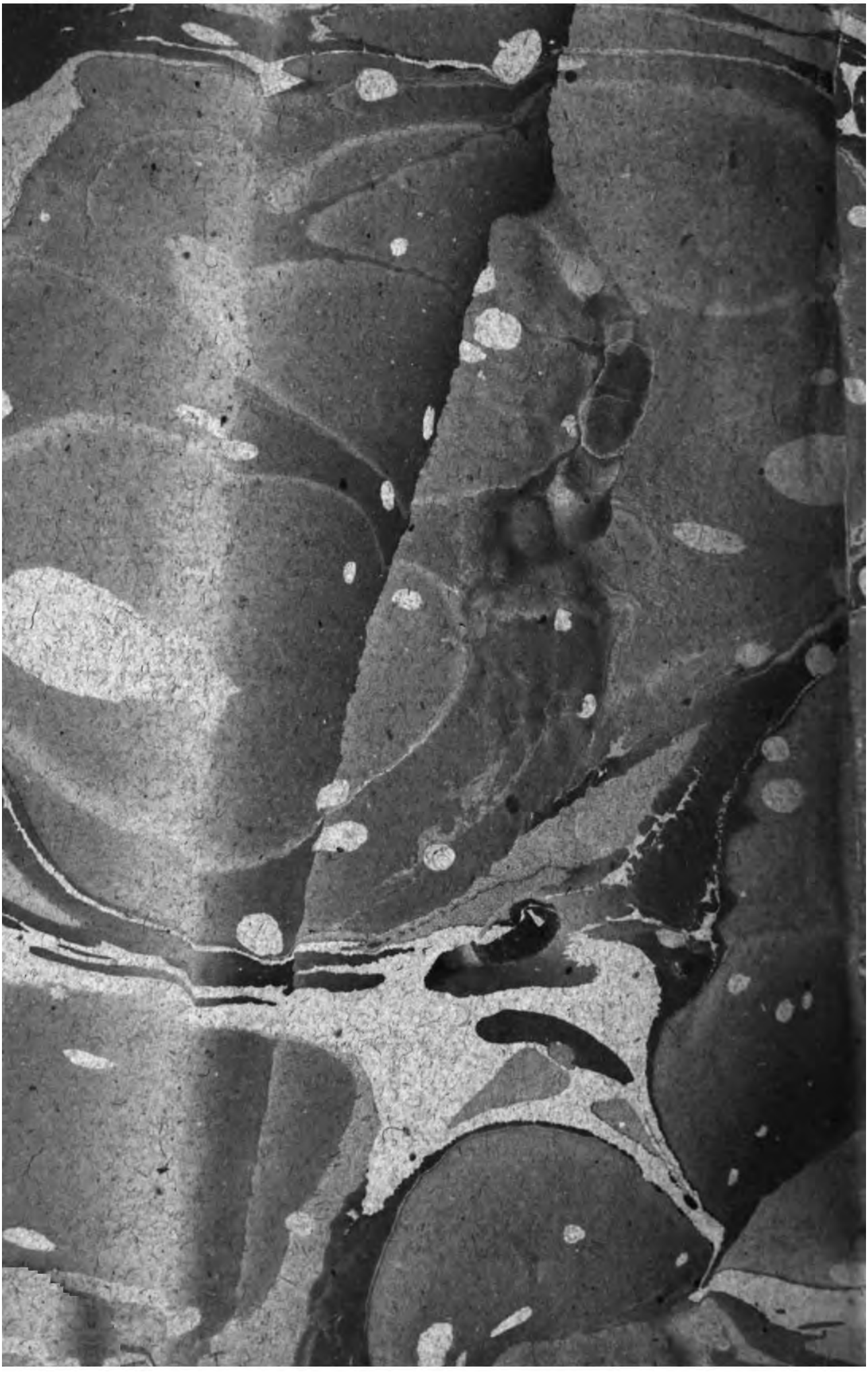
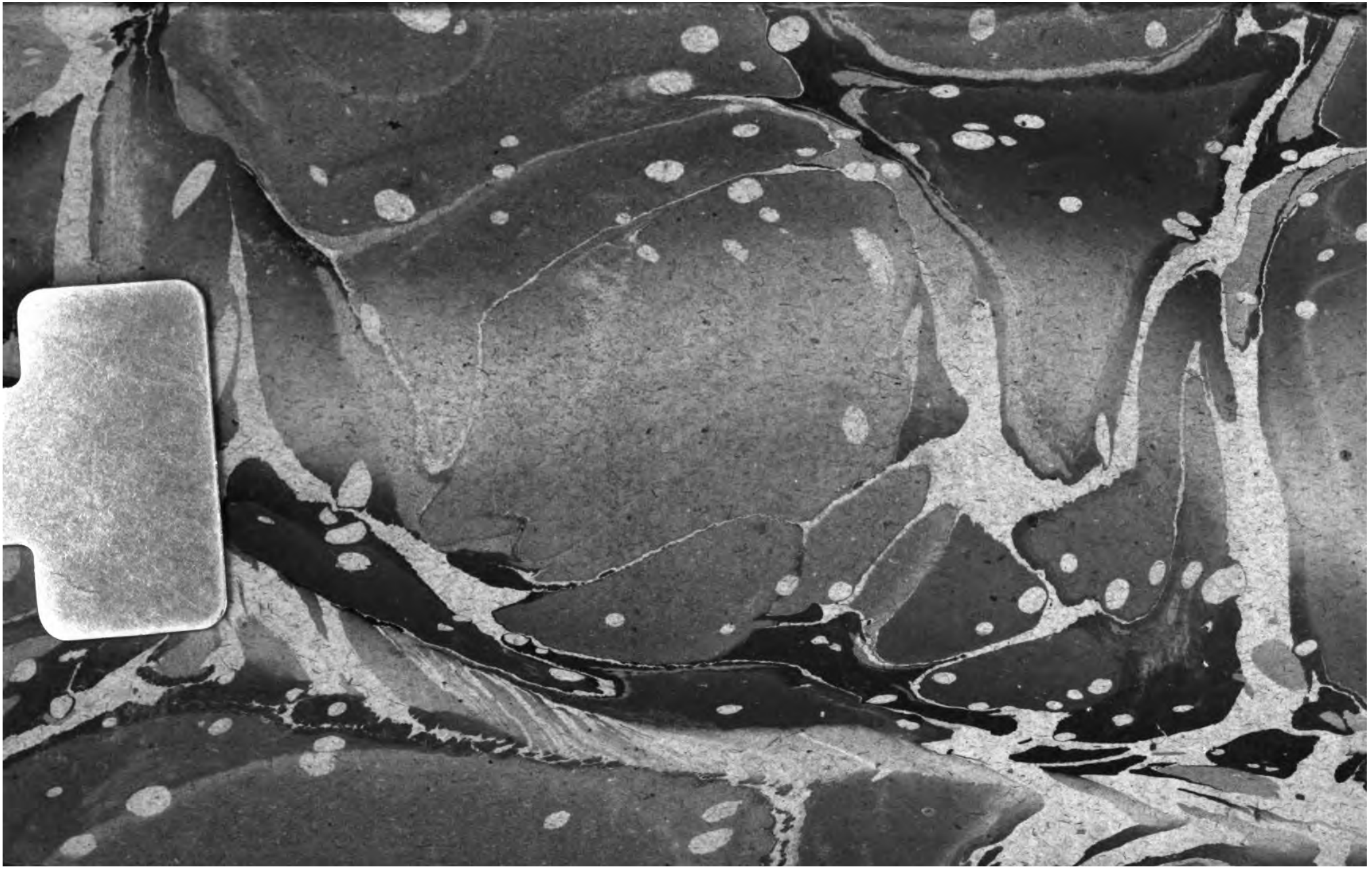
Al zeloso le diriamos que el deseo de marcar su papel le ha hecho confundir alguna vez los arrebatos de un amante desconfiado, con el furor de un marido celoso: un amante, sobre todo en los principios, aunque tenga muchos celos, modera algo mas que un marido su genio, porque puede perder la posesion que no ha logrado aun, y que éste tiene ya asegurada. No se produce con dominio, sino con reconcentracion; reconviene, vilipendia, injuria, si es preciso, pero nunca habla con los puños cerrados: las transiciones sobre todo del furor al cariño son mas marcadas. Nada mas tierno y sumiso que un amante celoso en sus lucidos intervalos.

Hemos dicho ya que los actores no deben acordarse de que existe público: por tanto nos ha chocado estraordinariamente que la actriz, ama de gobierno, haya hecho cortesías al público al recibir aplausos. Buena es la política, pero á su tiempo.

Hemos notado en general que gritan demasiado algunos actores, sobre todo cuando creen que lo que dicen debe llamar la atencion. En otra ocasion hemos dicho ya que el querer dar valor á las frases suele quitárselo: en realidad es suponer que el público es sordo ó muy torpe:

ambas cosas son desagradables. Dolorosísimo nos es haber de encontrar defectos; todo lo mas que podemos hacer es escribir nuestra crítica con decoro, y apoyándola siempre en razones; pero si la obligacion del actor es representar bien, la del crítico es juzgar bien é imparcialmente. En compensacion dirémos con placer que hemos visto á la par aciertos, y que segregados los defectillos que hemos notado, esta comedia se ha representado mejor que otras; el barba sobre todo ha dado el color verdadero á su carácter, si se le perdona la exageracion; y los lunares de los demas actores no merecen que alarguemos este artículo con nuevas observaciones.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

883863

Judith Hodgson
29. 5. 1989